

transformar tu tesis en libro es la guía esencial para los autores de obras académicas que quieran revisar una tesis doctoral para su publicación. William Germano, autor de *Getting It Published* (Cómo lograr que publiquen) aprovecha su amplia experiencia en la edición de libros académicos para proporcionar a los autores una perspectiva muy actual de cómo convertir una tesis en un texto original que los editores tienen en cuenta. Partiendo de la idea de que revisar la tesis es un proceso de adaptación de un género a otro, Germano ofrece consejos sobre cuestiones tales como rehacer el índice, poner coto a las notas, revisar la extensión de los capítulos, y afrontar las limitaciones de la jerga especializada. También ofrece programas para ayudar a los autores a planificar sus calendarios de revisión. Incluye breves instrucciones, ejemplos atractivos y una mirada comprensiva hacia las manías propias de la escritura académica. *transformar tu tesis en libro* señala a los recién doctorados los elementos necesarios para una cuidadosa y concienzuda revisión, que resulta de valor inestimable a medida que se adaptan a sus propios roles como escritores profesionales.

Siempre hay un libro que uno pueda calificar de indispensable. *Cómo transformar tu tesis en libro* de William Germano es un libro indispensable para cualquiera que se proponga acceder al doctorado, escribir una tesis, revisar una tesis, o leer una «opera prima» como editor, como miembro de una junta de evaluación académica, o como decano o rector. Cada una de las palabras de este libro, escogidas con absoluta economía, ayudará a que todos ellos entiendan en qué consiste ser un autor profesional en el mundo académico actual. Sin lugar a dudas, el estilo de Germano, diáfano, claro y sentencioso, es un modelo para los editores.”

L. Gilman, catedrático emérito de las Artes Liberales y las Ciencias, Emory University

ISBN 978-84-323-1367-7



9 788432 313677

WILLIAM GERMANO Cómo transformar tu tesis en libro

SIGLO
XXI

CÓMO TRANSFORMAR TU Tesis / t EN libro.

“Con perspicacia, compasión e ingenio, William Germano ha hecho un gran servicio a todos los autores (y directores) de tesis. Este libro debería entregarse al candidato al término de todas las defensas de tesis doctorales.”
Eric Foner, catedrático de historia, Columbia University

WILLIAM GERMANO
(Antiguo director editorial de Routledge)

SIGLO
XXI

CÓMO TRANSFORMAR TU TESIS EN LIBRO

por

WILLIAM GERMANO

traducción de

RAFAEL SÁNCHEZ LEÓN

SIGLO


William
veintic
Colun
82 a 1
ector
edita
dith B
slavoj
lector
uke, Pi
tualm
nguagi
merica
decar
sociales
ience
señanc
a publ
e des
n auto
demás
blishe
out S



España
México
Argentina

Para Bill Regier

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento (ya sea gráfico, electrónico, óptico, químico, mecánico, fotocopia, etc.) y el almacenamiento o transmisión de sus contenidos en soportes magnéticos, sonoros, visuales o de cualquier otro tipo sin permiso expreso del editor.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

Primera edición en castellano, diciembre de 2008

© SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.
Menéndez Pidal, 3 bis. 28036 Madrid
www.sigloxxieditores.com

Título original: *From Dissertation to Book*
Edición autorizada por the University of
Chicago Press, Chicago, Illinois, U.S.A.

Primera edición en inglés, 2005

© 2005 by William Germano. All rights reserved

© de la traducción: Rafael Sánchez León, 2008

Diseño de la cubierta: **simonpatesdesign**
Maquetación: Jorge Bermejo & Eva Girón

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain

ISBN: 978-84-323-1367-7
Depósito legal: S. 1.854-2008

Impresión: GRÁFICAS VARONA, S.A.
Polígono «El Montalvo»
37008 Salamanca

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	9
PREFACIO A LA EDICIÓN EN CASTELLANO	11
1. LA RAZÓN DE SER DE ESTE LIBRO	15
2. EMPEZAR DE NUEVO	27
3. DUDAS QUE ASALTAN	45
4. OPCIONES BÁSICAS	53
5. LEER CON OJOS DE EDITOR	65
6. PLANIFICAR Y HACER	79
7. PONER EN FORMA	93
8. HACER QUE HABLE LA PROSA	117
9. LO QUE PASA DESPUÉS	137
TRES LISTAS DE CONSULTA	145
LECTURAS RECOMENDADAS	149
ÍNDICE ANALÍTICO	151

AGRADECIMIENTOS

Por el camino. Muchas personas han dedicado generosamente parte de su tiempo a hablar conmigo sobre lo que es una tesis doctoral y lo que podría implicar la revisión de una tesis. Continuamente se me ha recordado que existen brillantes y devotos investigadores y profesores en todas partes, y no sólo en las grandes instituciones dedicadas a la investigación.

Estoy especialmente agradecido por la oportunidad de presentar parte de lo que sigue en estas páginas ante profesores y estudiantes de doctorado en universidades y reuniones académicas a lo largo de Estados Unidos y Canadá. Ante el dilema que se me plantea de agradecer a muchos de quienes me han invitado citándolos por su nombre o de pedirles que lean en mis labios mi gratitud, elegiré, al menos por esta vez, la segunda opción. Les agradezco aquí por la oportunidad que me han brindado de aprender y enseñar.

Entre profesionales. De mis amigos, colegas y autores de la profesión sólo puedo reiterar que de ellos aprendo diariamente lo que los libros deben ser para poder sobrevivir. Algunos de esos profesionales de la edición leyeron primeros borradores e, igual que hacen los lectores anónimos de la University of Chicago Press, evitaron que me quedara dormido al volante. Es un placer trabajar una vez más con el excelente personal de la editorial, entre quienes se incluye la editora de mi original, Carol Saller. Mi editora, Linda Halvorson, dirige la impresionante sección de libros de consulta de la editorial, y aun así logró hacerme sentir que este pequeño texto era de especial importancia para ella y para la empresa. Se empeñó en lograr que mi libro tuviera sentido. Mi agente, Tanya McKinnon, se empeñó en que lo terminara. Les estoy también agradecido.

Ante la pizarra. Una nota especial de reconocimiento va para los alumnos de mi clase de edición de libros del Programa de Publicaciones de la Universidad de Nueva York; un semestre atendiendo a

sus preguntas me sirvió para desarrollar algunas de las ideas de este libro.

En casa. Este proyecto cobró forma sobre la misma mesa de cocina donde Diane Gibbons y yo escribimos nuestras tesis doctorales, y de la manera más ardua: con una máquina de escribir. Nuestro hijo Christian aguantó la creación de este libro con toda la ecuanimidad que puede aportar un niño de doce años. Decir gracias apenas sería suficiente.

Desde hace años doy conferencias sobre cómo escribir textos académicos, principalmente a grupos de jóvenes profesores y alumnos de doctorado. No importa sobre qué tema pudiera girar mi charla —la propiedad intelectual, cómo ascender en el escalafón académico, las relativas virtudes del artículo de revista *vs.* las del libro impreso, la función del documento electrónico a la hora de establecer la credibilidad de un investigador universitario—, invariablemente se alza una mano al final de mi charla. «Pero, ¿qué hago para publicar mi *tesis?*».

Hay dos respuestas a esa pregunta. La primera: investiga, valora las editoriales capaces de aceptar tu obra, perfecciona tu currículum vitae, envía la carta perfecta, y ten mucha suerte.

Pero la segunda respuesta es menos entusiasta: es casi imposible publicar tu tesis. Con ello quiero decir que la tesis —*por sí misma*— no está lista para que nadie la vea. Antes de que puedas lograr publicarla, necesitas hacerla publicable —*transformarla*, como lo expresa el título de mi libro en castellano, que literalmente es cambiar su forma—. El reciente doctor puede que no considere una buena noticia el que aún quede trabajo por hacer, pero es una noticia importante.

Desde que se publicó la edición norteamericana de este libro he escuchado la opinión de muchos profesores veteranos, quienes me han dicho que les he dado una herramienta para ayudar a sus alumnos de doctorado, pues lo que tengo que decir refuerza muchas de las cosas que esos profesores han intentado explicarles individualmente. Como sabemos, ver algo publicado puede tener el extraño efecto de hacer que esas palabras tengan más autoridad de lo que lo harían si fuesen simplemente dichas sobre una mesa de seminario. Espero que haber publicado estas palabras —y hacerlo ahora en castellano— pueda ayudar a que los profesores y alumnos

de doctorado adquieran confianza en lo que tengo que decir y en lo que ellos mismos tienen que decir.

Cuando escribí este libro imaginé un público angloparlante, principalmente norteamericano, lo cual era adecuado para la edición de la University of Chicago Press. Y por ello aprecio doblemente la oportunidad que me brinda Siglo XXI Editores, tanto de hacer que mi libro aparezca en lengua castellana, como de ofrecerme la posibilidad de pensar en cómo concebir el proyecto con miras menos estrechas.

Al releer el texto en inglés, he realizado numerosas alteraciones mínimas. Las referencias muy norteamericanas han sido modificadas o eliminadas (espero que al menos se mantengan algunas notas de humor —y que funcionen en castellano—). De manera más significativa, he sustituido una amplia parte de texto que considera cómo podría revisarse un índice de contenido para hacer más fácilmente visible la arquitectura del libro a primera vista. En la edición original, planteo un estudio (imaginario) sobre la farmacología en la Nueva Inglaterra colonial. Todas las partes de ese estudio son inventadas, y aunque sus objetivos pedagógicos están claros —muestra cómo desmontar el índice de contenido de un libro, dejar sus «huesos» al descubierto, y de ese modo crear una sensación de estructura atractiva a simple vista—, mi ejemplo no pretendía ser serio. Mi monografía de la Nueva Inglaterra colonial era lo que llamamos en inglés una «shaggy dog story» (literalmente un «cuento de perro peludo», una suerte de chiste largo y pesado).

Para la edición española he sustituido esto por lo que literalmente es un cuento de perro peludo de verdad: esta vez el libro ficticio de mi autor ficticio es sobre perros en el arte europeo. Una vez más, todo es inventado, pero sus propósitos siguen siendo muy reales. Si haces visibles las estructuras —incluso en un libro especializado serio—, invitas a los lectores.

Espero que los lectores hispanohablantes pasen por alto aquellas partes donde, inevitablemente, no he sido capaz de considerar o responder a las condiciones específicas del sistema universitario en España, México o Argentina, o dondequiera que este libro pueda ser leído. Sin duda, algunas huellas del sistema universitario norteamericano permanecen en este texto.

Pero el propósito del libro —incluso para sus lectores angloparlantes originales— nunca fue tratar sobre el mundo académico nor-

teamericano de por sí. Mi objetivo fue y sigue siendo simplemente arrojar luz sobre un problema familiar para los editores académicos y los autores especializados en todas partes: la desconexión que existe entre escribir la tesis doctoral y hacer que funcione un libro.

Son precedentes una serie de agradecimientos: la profesora Estrella de Diego Otero me invitó a hablar ante miembros de la comunidad académica española en ARCO, en Madrid en 2006; la visita me dio la oportunidad de conocer a Tim Chapman, cuyo entusiasmo y apoyo en Siglo XXI han hecho posible este proyecto. Quiero también agradecer a su colega en labores de edición, Ana Pérez, y a mi traductor, Rafael Sánchez León, que dio sentido a algunas estructuras sintácticas chocantemente norteamericanas.

Nueva York, septiembre de 2008

1. LA RAZÓN DE SER DE ESTE LIBRO

Al día siguiente de haber defendido su tesis doctoral se inicia para todo investigador un mundo feliz. Pero en los programas de doctorado, aparte de recomendarte que publiques, casi nunca se toman la molestia de explicar concretamente lo que deberías *hacer* con tu tesis. Se espera que el estudiante esté desbordado, o que esa excelente obra de investigación novedosa encuentre de forma natural su lugar en el firmamento académico. Pero, ¿cómo hacer que llegue hasta ahí? ¿Y en qué formato?

Los profesores de mayor antigüedad están a menudo demasiado alejados de todo el proceso de redacción de la tesis como para dar consejos útiles, y el profesorado más joven generalmente se halla tan desconcertado como los estudiantes de doctorado ante la mecánica de la publicación especializada. Pero cada año se escriben muchas tesis, y algunas de ellas se publican. De entre éstas, unas pocas se convierten a su vez en obras muy leídas que transforman no sólo lo que pensamos sobre un tema, sino nuestro modo de pensar.

A la impaciente pregunta del recién doctorado —«¿qué hago ahora que he terminado?»— este libro ofrece, más que *una* respuesta, varias. No puede haber sólo una. La clave para cualquiera de ellas es, sin embargo, la revisión.

Revisión puede significar muchas cosas distintas, quizá sobre todo para los investigadores. Los jóvenes especialistas hablan de revisar sus tesis cuando quieren decir que la dejarán prácticamente igual, o que reescribirán cada una de sus frases, o que se decidirán por algo a mitad de camino entre ambos extremos. Este libro trata en parte sobre lo que puede hacerse con una tesis doctoral, sobre cómo escoger entre las opciones que uno tiene y seguir adelante. Por dondequiera que empieces, y sea cual sea la inversión en tiempo y energía que te propongas hacer, el objetivo es tomar algo ya escrito y hacer de ello algo «más».

Coger esa tesis y hacer de ella algo «más» no supone un camino en línea recta. Dibuja una ruta sinuosa con curvas cerradas y cambios de rasante. Aunque una vez que sabes adónde quieres ir hay formas más o menos eficaces de llegar hasta allí. *Cómo transformar tu tesis en libro* pretende a su vez ser un mapa donde se trazan las posibilidades que tienes y se dan instrucciones para conducir.

Durante más de veinticinco años de trabajo como editor y director de publicaciones, supervisé la edición de cientos de libros. Como cualquier editor sabe, vas desechando miles de propuestas hasta llegar a esos cientos de elegidos. Mi actividad como director editorial me ha dado también la oportunidad de trabajar con otros editores sobre libros que estaban pensando publicar. A veces he aprendido mucho más dedicándome a revisar una enorme pila de manuscritos que otros editores estaban deseosos de proponer. Esa parte de mi trabajo equivale a supervisar desde las alturas. Tengo apenas unos minutos para analizar cómo expone un editor su argumentación, su estrategia de marketing y su análisis financiero, así como lo que opinan nuestros asesores y lo que revelan las propias palabras del autor en claridad e intención. Este libro, de un modo que apenas soy capaz de expresar, es fruto de mi relación con todos esos originales y propuestas.

Los editores y los autores de obras académicas tienen en consideración los libros de maneras que coinciden parcialmente, pero que apenas son iguales. Como todos los escritores, los autores académicos piensan que tener una gran idea justifica su publicación en un libro. Los editores quieren algo que se sostenga como libro, no sólo una buena idea expuesta de manera modesta. Esto significa acertar en algunas cuestiones clave —forma, extensión, tono—, de modo que el público que según el autor se encuentra ahí fuera se interese por el resultado lo suficiente como para comprarlo.

Puede suponer una gran sorpresa escuchar que uno tiene que replantear completamente su maravillosa tesis. La vida literaria de un joven investigador se inicia con una evidente contradicción: es necesario escribir una tesis, pero ningún editor tiene por qué aceptarla una vez terminada. Me encuentro con muchos investigadores frustrados porque los editores académicos parecen rechazar de plano lo que en los cursos de doctorado se obliga a escribir a los estudiantes. Pero los editores académicos buscan al menos dos cosas en una propuesta, más allá de una gran idea y una prosa de primera. Una son las credenciales del autor: cómo para em-

pezar la formación académica y la actividad como investigador le han permitido llegar a escribir el libro. La segunda es lo que podemos llamar la plataforma en que se apoya el autor. Con ello me refiero a la reputación y notoriedad que se ha labrado de antemano, y cómo con ayuda de ellas el libro planeado llegará hasta su público. Uno no tiene mucha plataforma en qué apoyarse recién salido del doctorado, pero en el curso de una carrera como escritor, autor y conferenciante puedes construirte una base más amplia, y sobre ella construir ideas más amplias para públicos más amplios. Revisar la tesis, aunque pueda ser la actividad menos atractiva posible, es el primer paso en la creación de una estructura por la que ascender.

Los investigadores saben que nuestro apetito por el saber, al mismo tiempo que nuestra ignorancia, crece a diario y hace cada vez más difícil el acceso a las ideas. Pero lo que llamamos «el mercado» ha sufrido cambios radicales, dando entrada a ideas cada vez más provocadoras. Las bibliotecas compran libros con más cautela que nunca. Los lectores en busca de respuestas o información prefieren una corta travesía por buscadores informáticos a las más lentas y complejas exigencias de un libro. Las librerías independientes, antaño refugio para las obras de investigación, son tesoros en peligro de extinción. Ni las librerías universitarias ni las grandes cadenas (muchas veces son lo mismo) pueden proporcionar todo aquello que a la comunidad académica le gustaría ver en las estanterías. Es más difícil que se publique un libro de investigación hoy que hace treinta años.

El personal docente ya próximo a la jubilación llegó a su mayoría de edad cuando era posible ver publicadas por editoriales universitarias obras altamente especializadas. Hoy en día los jóvenes investigadores a menudo están pensando en su segundo libro *antes de acceder a la titularidad*, aunque en sus departamentos haya profesores de mayor antigüedad que accedieron a la titularidad presentando un puñado de artículos y no han acabado por escribir nunca siquiera un libro. La mejor reacción ante esta injusticia podría ser adoptar una cierta calma budista; la amargura y el resentimiento no serán de ninguna ayuda. El mejor consejo que puedo ofrecer es ser práctico: ten en consideración tus propias virtudes y hazlas más sólidas.

Son tiempos difíciles para los investigadores y sus editores. Sin embargo, aun en tiempos difíciles es importante recordar que muchas tesis pueden convertirse en manuscritos lo bastante sólidos

como para que se tenga en cuenta su publicación, y una buena cantidad de éstos puede convertirse en libros. Se puede revisar una tesis y transformarla en algo más, pero hacerlo bien significa considerar en primer lugar lo que uno posee y en lo que podría convertirse. Transformar una tesis en el manuscrito de un libro es una opción a la que se enfrenta el recién doctorado; no es, sin embargo, la única. Una tesis puede convertirse en muchas cosas: en un único artículo de investigación, en varios de ellos, en una monografía especializada, una obra de investigación más amplia, un libro comercial (*trade book*), incluso el germen de dos o más proyectos distintos que podrían mantener al autor ocupado durante décadas.

Algunas tesis *sí* acaban convertidas en libros. Por mucho que las editoriales se quejen del exceso de tesis doctorales, por mucho que los editores digan que casi nunca las toman en cuenta, siempre hay cazatalentos en las editoriales académicas que buscan la tesis fuera de serie. Algunos editores rastrean resúmenes de tesis. Otros prestan especial atención a tesis premiadas dentro de sus especialidades. Y otros cuentan con asesores docentes de suma confianza en las facultades para que les adelanten información sobre las mejores tesis que se están escribiendo en cada disciplina. Si has escrito una tesis doctoral sobresaliente es muy probable que al menos un editor esté interesado en hablar contigo sobre ella.

Pero lo que hace a una tesis sobresaliente para un editor no es exactamente lo mismo que la hace sobresaliente para la comunidad científica. El ganador del premio para la tesis excepcional del año en la especialidad de gramática quechua puede que haya realizado una notable contribución al estudio de la lingüística. Sin embargo, un editor considerará el premio sólo como garantía de la calidad académica de la tesis. Eso puede que sea suficiente para abrir brecha. Un libro sobresaliente sería algo más, así como algo diferente. Quizá el autor haya explicado de tal manera un rasgo de esa lengua que aquellos de nosotros que no hemos estudiado quechua podemos comprender algo nuevo sobre la manera en que el habla expresa nociones de espacio y tiempo. Puede que el autor haya ido más allá y postulado algo que modifica, aunque sólo puntualmente, la forma en que entendemos la adquisición del lenguaje. En ese reajuste podría radicar una revolución en la orientación de una disciplina. Sin embargo, para llevar esto a cabo un autor tendría que tener en cuenta algo más que las habituales dos dimensiones de la escritura académica: el número de páginas y

la densidad de notas al pie. Normalmente la tesis es la obra más larga que el joven investigador ha escrito nunca, una agotadora caminata a través de la tundra académica. En cierto sentido es natural que ese joven investigador considere la propia extensión de la tesis en cierto modo como símbolo de su hazaña. Después de todo, el libro que adquiere cualquiera de nosotros tiene un determinado peso cuando está en nuestras manos. Un libro es algo con sustancia. Cada escritor o escritora quiere que su libro sea sustancioso, que tenga el peso adecuado para transmitir la riqueza de los pensamientos del autor. Pero —y es el mayor «pero» que un autor académico primerizo debe tratar de superar— la extensión del original de un libro ha de ser *producto* del pensamiento que opera en su interior, no condición preliminar de dicho pensamiento. Nadie debería proponerse escribir una tesis de 350 páginas, aunque eso acabe siendo exactamente lo que presenta el autor. A principios del siglo XIX un investigador alemán publicó una tesis sobre estudios bíblicos que modificó el pensamiento relativo a la composición del Deuteronomio. Constaba de unas 18 páginas. En nuestros días una tesis sobre Miguel Ángel del historiador del arte James Elkins alcanzó los seis tomos (tres para el texto, dos para ilustraciones y uno para notas). Sin embargo, la extensión de una tesis nada tiene que ver con llegar a mayor número de lectores dentro del mundo académico; los libros de verdad son otra cosa.

Lograr la extensión idónea sólo es parte de la revisión de la tesis. Pasar del original de tesis al manuscrito de libro implica encontrar en la tesis lo que puede ser valioso para alcanzar un público de lectores más amplio. También significa encontrar lo que será de interés para ti, el autor. Este proceso no es nada mágico ni misterioso. Implica tomar ese material interesante que escribiste y corregirlo, acortando las partes tediosas, necesarias para demostrar lo bien que conoces el tema, y juzgando la utilidad de todas esas diferentes perspectivas en donde empleas tu particular capacidad de análisis. Implica también extender el uso de tu material de interés en formas que podías no haber previsto en un principio. ¿Recuerdas cómo hacías con la plastilina, aquél venerable entretenimiento semisólido, con la que se daba forma a toda clase de figuras, de tal modo que podías alargarla y darle formas nuevas e inesperadas? Lo divertido era alargarla. Al plantearte tu tesis, piensa en tu tema en función de su maleabilidad.

Pero lo que puede convertir la revisión de una tesis en una tarea angustiosa es que todo puede parecer *demasiado* flexible. Podrían

tomarse demasiadas direcciones. Cuando te pusiste a escribir tu tesis, desde un primer momento tuviste que precisar claramente sus dimensiones. Decidiste que era necesaria una introducción, un modelo teórico, un capítulo de metodología, y cuatro análisis, o quizá seis. Tuviste que delimitar y desarrollar tu tema, y darle algún tipo de conclusión o nunca hubieras tenido siquiera el valor para escribir la tesis. Y todo ello lo hiciste dentro del marco establecido por tu institución y su personal docente. Pero revisar una tesis para su publicación como libro supone algo muy distinto. Ahora tienes que dejar a un lado las reservas que te impusiste para posibilitar la escritura. Las dimensiones de la revisión están por definir. Una revisión productiva sería como una serie de preguntas del tipo «¿y si...?». ¿Y si me deshiciere de la mitad de lo que he escrito? ¿Y si me replanteara mi tesis en función de los capítulos cuatro y cinco? ¿Y si la parte realmente interesante de mi tema se sitúa fuera del ámbito que he elegido para mi tesis? Esto es la revisión, y aunque es la parte más dura de la escritura, puede ser también la más estimulante. La revisión mejora la escritura. Siempre.

Sin embargo, revisar para publicar es como servir a dos amos. Desde el punto de vista de la comunidad científica, una buena tesis es una auténtica contribución al conocimiento o no es nada en absoluto. La tesis debe mostrar que el autor posee un amplio y profundo dominio de la materia, y que tiene algo nuevo que decir. No es suficiente, como me comentaba un profesor, con «abrir viejas vías», aunque eso es lo que parece que hacen muchas tesis. Desde el punto de vista de un editor, la buena tesis es una obra intelectualmente sólida que hace una contribución a la especialidad del autor y que puede llegar a suficientes lectores como para respaldar la inversión necesaria para su publicación. Existen toda clase de editores para toda clase de obras de investigación. Pero en su mayoría sólo se interesan por los libros mejores y más vendibles que puedan encontrar. Mejores y vendibles, vendibles y mejores.

Para ello, los editores han de ser optimistas duros de pelar. Los editores rechazan la mayor parte de lo que ven. Tienen que hacerlo. El número de originales que se presenta cada año es muchísimo mayor que el catálogo que podrían admitir incluso las más grandes editoriales académicas. La proporción de tesis publicadas frente a tesis presentadas es simplemente el resultado de la carga de trabajo que tenga el editor. Las editoriales especializadas sobreviven, aunque a

veces con dificultad, mediante la elección de buenos libros que en su opinión funcionarán económicamente. Incluso las editoriales universitarias se ven obligadas a cuadrar las cuentas. Aunque los objetivos de la universidad y los objetivos del gremio editorial coinciden parcialmente, sólo uno de los dos es un negocio en el sentido más tradicional de la palabra. Existen editoriales especializadas cuyos fines no son lucrativos y otras en las que sí lo son, pero no existen editoriales especializadas cuyos fines sean las pérdidas.

Una de las cosas en que son buenos los editores es en instar a los autores a comprender que un libro sólo es posible cuando un montón de papel, repleto como pueda estarlo de datos y teorías, puede llegar a un público lo bastante amplio. Lo agradable de una tesis doctoral —al menos hay algo agradable— es que se trata, en realidad, de un ensayo general de un manuscrito con la extensión de un libro. Para cuando la acabas, tu tesis está siendo analizada por especialistas. No existe otra ocasión en la vida de un investigador en que un plantel de autoridades esté dispuesto a examinar un original, asesorándote al mismo tiempo. Para el siguiente proyecto de libro que escriba, el investigador tendrá que solicitar ese consejo a un plantel de expertos buscado por él mismo. A un tribunal de tesis no le preocupa principalmente si el original en cuestión es capaz de llegar a un público amplio, ni debería de hacerlo. Sin embargo, ese público más amplio es el *sine qua non* de la edición académica tradicional, de libros impresos. Si quieres sostener entre tus manos un libro con tu nombre escrito en la cubierta, tienes que ir más allá de las preocupaciones del tribunal de tesis y tener en cuenta las del editor a quien esperas interesar por tu obra.

Los editores de obras académicas creen que los investigadores pueden llegar a más lectores —aunque eso sólo signifique más lectores especializados— sin comprometer la calidad de la investigación. «Más» puede significar 5.000 lectores más o 500 más, pero incluso la cifra inferior puede marcar esa diferencia significativa que separa la obra impubliable de la económicamente viable. Revisar tu tesis no es «obtener un sí», es «obtener más»: más claridad en la escritura, un propósito más claramente definido en cuanto a estructura, más lectores potenciales. No obstante, para ello se necesita determinación, así como comprender que la escritura no es únicamente el vehículo que uno tiene para transmitir información. Forma, tono, hilo narrativo, densidad, extensión: tendrás que acertar con to-

das ellas para convertir un original en un libro. Incluso las obras de investigación dependen de esa gran ley: cómo escribes importa tanto como lo que tienes que decir.

Por tanto, la revisión es repensarlo todo. No de vagas resoluciones, sino de centrarse y comprometerse con todo aquello que interviene en la arquitectura de la prosa. Comienzas a revisar una tesis cuando consideras las Grandes Preguntas. ¿Quién querrá leer esto? ¿Es demasiado largo? ¿Cuento con suficientes ejemplos, o con demasiados? ¿Está actualizada la investigación, y demuestra asimismo que conozco el largo historial intelectual de mi tema? Pero la revisión continúa después con pequeñas preguntas sobre lo que sucede en las frases y párrafos sueltos.

La revisión se convierte en replanteamiento, que a su vez se convierte en reescritura. El ciclo se repite, y esta vez ves algo en la página o la pantalla que no habías visto antes. Es un sentimiento muy extraño observar detenidamente tu trabajo durante horas sólo para exclamar, como el Prufrock de Eliot, que no era eso lo que tú querías decir en absoluto. Pero cuando estás revisando tu escritura, es ese descubrimiento exactamente lo que estás esperando. No pretendes regodearte en el suave y autosuficiente brillo del reconocimiento por lo que tú mismo acabas de escribir. Justo al contrario, más bien estás buscando lo que no te hace sentir cómodo. Y cuando lo encuentras, reescribes. Comienzas dispuesto a hacer una modificación, y esa modificación puede obligarte a replantearte algo más. No es exactamente igual al efecto dominó, pero los cambios en una parte de un escrito muchas veces exigen cambios en otras partes. Las ideas, lo mismo que las acciones, tienen consecuencias. Cuando estás replanteándote un artículo de diez páginas, puedes retener en tu cabeza toda la extensión de lo escrito, pero es mucho más difícil hacerlo cuando el ejercicio tiene 400 páginas. Para revisar el manuscrito con la extensión de un libro necesitarás fijar períodos de tiempo e infinidad de notas amarillas autoadhesivas.

La reescritura se halla en el núcleo de la revisión y es inseparable de ella. Revisar significa dedicarle tiempo a los pormenores de esas fastidiosas frasecitas a la vez que se plantean las grandes preguntas sobre extensión y organización de los capítulos. Como un pintor, tendrás que acercarte a tu lienzo y luego dar un paso atrás para tener mayor perspectiva, zigzagueando mentalmente adelante y atrás conforme resuelvas problemas muy pequeños y muy, muy grandes.

Una advertencia: algunas tesis simplemente no pueden revisarse para convertir las en libros. Por regla general, los científicos no revisan sus tesis para su publicación como libro. Los matemáticos no lo hacen. En estos campos, los investigadores publican artículos y memorias de investigación, y sus disciplinas son profundamente conscientes de lo que «cuentan» las revistas. Lo mismo rige con respecto a las ciencias sociales y las humanidades, donde los investigadores clasifican las revistas y las editoriales de libros de acuerdo a cómo imaginan que estos medios de publicación vayan a afectar a su propio desarrollo profesional. Una de tus opciones como autor es renunciar a lo que has escrito y pasar a otra cosa. (Mi propia tesis está actualmente bien guardada dentro de un pesado archivador en algún rincón de una alta estantería, y ahí descansará.) Cada escritor o escritora asumirá distintos puntos de vista respecto a su propia obra, y eso constituye la razón de haber escrito este libro: ayudarte a hacer algo con la tesis, aunque lo que sea ese algo sólo tú puedes decidirlo. En otras palabras, este libro pretende ayudarte a tomar una decisión, encontrar una dirección, y ponerte en marcha. Si quieres revisar el original de tu tesis con la idea de que te publiquen en forma de libro, estupendo. Los capítulos que siguen a continuación te ofrecerán particular ayuda.

No obstante, cuídate de la idea común según la cual las tesis o bien están «revisadas» o están «sin revisar». Son dos posibilidades reconfortantes, como pedir el café sólo o con leche. Pero la revisión no consiste en una sola cosa. Si así fuera, todos estarían ya haciendo esa cosa mágica, y todas las tesis funcionarían. Una tesis necesita algún tipo de reconsideración y reescritura, dos actividades distintas pero relacionadas. Esa tarea en dos partes es a lo que me refiero aquí con la revisión. Sin ella, la tesis corriente es una porción del universo del conocimiento académico investigada de modo impresionante que reclama la atención de la población de lectores más pequeña que pueda imaginarse. Revisar tu tesis para su publicación tiene que ver con aumentar esa población de lectores de tal modo que se haga lo bastante amplia como para que un editor tome tu original y lo convierta en un libro. En muy pocos casos puede publicarse una tesis sin revisar, y discutiré esa posibilidad entre otras. Pero en casi todos los casos la revisión es el paso inevitable que sigue a la defensa de una tesis. Revisar la escritura de tu tesis es el medio por el cual ésta se levanta y echa a andar.

A medida que reflexiones sobre la revisión de tu tesis tendrás que pensar mucho en los editores y los lectores. En realidad no hay otro motivo por el que molestarte con la labor de revisar, pues a menos que tengas plenamente presentes a editores y lectores, te verás reordenando palabras sin ningún fin práctico. La revisión es un proceso con un fin. El fin es la transformación, y si te dedicas a ello tanto como puedas, significa —preparate— la transformación del original de una tesis en el manuscrito de un libro. Date cuenta que no dije en el libro, al menos no todavía, sólo en el manuscrito de un libro. Antes de que pueda haber un libro tienes que escribir algo que un editor pueda tomar en cuenta, que lectores alejados de tu círculo puedan juzgar y criticar, y que puedas después revisar más detenidamente antes de que sea editado y corregido e impreso y encuadernado. Entonces, y sólo entonces, es un libro.

Por último, este es un pequeño libro con un gran propósito: explicar los pasos a veces delicados, a veces bruscos que convierten una tesis doctoral en algo identificable como libro. Y tampoco es que sea fácil describir el proceso. Pongo las cartas sobre la mesa: *Cómo transformar tu tesis en libro* no es un libro de recetas de cocina que garantice que *cualquier* tesis puede publicarse con que uno siga paso a paso los consejos del autor. No creo que pueda escribirse semejante manual. Sin embargo, sí creo que algo bueno puede salir de cualquier buena tesis. Del mismo modo que los bibliotecarios y los universitarios se quejan de no tener ni el dinero ni el espacio para todos los libros que les gustaría tener, los escritores de obras de investigación necesitan reflexionar más que nunca sobre cómo se puede hacer que funcionen los libros, tanto para el lector como para el editor que puede llegar a ese lector.

Al comenzar este proyecto me di cuenta de que la revisión es, fundamentalmente, una lección de escritura. Escribir, replantear, reescribir, contemplar cuestiones más amplias, reorganizar, escribir más, replantear más, reescribir aún más. Y así tanto como sea necesario. Todo eso es la revisión. Con el fin de tratar el tema de la reescritura que tiene lugar durante la revisión, necesitaba identificar los problemas de escritura que acosan a los académicos especializados, especialmente a aquellos que están en una fase inicial de sus carreras. *Cómo transformar tu tesis en libro* no está diseñado para ayudarte a escribir tu tesis, ni tampoco para ayudarte a escoger un tema para

una investigación doctoral. Pero es un libro tanto sobre la escritura y la reescritura como sobre la revisión, sencillamente porque son conceptos inseparables.

Por lo tanto, considéralo como un libro con un doble objetivo: ayudarte a encontrar la mejor salida para tu trabajo de doctorado y —mucho más importante— ayudarte a convertirte en un mejor escritor de obras de investigación.

2. EMPEZAR DE NUEVO

Un joven investigador termina su tesis doctoral y es felicitado por el tribunal evaluador. Se trata de un trabajo de primera categoría, así que merece la aprobación general. «Mercedes, debes publicarlo, y pronto», dice un miembro del tribunal, y a continuación le sugiere dos o tres editoriales a las que Mercedes podría escribir ya. Animada por la acogida, Mercedes envía el original nada más realizar su defensa. A continuación a la autora le toca esperar, pero la espera no se hace larga. La editorial devuelve el original. Las páginas, que parecen no haber sido leídas, vienen acompañadas de una nota. Ni siquiera es una nota de carácter personal, tan sólo una notificación formal. «Estimada autora», dice la carta, «lamentamos informarle de que no publicamos tesis no revisadas». La recién doctorada se ve comprensiblemente frustrada. «Si las editoriales especializadas no quieren lo que acabo de escribir, ¿por qué se me aconsejó escribirlo, y en esta forma? Se me anima a publicar rápidamente. Mi tribunal elogió mi trabajo. Pero los editores no lo quieren. ¿Qué estoy haciendo mal?»

La respuesta es fácil. Mercedes escribió una tesis, no un libro.

Una tesis se escribe bajo la atenta mirada de un director y una comisión de doctorado. A veces esa estructura puede ser una carga, o incluso un obstáculo para el escritor. Tener una comisión inadecuada puede hacer la escritura más lenta y difícil de lo necesario. Pero aunque los propios preparadores de tesis formen un equipo muy conjuntado o conformen una familia disfuncional, lo cierto es que constituyen un grupo de apoyo que la Universidad pone en manos del autor.

Una vez que dejas la institución donde te fue concedido el título, esa estructura de apoyo puede retrospectivamente parecerse una enorme ventaja de la que ya no dispones. Los requisitos establecidos por tu universidad, incluido hasta el lenguaje empleado en tu propuesta de tesis y el número de capítulos que la comisión insiste

en que escribas, constituyen una serie de reglas —si prefieres, una gramática— siguiendo las cuales presentas la tesis. Ese marco es un yugo y una ayuda a la vez, y determina el desarrollo de una argumentación, la naturaleza de la prosa, el ritmo de escritura, incluso el lugar donde se llevará a cabo la escritura.

Mercedes, la nueva doctorada cuya tesis sin revisar acaba de ser rechazada por una editorial, no está haciendo nada que no le hayan hecho creer que esté bien. Pero el *modus operandi* de las editoriales especializadas casi nunca forma parte de la preparación universitaria, lo cual significa que los jóvenes investigadores normalmente se paran a pensar por primera vez en el comercio del libro académico cuando ya han terminado la tesis. Un poco tarde.

En el mercado actual, incluso una tesis de primera categoría puede que no encuentre editor, al menos en un primer intento. ¿Quién tiene la culpa entonces? ¿Un escritor sin experiencia? ¿Un editor precavido, decidido a minimizar el riesgo económico para la editorial? ¿Un tribunal de tesis que no está al corriente de la publicación de obras especializadas de hoy en día? ¿El sistema de acceso al funcionamiento, con su exigencia de publicar en formato de libro pese a unas ventajas cada vez menos atractivas?

SECRETOS A VOCES

A los editores académicos les parece que durante generaciones las tesis han sido construidas siguiendo una fórmula asombrosamente sencilla. Escoge un tema, a ser posible lo bastante reducido como para que nadie más haya elegido exactamente el mismo terreno para explorar. Lee todo lo que se haya escrito sobre el tema. Demuestra, con mayor o menor sutileza, que efectivamente has realizado esa lectura mediante cientos de notas al pie, notas al final y superíndices. Disiente en algún aspecto del criterio establecido sobre tu tema. Documentalo todo. Ofrece análisis que apoyen tu postura. Por mucho que ésa pueda ser la receta para una tesis, no es la fórmula para un libro.

Con esto no quiero decir que las tesis no sean valiosas como obras de investigación. Cada año hay estudiantes de doctorado que terminan tesis interesantes, provocativas, e incluso demoledoras. Sus

directores están fomentando tanto temas como enfoques novedosos. Cada año se presentan tesis que se convertirán en libros. (*Se convertirán* en libros, aún no lo son.) A juzgar por los originales que los investigadores envían a las editoriales, la mayoría de las tesis por las que se concede un título de doctor siguen siendo empeños muy limitados, tratamientos fiables de temas reducidos que pretenden ser audaces pero que lo consiguen a base de detalladas referencias a la obra de otros autores. La tesis típica delata confianza e inseguridad en idéntica medida.

Esa mezcla de timidez y descaro aparece en casi todos los trabajos de doctorado. Cuando una tesis se cruza por mi mesa, en general quisiera metafóricamente agarrarla de las solapas y darle una buena sacudida. «¡Tienes algo que decir!», le diría si pudiese oírme. «¡Ahora cuéntanoslo en un lenguaje que podamos entender!» Lo que quisiera no es sacudir la tesis, por supuesto, sino al autor de la tesis. Ese «nosotros» a quien quiero que se dirija el autor tampoco es otro sino el público previsto que se beneficiará de un libro especializado. La variedad más común y pertinaz de tesis —de boca cerrada y secretos inviolables— encontrará su público lector a lo sumo entre unas doscientas bibliotecas. La mayoría ni siquiera llegarán a eso: quedarán sólo disponibles en formato electrónico esperando que algún valiente solicite una descarga informática o unas fotocopias.

Es difícil encontrar una tesis en que se escuche la voz de su autor. Las tesis no se sueltan a hablar. Igual que la niña del coro que teme no poder seguir una canción y no quiere que se sepa, la tesis hace el menor ruido posible. Muchas veces ese ruido lo escucha un tribunal de entre tres y cinco investigadores, y nadie más. Revisar una tesis es en parte cuestión de hacer que el texto del escritor hable alto.

Pero, ¿qué tienen las tesis que hacen tan improbable que se las pueda hacer hablar? Un investigador reconocido, veterano de muchos tribunales de tesis, me decía que la tesis doctoral era, en esencia, un género paranoico. «La escribes para protegerte», comentaba el profesor, queriendo también decir que no escribes por consiguiente para crear una obra lo más audaz e imaginativa posible. La tesis siempre se cubre las espaldas. Si escribes sobre estudios literarios, por ejemplo, tu tesis puede estar mirando hacia atrás para asegurar que se encuentra al abrigo de Foucault, Freud, Butler y Bhabha, y no precisamente porque alguno de estos personajes pueda amenazaros de algún modo a ti o a tu tesis. Para desarmar a tus ídolos, citas, parafrasa-

seas e incorporas las ideas de los principales investigadores en activo. Rindes homenaje adulador hasta al más sonado de los figurones del pasado. Cuanto más lo haces, más difícil resulta ver dónde termina tu propia obra y comienzan las ideas de los Maestros, pues tu escritura ha absorbido por completo una manera particular de expresarse. Después están los investigadores que se sientan en tu tribunal de tesis. Puede que no sean famosos, pero de momento son los Benévolos —las Euménides— y necesitarás que estén de tu lado. Se trata de reacciones naturales ante las autoridades, ante los propios profesores, ante aquellos que emitirán un juicio sobre tu obra. Todo este cubrirse las espaldas puede estar bien como autoprotección, pero se convierte en un obstáculo entre tú y el libro que te gustaría escribir.

EL TODAVÍA-NO-LIBRO

Que una tesis se convierta en un libro es algo que tiene muchos factores que militan en su contra. Sin embargo, algunas tesis lo logran, y muchas de ellas tienen el potencial de convertirse en libros bastante buenos, un potencial que no suelen realizar. El proceso por el que una tesis se convierte en libro tiene varias etapas intermedias, la más importante de las cuales es la transformación de un tipo de original inédito en otro, es decir, de una tesis doctoral inédita en un original de libro todavía inédito. Ambos son del mismo autor, ambos contienen muchas palabras e ideas iguales, ambos son inéditos. El primero es un montón de papel que un editor simplemente no consideraría publicable, y el segundo es otro montón que el editor contemplaría con cierto interés profesional. Necesitas suscitar ese interés.

Revisar es un trabajo solitario, sobre todo para un investigador que intenta darle sentido a una tesis recién terminada. Tal vez ya hayas obtenido tu título. Puede que tengas un empleo o puede que no. Por las noches, y los fines de semana, trabajas en el libro basado en tu tesis. En esto que trabajas ahora no hay ni director ni tribunal. A menos que ya tengas contrato con un editor, nadie te va a pedir que los capítulos de tu libro salgan por tu impresora siguiendo un calendario preciso. Por supuesto que podrías formar extraoficialmente un tribunal para darte ánimo, pero sería un tribunal a tu medida, integrado probablemente por amigos y compañeros que se verían obligados a

leer borradores y capítulos. Conforme leyeran tu trabajo, acabarían por colocar en un extremo de la balanza sus palabras y en el otro los lazos de amistad que os unen. A diferencia de un director de tesis, probablemente tu mejor amigo no sea capaz de leerse un fragmento de prosa descuidada, mirarte a los ojos y decirte «no sirve». Un buen director de tesis te dirá exactamente eso, y a continuación te indicará cómo arreglarlo. Por desgracia, ese mismo director de tesis tan bueno puede estar ilocalizable seis meses después de que hayas obtenido tu grado de doctor, y estés sentado a tu mesa, tú solo, con la intención de convertir una humilde tesis en algo espléndido y notorio.

En cierto modo sería más sencillo no revisar en absoluto tu tesis y empezar con un nuevo tema. Desecharlo todo por completo, la investigación, la estructura, la prosa. Algunos escritores hacen exactamente eso: al recoger su título de doctor, dejan a un lado la tesis y nunca miran atrás. Incluso se puede argumentar que no es una pérdida absoluta, pues lo que aprendió el alumno al escribir la tesis no se esfuma, y la habilidad adquirida al escribirla le servirá ahora de provecho al autor. Pero una nueva idea se agita en el cerebro del autor, y esta vez, se dice a sí mismo, lo hará a su manera. Diría que muchos autores de tesis desearían permitirse el lujo de hacer algo así: tener otra gran idea, el valor de dejar a un lado la tesis recién terminada, y la libertad institucional para pasar los siguientes uno o dos años dedicados a algo totalmente nuevo.

Antes de empezar puede que tengas que hacer algo tan difícil que acabes tarado: superar tu aburrimiento —quizá incluso tu repugnancia— hacia lo que tienes enfrente. Todo investigador sabe lo que se siente cuando uno se queda en blanco, y los escritores de tesis conforman un grupo de riesgo ante este trastorno, sobre todo en la fase postrera de las revisiones de la tesis. Después de haber pasado tanto tiempo trabajando en un proyecto largo y dificultoso, algunos investigadores simplemente no pueden volver sobre él. De repente resulta más fácil no hacer nada con la tesis o enviarla sin revisar.

Resiste esa tentación. Una tesis sin revisar es un original que nadie quiere ver, pero eso no significa necesariamente guardar la tuya en un cajón de tu escritorio. Mientras tu trabajo tenga potencial, te debes a ti mismo el descubrir cuál puede ser dicho potencial. Haz un replanteamiento, toma una decisión, planifica tu revisión y llévala a cabo. Hasta que no sepas lo que tienes, no puedes saber lo que queda por hacer. Revisar la tesis puede consistir en volver a empezar de

nuevo y dejar la totalidad del proyecto reducida a los elementos básicos, o puede que se trate de algo mucho menos drástico. Al menos estás familiarizado con la materia. No obstante, lo que de momento tienes delante, el original que hace sólo un par de meses era tu tesis, es ahora algo transitorio, el todavía-no-libro. Una vez que puedas encarar tu tesis como algo que está realmente a mitad de trayecto, puedes empezar a verla del modo en que otros podrían hacerlo.

QUÉ ASPECTO TIENE UNA IDEA

Como todos los escritores, los investigadores dependen de un uso lo más preciso posible de las palabras. En la terminología académica del castellano actual, «tesis» y «tesis doctoral» son palabras casi intercambiables, y en este libro las usaré de esa manera simplemente para aportar cierta variedad. Por supuesto, una tesis puede querer decir una tesis de máster o una tesis de una diplomatura, pero una tesis doctoral se escribe siempre para obtener un título de doctor. La sucinta definición de tesis doctoral en el diccionario puede que omita cualquier mención relativa a la defensa de una proposición, y la extensión parece ser la principal característica de la tesis doctoral. Una tesis puede ser realmente muy breve. Martín Lutero propuso 95, y las comprimí todas en un documento del tamaño idóneo para caber en el portón de una iglesia. Según los especialistas actuales, se espera de una tesis doctoral que contenga una tesis, es decir, que esa larga exposición de pruebas y análisis ha de contener un argumento central. Podría decirse que la tesis habita y alienta la tesis doctoral. Por desgracia a veces parece, al menos para los editores, que la tesis —el núcleo de la tesis doctoral— ha dejado de funcionar. Desaparecido el argumento, todo lo que queda es la extensión.

Debido a su uso indiscriminado por parte de investigadores, periodistas, y el público lector especializado, las palabras «tesis», «hipótesis», «teoría» e «idea» han quedado irremediabilmente enmarañadas. En la Gran Era de la Teoría, ese período embriagador que se extendió desde finales de los sesenta hasta finales de los noventa, un buen número de modestas ideas aparecieron ataviadas como Teorías, y con sus correspondientes credenciales que desembocaban en los maestros de la Europa continental. Las humanidades añoraban

la autoridad de lo abstracto. Las ciencias sociales apenas fueron inmundas: muchos de los teóricos más importantes, como Pierre Bourdieu y Anthony Giddens, venían del mundo de las ciencias sociales. Por mucho que la teoría aspirase a alcanzar la pureza intelectual o inspirase a hacerlo a miles de investigadores, se trataba de una aspiración imposible de mantener por mucho tiempo. Surgieron teorías de todo, con tal grado de concreción que hacían posible que un lector relacionara una Gran Idea Abstracta Franco-Alemana con la práctica educativa en Illinois o el uso de los pronombres personales en las últimas obras de Shakespeare.

A medida que la teoría se convirtió en la reina de las disciplinas, parecía que todo joven investigador se hallaba bajo la doble obligación no sólo de proponer una teoría, sino de hacerlo de un modo que fuese —real, furiosa y profundamente— teórico. Una buena idea podía ser un estorbo cuando lo que se quería era un análisis altamente filosófico del tema, enriquecido con la obra de pensadores alemanes y franceses. «Como ha dicho Foucault», «según Hegel», «como ha escrito Derrida», se convirtieron en inicios de frase de muchos textos académicos, tanto en el ámbito docente como estudiantil. La teoría implicaba muchas cosas para muchas personas.

Incluso hoy, muchas tesis doctorales caen en la trampa de tener pretensiones demasiado elevadas para los datos reunidos por el autor. Con demasiada frecuencia una idea minúscula y aguda se disfraza con ropas dos tallas más grandes y se saca a relucir como una teoría. Los editores entienden que un estudiante de doctorado tiene que demostrar qué sabe. Pero el libro en que espera convertirse una tesis no funcionará si parece una humilde cabaña construida sobre el latifundio de la obra de otro investigador. Sería desde luego saludable que las tesis pudiesen titularse: «Mis comentarios sobre Agamben» o «Dos breves consideraciones sobre Bretton Woods»; sería saludable, incluso honesto, pero con pocas probabilidades de conseguirle un empleo al autor.

Una tesis es un trabajo de investigación y argumentación, y su función primordial es demostrar que eres capaz de emprender una labor en un ámbito profesional. En sí misma no es necesariamente una labor en un ámbito profesional, aunque a veces pueda acercarse a eso. Se habla mucho sobre el concepto de «tesis» del autor —el argumento que hay dentro de la tesis doctoral— como si se esperase que cada uno de los nuevos doctores egresados cada año dé

con alguna clave deslumbrante. Nunca ha sido así. La mayoría de las tesis se han escrito a hombros de gigantes. Muchas llegan incluso a menos, y sólo les pisan la punta del pie a los gigantes. Un juicioso director de tesis advirtió una vez a un ingenuo estudiante de doctorado que la tesis sería su último escrito como estudiante, no su primera obra como profesional. (Era un buen consejo, y nunca he lamentado que me lo diese.) Cualquiera editor de un sello editorial especializado lo sabe, y la mayoría de los directores de tesis también.

Una tesis doctoral pone en evidencia la capacidad técnica del autor con mayor frecuencia que una teoría original o un argumento genuino. De hecho, éste es otro de esos secretos a voces de la publicación académica: un libro no *necesita* realmente una teoría original. Muchas veces es más que suficiente sintetizar una serie de ideas o perspectivas, siempre que pueda hacerse de forma que cree una nueva perspectiva (tuya propia) y proporcione al lector nuevas claves dentro de una problemática interesante. Como bien saben los editores especializados, el original de un primer libro intentará hacer afirmaciones que no puede sostener. Sin embargo, tu libro necesita una idea dominante. Una tesis no es una hipótesis. En los primeros años de bachillerato, cuando se nos expuso por primera vez el método científico, la mayoría de nosotros ponía a prueba ideas del tipo: «mi hipótesis es que una hoja seca arderá más rápido que una que esté verde». O «los caracoles comerán pizza». Aprendimos algo sobre el método, aunque la hoja verde no conseguía arder y los caracoles no le hacían caso a la porción mitad cebolla, mitad extra de queso. La primera hipótesis demostró ser cierta, la segunda falsa. Una tesis doctoral no pone a prueba una idea de la misma forma. Por ejemplo, no podrías escribir una tesis que pusiese a prueba la validez de la idea de que los moluscos terrestres consumirán comida rápida; hay cosas mejores en las que un biólogo puede trabajar, y no es probable que el resultado sea algo que se parezca a un libro. Podrías rebatir la tesis de otro, por ejemplo, la idea del historiador del arte Millard Meiss de que la epidemia de peste en la Italia del siglo XIV cambió la forma en que los pintores representaban a Dios. Pero al rebatirla, será mejor que llegues a una conclusión que desautoriza a Meiss. No te servirá con «poner a prueba» la tesis y terminar diciendo que Meiss estaba en lo cierto. Y no puedes postular una idea equívoca únicamente para ponerla a prueba y hallarla

incorrecta. «Dickens fue el novelista inglés menos popular del siglo XIX». Esto es falso, y no tiene ningún sentido «ponerlo a prueba» únicamente para demostrar que es una idea infundada. He ofrecido ejemplos deliberadamente exagerados, pero una situación más incómoda podría referir a la tesis que razona mal un aspecto inteligente, que saca conclusiones equivocadas de datos correctos o que levanta una estructura a partir de unas pocas lecturas como si éstas pudiesen por sí solas definir tu universo de posibilidades.

Algunas tesis batallan con sus orígenes. ¿Puedes superar a tu célebre director de tesis? ¿Y rebatir el paradigma dominante en tu especialidad? ¿Y atacar la labor del catedrático del departamento más importante de tu disciplina? Cualquiera de estas incursiones producirá controversia, y la controversia no es del todo mala. Pero eso no significa que una tesis que te ponga en aprietos dentro de tu especialidad sea automáticamente publicable como libro. A veces un joven investigador necesita poner sobre el tapete determinados argumentos con el fin de desligarse de poderosas influencias, y en ocasiones eso será liberador para el autor. Pero una tesis polémica no es más publicable de facto que la que no fuerza una disputa académica.

Una tesis es un argumento, no una proposición que poner a prueba. Sin embargo, una tesis doctoral con bastante frecuencia no es en absoluto un argumento, sino sólo una mínima parte de un argumento mayor que tiene lugar en la disciplina de uno o en la sociedad o la cultura en términos más generales. Aquí se establece una tensión entre la urgencia de ser creativo y la necesidad de asumir una postura en el debate más amplio en el que se inserta la especialidad científica de cada uno. Un buen director de tesis conducirá con habilidad a un estudiante de doctorado hacia un proyecto de tesis que le dé la oportunidad de demostrar sus cualidades, y no de caerse por un precipicio o quedarse atascado en un rincón.

En el mundo académico, una buena idea está relacionada con lo que se desarrolló con anterioridad a ella: es modesta en reconocer la labor de la que depende, pero es novedosa. No es necesario que la idea se muestre sorprendente o inverosímil en la página uno, se esfuerce por ganarse al lector y lo logre por agotamiento en la página 350. Una idea para un libro puede ser discreta, escandalosa, insidiosa, apasionada, reposada, revisionista, radical, contraintuitiva, restauradora o sintética. Las ideas son tan diferentes como las mentes de donde nacen. Para algunos escritores es tremendamente difícil ex-

presar cuál es su idea. «¡Si quieres saber lo que tengo que decir, lee el manuscrito!», confiesa un autor frustrado. En cierto sentido, ese autor tiene razón: si quieres saber lo que un escritor tiene que decir, léelo a fondo y con atención. Pero eso no significa que sea imposible resumir su obra o descubrir en ella algo que nos gusta llamar su «idea». Tu idea puede ser una rectificación a gran escala —piensa en la labor realizada sobre la Rusia de Stalin, hecha posible por la desclasificación de documentos— o un estudio que contempla los escritos bien analizados de San Pablo bajo eso que Emily Dickinson llama «un determinado sesgo de luz», descubriendo matices y estableciendo pequeñas conexiones porque estabas ahí en determinado momento, reflexionando. Tengo en mi despacho un póster de una fotografía de Ansel Adams. Más de lo que nos gustaría reconocer, los libros son como fotografías, solamente posibles porque la cámara y el ojo tuvieron la suerte de estar en determinado lugar en el preciso instante en que las nubes mantuvieron su forma el tiempo suficiente.

UNA VEZ MÁS

«Revisar» puede significar muchas cosas. La mayoría de nosotros nos topamos con la idea de la revisión en la escuela primaria. Ahora observo a mi hijo batallar con el concepto, tratando de revisar un ensayo de un folio «elaborando el argumento» o «aportando ejemplos». Su ensayo de un folio con el tiempo puede aumentar a dos, pero le llevará mucho trabajo. Si avanzamos rápidamente hasta los años de universidad, los ensayos parece que surgen tras un impulso frenético o se escriben y reescriben de nuevo bajo la supervisora mirada de lince de un profesor exigente.

¿Recuerdas aquel enigma de la vida universitaria según el cual el ensayo escrito a las tres de la madrugada resultaba, al menos a veces, ser tan bueno como el que pasaba por cuatro borradores? En la carrera profesional de uno, una frustración semejante tiene lugar ante la conferencia escrita la noche anterior que resulta mucho mejor que la ponencia que preparaste durante meses. Haber tenido esta experiencia una vez por lo menos es algo maravilloso. Pero mantener una actitud despreocupada no hará de ti un mejor escritor y pensador. Escribe, guarda, revisa, guarda, revisa. Si tu ca-

rácter byroniano se basa en no permitir que nadie sepa lo duro que trabajas, mantenlo en secreto. Pero en el silencio de tu habitación cerrada, sé tan duro con tu escritura como puedas. Recuerda que la idea misma de revisión —que algo endeble puede mejorarse, o que lo bueno puede hacerse inmejorable— representa una idea optimista del progreso humano. La revisión es labor de optimistas.

Algunos tipos de revisión exigen la mayor de las habilidades, el oído más fino. Un gran editor puede meter mano a un buen texto y convertirlo en algo que lo modifique profundamente. Lo que Pound hizo por Eliot, lo que Perkins hizo por Fitzgerald y otros, puede parecerse mucho a lo que editores sin renombre de los grandes sellos editoriales del mundo siguen constantemente logrando para que al final lo que nos llega le deje a uno sin habla. Descuida: ése no es el tipo de revisión que propone este libro. Ya sabes lo suficiente para llevar tu tesis hasta el siguiente nivel. La primera tarea será decidir cuál es ese nivel.

Para empezar, destripemos la propia idea de revisión. Para revisar eficazmente una tesis tendrás que imaginar que *sales de un género y entras en otro*. La tarea exige un replanteamiento tan a fondo que podría mejor ser descrita, no como revisión en absoluto, sino como *adaptación*. Las adaptaciones de obras literarias a la gran pantalla pueden traicionar el texto hasta dejarlo irreconocible (piensa en el final aséptico de la versión cinematográfica de *El mago de Oz*, que según Hollywood —pero no L. Frank Baum— fue sólo un sueño). Otras siguen el hilo de la narración escrita con la lealtad de un acólito (piensa en *Harry Potter y la piedra filosofal*). Rara sería la tesis que acabase reconvertida en guión de cine, pero puede ser de utilidad establecer puntos de comparación entre ambos géneros. Una tesis cuya revisión logra convertirla en el original de un libro se metamorfosea en un nuevo género. Al transformar tu propio original de tesis en el original de un libro, convéncete de que estás adaptando. Suena algo ostentoso, pero puede servirte de estímulo.

Hay muchas formas de revisar. La clase de revisión que se requiere para convertir una tesis en el original de un libro es diferente del esfuerzo de revisar un capítulo de tu tesis antes de entregarlo a tu director. Ese tipo de revisión es esencialmente el mismo proceso que has seguido durante todos tus años de colegio. No es muy diferente de lo que hiciste cuando revisaste tu trabajo de primero de carrera sobre «Los presagios en el teatro griego». Reescribiste el en-

sayo, aprovechando o no los comentarios de un profesor, con el fin de clarificar el orden y la presentación de las ideas sobre la página, y de algún modo, al hacerlo, descubriste cuál era tu pensamiento al respecto. El resultado estaba más claro. Que la escritura se hiciese más clara porque el pensamiento fue pulido o que llegaras a un entendimiento más claro conforme se revelaban las palabras sobre la página es una cuestión reservada a filósofos y científicos cognitivos. Para mí, sospecho que las ideas sólo se avienen a salir de las sombras cuando te tomas el tiempo de ponerlas por escrito. La escritura no es un registro de tu pensamiento, *es* tu pensamiento.

El proceso por el cual un buen ejercicio se convierte en un mejor ejercicio, un capítulo de tesis se transforma en un mejor capítulo de tesis, o un buen borrador de tesis en un muy buen borrador de tesis, es un proceso esencialmente conservador. Refuerzas lo que has escrito pero dejas intacta la forma. Clarificas un argumento científico pero retienes el nivel de discurso en que primero lo expresaste. Corrige la ortografía y la gramática. Aumentas y pules tus notas al pie, y refuerzas una idea cautelosamente propuesta con otra cita. A medida que vas abriéndote camino, dedicas una especial atención al párrafo inicial, al párrafo final, y a la primera y última frase de cada uno de los párrafos entre medias.

Revisa el ensayo universitario que hiciste sobre Sófocles y tendrás un mejor trabajo universitario; revisa un capítulo de tesis sobre la intolerancia a la lactosa entre los masai y tendrás un mejor capítulo de tesis. Pero revisar una tesis para obtener un original de un libro es algo diferente. En una revisión conservadora se hacen las mismas preguntas una vez más y de forma más directa. Sin embargo, en una revisión de tesis se hacen otras distintas. Considera las siguientes:

¿Para quién escribo ahora que ya no escribo sólo para mi tribunal? Un libro especializado, como cualquier otro tipo de libro que acepta un editor, tiene que estar escrito teniendo muy presente a un determinado público. No sólo tienes que saber quién podría integrar ese público, tendrás que convencer a un editor de que hay suficiente público. No son unas exigencias imposibles de satisfacer. Un libro especializado es, por definición, un libro con un número de lectores limitado pero muy real. Ese número de lectores puede estar compuesto por profesores y estudiantes de doctorado que estudian la gestión de los colegios de primaria, o historiadores que se ocupan del papel

de las mujeres en la Guerra Fría, o lectores cultos de dentro y fuera del mundo académico que compran todo lo que se publica sobre el culto a Cibeles.

¿Hay aquí realmente un libro? Que haya un libro en tu tesis no es una pregunta para la que puede haber una respuesta sencilla. De hecho, puede haber varias respuestas. Puede haber un libro mirándote a la cara. Puede haber un libro surgiendo de entre la llanura aluvial y aguardando nuevas excavaciones. Puede no haber en absoluto un libro, sino excelentes fragmentos que puedes publicar. Lleva contigo esas preguntas conforme piensas en tu propio libro y lees éste.

¿Qué es necesario en una tesis pero no recomendable en un libro? Una tesis necesita determinadas cosas, un libro otras. Algunas cosas son necesarias para ambos. La revisión consiste en acortar y construir, replantear y reescribir. La tesis doctoral terminada es una obra con la extensión de un libro, pero no necesariamente una obra con la calidad de un libro. Ésta es una cruda verdad, pero también puede ser liberadora. Una de las tareas más difíciles que se le presentan al nuevo doctor es la labor de decidir qué vale la pena conservar. ¿Todo? ¿Dos capítulos? ¿Partes de tres de ellos? ¿Sólo el primero, en el que estableces tu tesis y tu metodología? Contemplar la tesis a la fría luz de un amanecer posdoctoral es algo así como mudarse de un apartamento del que no estás seguro que realmente te haya gustado nunca. ¿Necesito esa horrible lámpara? ¿Y el sofá de tía Remedios? ¿Cargo con todo y simplemente paso de tomar una decisión? Si quieres revisar una tesis no puedes *no* tomar una decisión; en eso consiste revisar.

VINO NUEVO EN ODRES VIEJOS

Algunos directores y tutores de tesis han estado repensando el sentido de la tesis doctoral de manera radical. Hace unos años que los editores comenzaron a observar esa tendencia. Quizá tu director de tesis fuese uno de los pioneros. En tu primera reunión, cerró la puerta y clavó su mirada en ti como tramando algo. «Marta, no vas a escribir una tesis», dijo en voz baja. «¡Vas a escribir un *libro!*».

El profesor sonrió mientras Marta recuperaba el aliento. «¿Quién, yo?», pensó. ¿Cómo podía una tesis ser un libro? Avanza rápidamente hasta el presente. Ocurra lo que ocurra tras esas puertas de despacho, según los editores cada vez hay más profesores que ofrecen este seductor consejo. «No escribas una tesis, escribe en cambio un libro; haz que se publique casi enseguida; consigue un empleo y ponte con el libro número dos, que es del que va a depender cualquier probabilidad sería de acceder a la titularidad».

No hay ningún consenso acerca de que éste sea el modo en que debería concebirse y escribirse una tesis. Una visión más tradicional de la tesis es la de que existe para demostrar la credibilidad de un investigador en ciernes, no para crear un original con un potencial comercial. Algunos investigadores advierten que los dos objetivos son intrínsecamente contradictorios. Otros evitan la cuestión de la contradicción y consideran la tesis como una serie de artículos especializados unidos por un hilo común. Para estos directores, la tesis debería ser publicable fragmento a fragmento, pero no necesariamente como libro. Cada punto de vista tiene sus méritos, e incluso el entusiasta defensor de escribir la tesis «como un libro» puede que reconozca que los fines más nobles de la investigación científica no siempre coinciden con el objeto de placer de un editor.

A algunos editores les interesará saber que un original por el que su autor obtuvo el doctorado fue concebido desde el principio como un libro. Si tu proyecto se desarrolló bajo esta nueva concepción, y se elaboró siguiendo una receta secreta en un departamento avanzado, es buena idea decirlo en una carta de presentación. Afirmar que tu original fue realmente planificado como un libro no garantiza que lo hayas conseguido, o que un editor le otorgue automáticamente a tu proyecto una mayor consideración de la que recibirías de otra manera. Pero puede que hayas escrito una tesis fuera de lo común, capaz de llegar a un mercado lo bastante grande como para que un editor invierta en ella.

Ten presente que un editor ve decenas de tesis cada temporada, la mayoría descritas por sus autores en un lenguaje extraordinariamente ingenuo. Demasiados originales de obras especializadas llegan al extremo de proclamar que lo que sigue es algo en lo que no han reparado los investigadores, por increíble que le parezca al autor. Lo que sigue es normalmente una nimiedad (Napoleón era muy malo, pero no malísimo) o la investigación de minucias (la

frecuencia variable de oraciones subordinadas en *Los episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós). A menos que hayas descubierto el texto de un drama perdido de Sófocles o las cartas de amor de Kruschev, evita decirle al lector que lo que has encontrado se ha pasado increíblemente por alto. Los escritores de tesis son propensos a las descripciones entusiastas y detalladas de su obra, y acaban atiborrando el primer párrafo de lenguaje artificioso. Los editores de obras académicas forman un colectivo muy desenvuelto, y han visto más originales de lo que a la mayoría de ellos les gustaría admitir. Te resultará mucho mejor tener un excelente dominio técnico, un sentido de lo narrativo, y una absoluta comprensión de tu material. Si tienes estas tres cosas, puedes mostrar tu joya a un lector sin demasiada hipérbole. «Un especialista», escribió W. H. Auden, «no es únicamente alguien dotado de vastos conocimientos; esos conocimientos deben ser útiles a los demás. Uno no llamaría especialista a un hombre que se supiera de memoria la guía telefónica de Manhattan, pues uno no logra figurarse de qué manera podría tener un alumno».

Sin embargo, para cualquiera con el título de doctor recién estrenado, la tesis es la llave del futuro inmediato. Es también, en honor a la verdad, una carga. Nunca me he topado con un nuevo doctor que hablara con entusiasmo de revisar su tesis: de su increíble suerte al conseguir un empleo en la primera entrevista sí, pero sobre sentarse a planificar sus revisiones, no. La tesis es el dragón al que hay que matar. Pensar en filetes de dragón es lo más alejado de las intenciones del autor.

Dos años, tres años, puede que cinco hayan pasado desde que empezaste a escribir tu tesis. Cuando era licenciado en la Universidad de Columbia en Nueva York se contaban historias de legendarios estudiantes de doctorado que seguían afanándose en sus tesis treinta años después de finalizar sus cursos. A mis ojos, esos fantasmas de biblioteca no se distinguían de la gente de la calle. No se me pasaba por la cabeza que alguien pudiese acabar tan absorbido por su investigación de tesis que pudieran transcurrir décadas de vida y la última ficha bibliográfica aún no se dejaba ver. Uno podría tener la sensación de que la única ventaja que tienen estos clientes fijos de biblioteca es que la carga de revisar la tesis probablemente nunca recaerá sobre sus hombros. Si estás leyendo este libro, ha recaído sobre los tuyos.

SABER LO QUE TIENES

Antes de poder hacer nada, sin embargo, tienes que ser capaz de enfrentar el texto. No subestimes la dificultad de hacerlo, y no pienses que cualquiera que sepa algo sobre la vida académica se burlará de tu reticencia a hacerlo. Todo lo que tú simple y felizmente hacías durante el proceso de escritura, está ahora escrito. De nada te servirá ponerte filosófico ante este hecho, pero primero tendrás que hacer frente al carácter irrevocable de la escritura. La tesis inacabada es más que un borrador de un documento muy largo; es un estado de conciencia intermedio entre tu pasado de estudiante y la ansiada incertidumbre de tu vida profesional.

Si las tesis se presentan según diversos estilos, no es porque el escritor se haya sentado ante una lista de opciones y elegido la que más le gusta. La mayoría de las tesis se arman capítulo a capítulo, por lo que la argumentación y efectividad de la unidad pequeña (el párrafo, el capítulo) prima sobre la estructura del conjunto. Sospecho que a muchos directores de tesis les encantaría dar por buena una tesis que constara de cinco capítulos sin apenas relación entre sí, cada uno de los cuales fuese sin embargo fácilmente publicable como artículo especializado.

Se desarrollara como lo hiciera tu tesis, ahora necesitas comprender lo que tienes entre manos y cómo utilizarlo lo mejor posible. Revisar una tesis no significa automáticamente tomar una tesis de 400 páginas y convertirla en un libro de 300. La primera tarea que se te presenta es comprender exactamente lo que tienes.

Cosas que podrían haber sucedido mientras estabas escribiendo tu tesis:

- Escribiste dos artículos excepcionales, les metiste paja hasta dejarlos como capítulos innecesariamente hinchados, y los enterraste entre tres apreciables pero no muy originales visiones de conjunto.
- Comenzaste con una llamativa proposición, expuesta con audacia en un capítulo introductorio. Los capítulos siguientes aludieron a la llamativa proposición, pero nunca la concretaron realmente. Concluiste con la perspectiva de nuevas investigaciones.
- Contra todo pronóstico, escribiste un libro.

Probablemente ya sabes cuál de estas descripciones concuerda mejor con tu propia tesis. Muchos estudiantes de doctorado habrán decidido desde un primer momento que hay dos sólidos capítulos que podrían servir como artículos en buenas revistas, pero que el resto no vale la pena el pesado esfuerzo exigido para llevarlo a la siguiente fase. Ése es un paso importante en el conocimiento de uno mismo. *El primer paso al revisar una tesis es saber lo que no vale la pena revisar.* En otras palabras, algunas tesis son mejores dejándolas como están o cortándolas en fragmentos. Algunas tienen la semilla de otro libro muchísimo más interesante oculta en el capítulo tercero. A algunas no hay ninguna recomendación que darles en absoluto, y es mejor dejarlas en paz mientras el autor se vuelca, por el contrario, en lo que siempre ha querido realmente trabajar. Antes de dedicar meses a revisar una tesis, hazte estas preguntas:

¿Puedo ver claramente la posibilidad de un libro en este original? Si la puedes ver, continúa. Si no puedes, extrae el mejor fragmento y envíalo a la mejor revista especializada que conozcas. Si lo rechazan, envíalo a la siguiente mejor revista, *y hazlo al día siguiente.* Continúa con tu lista bajando de nivel hasta que te acepten. No desperdicies el fragmento que más te gusta. Sácalo a la luz pública, aunque te suponga un año de notificaciones de rechazo y gastar mucho en sellos de correos.

¿Tendré que sustituir la mitad del original actual con material nuevo? Si tienes el tiempo y el entusiasmo para emprender toda esa labor, hazlo. Pero, ¿es la «mitad nueva» que tendrías que escribir propiamente parte de un nuevo proyecto de libro o es más apta para éste?

¿Qué vale más para mi currículum uno o dos artículos nuevos o el libro que pudiera resultar de esta revisión? Si consideras que los artículos serán mejores que el libro resultante, piensa en publicar los artículos y continuar con el siguiente proyecto de libro en lugar de revisar éste.

Si no reviso mi tesis, ¿no he fracasado de algún modo? No a menos que sea una obra brillante, publicable. Nadie se ha quejado nunca de que se hayan publicado demasiado pocas tesis. Si has volcado tu atención en un nuevo proyecto, trabaja en él en lugar de hacerlo en éste.

Una revisión es una segunda mirada. No es una segunda visión, ni ningún regreso a un momento de inspiración extática. Una revisión consiste en proyectar un ojo crítico sobre tu escritura a la fría luz de una mañana en la que tienes que presentar una solicitud de empleo, impartir dos clases y asistir a una reunión de la junta de profesores. Todo eso por hacer, y mientras tanto aún tienes que replantear 30 páginas sobre el sistema de financiación pública de las islas Canarias o la historia del sombrero en la Edad Media. La revisión es poco romántica, exige tiempo, agota. Es también la única forma de mejorar la propia escritura.

La revisión es el arte de reconsiderar una y otra vez lo que tienes que decir, y de lograr una mayor claridad cada vez que lo dices. Todo estudiante de doctorado sabe que la tesis se escribe capítulo a capítulo, y que cada capítulo puede que exija varias revisiones antes de que un director de tesis dé su aprobación. Por fin llega el momento en que existe un borrador del original completo. Ahora el autor puede emprender revisiones finales, y lo hace con la seguridad de que el proyecto está al fin listo para su entrega como cumplimiento parcial del título de doctor. Pero cualquier investigador en su interior sabe que esa revisión final no era en absoluto final. La revisión final es la siguiente, la reescritura que convierte la tesis aprobada en algo más. Si disfrutas revisando tu tesis, o puedes aprender a disfrutar revisando, habrás descubierto uno de los trucos que pueden estimularte en tu vida profesional. Los investigadores se ejercitan en desarrollar complicadas teorías o en inspeccionar archivos extensos o resistentes al escrutinio. La revisión no es tan difícil como cualquiera de estas habilidades. Aprende cómo revisar y obtendrás un mejor primer libro. Recuérdalo y disfrutarás de escribir los libros que vengan a continuación.

3. DUDAS QUE ASALTAN

Hay muchos motivos para hacer el doctorado, e igualmente muchos que llevan a los investigadores a dedicarle años a una tesis doctoral. Si hay una cosa que los investigadores saben hacer bien es proporcionar argumentos para defender su postura o acción. Desgraciadamente esa habilidad la aplican también para justificar su reticencia a modificar su tesis. Con demasiada frecuencia el joven investigador echa al correo la recién unguada tesis doctoral junto con una carta de presentación genérica y espera a que ese mensaje en una botella llegue hasta la orilla y le sea enviado el equipo de salvamento. Por supuesto que puedes hacer eso, pero tus probabilidades de éxito son casi tantas como las de la botella en hacer el trayecto desde el Caribe hasta Oslo. El investigador que reconozca que las probabilidades son notoriamente escasas puede con facilidad convencerse a sí mismo de no hacer nada en absoluto. Si todavía no te has planteado este tipo de excusas, ten por seguro que lo harás. Es mejor que las contemples ahora. Ninguna de ellas te ayudará a hacer lo que tienes que hacer.

LOS MEJORES MOTIVOS PARA NO HACERLO

El manuscrito no está listo. No, no está listo, pero probablemente no por los motivos que piensas. El nuevo doctor sabe que el manuscrito que acaba de terminar todavía no suena a libro, ni se parece a un libro. Pero lo que teme es no poder salir a la luz pública con sus limitadas conclusiones y su aquiescente repetición de las opiniones de conocidos investigadores. Algunas tesis no están destinadas a publicarse como libros. Eso tampoco las convierte en malas tesis. Si has escrito una tesis que tiene, como dicen los ingleses del huevo del cura, partes buenas (queriendo decir que

es malísimo menos donde no lo es), sé duro contigo mismo, extrae las partes buenas (es más difícil con un huevo) y publícalas. A continuación ponte con el siguiente proyecto antes de que tu procesador de textos se enfríe.

Si el manuscrito no está listo —no está verdaderamente listo— tendrás que hacer inventario de sus defectos y decidir cuánto tiempo quieres dedicarle a corregirlos. Si, por ejemplo, tu tesis es un estudio etnográfico sobre fiestas regionales, puedes tener la impresión de que el número de casos estudiados en los que basas tu investigación no es suficiente para un libro. ¿Te pasarás otros tres años recorriendo el país probando escalibada y tartaletas de manzana? Sólo tú puedes decidir si dispones de tres años, y de los fondos que te sirvan de apoyo económico. Si una base de investigación más amplia enriquecerá tus conclusiones, al menos tienes un buen argumento para emprender esa nueva investigación. Toma cuidadosamente esa decisión. El mismo período de tiempo puede utilizarse de muchas formas distintas.

Examina detenidamente un calendario de revisión. Decide si es factible. Pero no debería llevarte más de seis meses de arduo trabajo, o un año y un verano si tienes un empleo. Hay personas que se han pasado veinte años revisando su tesis, y uno confía en que los resultados sean grandes contribuciones al conocimiento. Pero no conozco a ningún estudiante de doctorado a quien le haga ilusión convertirse en una figura mítica de esa clase. Terminala, terminala lo bastante pronto, y envíala para que las editoriales consideren su publicación. Si no puedes lograrlo, a otra cosa. Recuerda que no decidiste convertirte en investigador profesional sólo porque tuvieses un reducido tema que explotar interminablemente.

Al final de una larga carrera, tras muchas publicaciones en formato de libro, puede que evoques la aventura que fue publicar tu primer libro, aquél que revisaste a partir de tu tesis. Retrospectivamente, puede que te sorprenda que fuese para tanto. Resultó ser un primer libro bastante bueno, y se convirtió en la base de tu vida profesional y de muchos de los libros que siguieron. Sin embargo, ni le dio sentido a tu existencia ni encarnó físicamente tu valía como intelectual. No olvides que tú eres mucho más que un libro.

Pero si estás convencido de que tu tesis no está lista para mandarla a un editor, y sin embargo, ese es tu objetivo, déjala lista ya.

No encuentro tiempo para revisarla. Los nuevos doctores más solicitados consiguen empleos. Por mucho que puedas dominar tu especialidad, e incluso extensas áreas de tu disciplina, no es probable que en tu primer curso te hagas cargo de cuatro asignaturas y te sientas cómodo con lo que se espera de ti. La preparación de asignaturas, la enseñanza, las labores propias de una junta, y el enorme esfuerzo psicológico para aclimatarte a un nuevo ambiente profesional, se combinarán para quitarte el tiempo que necesitas para revisar. No puedes permitir que eso te pase. Se espera del recién nombrado miembro del profesorado que escriba y publique. Si tuviste problemas para organizar tu tiempo en el doctorado, tendrás que desarrollar un sistema que te aporte las horas que necesitas cada semana para terminar las revisiones. La revisión, como cualquier tipo de escritura, no se da por sí sola. Encuentra tiempo para finalizarla.

Si te estás diciendo a ti mismo que no tienes tiempo pero lo que quieres decir es que estás preocupado por el resultado o desconfías de tus conclusiones, se trata de un problema distinto aunque relacionado. Decide lo que te está impidiendo avanzar y luego ve tras ese obstáculo.

Es demasiado larga. Si lo piensas, probablemente lo sea. La extensión de los manuscritos es una preocupación predominante hoy en día entre los editores académicos. No hay una respuesta adecuada a la pregunta «¿cómo de largo debería ser mi manuscrito?», pero un manuscrito de 500 páginas mejor será que tenga una buena razón por la que necesita tanto espacio. Un manuscrito de 300 a 400 páginas a doble espacio puede convertirse en un libro que se incluya en la categoría de extensión normal, pero más allá de esa zona de seguridad un editor empezará a sospechar. En el caso de un manuscrito de tesis, un solo vistazo a la versión final, con sus 538 páginas metidas todas en una crujiente caja de cartón, puede muy bien ser suficiente para devolverlo al autor sin haber sido leído. Si tu tesis comienza con 60 páginas donde se enumera toda la bibliografía sobre tu tema desde el Paleozoico, es probable que puedas suprimir el extraordinariamente bien documentado análisis de los antecedentes históricos.

Es demasiado corta. Esto casi nunca es cierto, aunque a veces un investigador dirá eso cuando quiere decir: «conseguí que mi tribunal la aprobara pero me sigue pareciendo escasa, y me gustaría dedicar otro año a hincharla». Lo más difícil de conseguir de un tribunal de

tesis es una valoración juiciosa y aguda de cómo resultaría tu proyecto si fuese publicado como libro. Para los miembros del tribunal es muy fácil animarte; ellos no van a hacer las revisiones por ti. Una vez que tu tesis sea transformada en un libro publicado será comparado con otros libros semejantes. Nadie te felicitará por el valor que tuviste en publicar un trabajo de investigación pobremente argumentado, ni deberían hacerlo.

Sin embargo, aumentar la extensión del manuscrito, no siempre es la respuesta. Muchas tesis se estructuran de acuerdo a un plan estipulado: un ensayo introductorio que expone un interés principal, y una serie de capítulos analíticos en los que el autor explora su teoría según se aplica a textos específicos, ambientes sociales, crisis históricas o categorías del conocimiento. Si has escrito una tesis semejante, el problema no es que no sea suficientemente larga —añadir dos capítulos más con textos adicionales o crisis históricas diferentes probablemente no importe mucho aquí— sino que no tiene suficiente potencia. En una tesis, la potencia es la grandeza de la gran idea, la solidez y utilidad de tu teoría, o el carácter absolutamente formidable de los puros datos.

Añadir otro análisis a un montón de análisis no compensa la ausencia de una conclusión. Recuerda que a la mayoría de las tesis les falta una conclusión. Si no tienes un capítulo final que lleve el libro más allá de sus propios puntos de vista hacia un terreno novedoso, escríbelo. A veces, aunque no siempre, la conclusión constituye realmente el momento decisivo. Para cierta clase de tesis ese momento decisivo consiste en demostrar la trascendencia de la investigación o en esbozar la aplicabilidad de los datos o la teoría a otras situaciones. A veces la conclusión a un manuscrito es sólo una coda a lo anterior. Este suele ser el caso en el campo de las humanidades así como en lo que a veces se llaman «ciencias sociales narrativas»: gran parte de la antropología, excursiones cualitativas en la sociología y la política, y la más humanista de las ciencias sociales (o más social de las humanidades), la historia. Tales finales, que pueden ser más elegantes que sustantivos, son a pesar de todo retóricamente importantes. Los libros han de tener su forma y su desarrollo, al igual que los argumentos.

Mi tesis ya no me gusta. Se trata de ese escrúpulo existencial asomando de nuevo la cabeza. ¿Quién no ha sentido determinado grado de agotamiento —hasta de repugnancia— al coger su tesis recién

terminada? Que ya no te guste puede tener sus ventajas. Puede que sea más fácil examinar objetivamente el original ahora que ha remitido el apasionamiento. (No hay duda de que la escritura es una actividad cargada de romanticismo.) Si realmente te sientes así, proponte poner tu tesis en condiciones de competir, luego envíala a las editoriales para ver si una de ellas puede enamorarse de tu ex.

He pasado a otro tema y es el que en realidad me interesa. Estupendo. Pero aquí no se trata de que tengas que elegir entre dos opciones. Tener un nuevo interés significa que eres alguien intelectualmente curioso y activo, aunque si te lo estás diciendo a ti mismo porque no puedes afrontar la revisión de tu original, piénsalo de nuevo. La mayoría de los jóvenes investigadores estarán de acuerdo en que si pudiesen publicar sus tesis, lo harían. El mercado laboral así lo exige, bien sea por conservar tu trabajo o ascender, o por la oportunidad de trasladarse a una institución donde funcionan las fotocopiadoras y hay suficientes plazas de aparcamiento. Puedes revisar tu tesis y también seguir pensando en el siguiente proyecto. Quizá hayas tenido la experiencia de enviar un artículo a una revista. Si te fue devuelto con una notificación de rechazo, podrías haberlo enviado el mismo día a la siguiente revista de tu lista de favoritas. (Eso es lo que deberías hacer de todas formas.) Si eres escritor, escribes, y nunca terminas de escribir. Cuando un proyecto está casi terminado, empiezas a pensar en el siguiente, o incluso en los dos siguientes a la vez. Si transcurridos cuatro años desde tu primer empleo no tienes ningún contrato para un libro porque dedicaste toda tu atención al mejor libro antes que al primero, puedes encontrarte con que quienes te contrataron están empezando a ponerse nerviosos a cuenta tuya.

Una importante editorial universitaria acaba de sacar un libro especializado en mi tema. La primera vez que ocurre esto en la vida de un investigador el efecto puede ser paralizante. Ante esta situación sólo se puede hacer una cosa. Consigue el nuevo libro y léelo enseguida, haciéndote una idea de la postura del autor en cuanto a vuestro tema común, las diferencias entre vuestros proyectos, y lo que podrías plantear como defectos o errores en el tratamiento del autor. Existe una cantidad sorprendente de libros publicados en un período de cinco años, e incluso en un solo período de doce meses, que tienen intereses comunes y se dirigen al mismo público lector. Los cientos de libros sobre el 11-S o el mundo islámico son los ejemplos contemporáneos más llamativos.

Recuerda que siempre va a haber muchísimos libros sobre un tema amplio. Por cada cien profesores que imparten cursos sobre la Guerra Civil Española, puedes estar seguro de que un porcentaje de ellos están escribiendo libros relacionados con ese tema. Si tu tesis entra dentro de esta área, puedes encontrarte con que alguien ha escrito algo que se aproxima a tu propia especialidad. Pero aquí va uno de los secretos a voces de la edición académica: a veces un tema funciona una temporada tras otra porque quienes están interesados en él compran todo aquello de calidad que sale al mercado. Algunos temas llaman poderosamente nuestra atención debido a su importancia histórica o su validez actual o porque poseen un estatus canónico dentro de una especialidad o del ámbito cultural más amplio. A medida que empieces a convertir tu tesis en un primer libro, puede que te veas a ti mismo como sumándote al coro, no situándote bajo los focos para hacer un clamoroso solo. Por supuesto, si en tu interior anida esa gran canción, un editor quedará encantado contigo, pero las editoriales académicas saben muy bien que la mayor parte de lo que saquen a la luz, con la mejor y más optimista de las intenciones, será absorbido por el torrente del pensamiento humano. Forma parte de la realidad para las editoriales así como para los autores.

Nunca lograré obtener los permisos necesarios para publicar en forma de libro. Esto es un verdadero problema, y ha supuesto un obstáculo infranqueable para muchos autores que trabajan con material de acceso restringido u otras obras protegidas por derechos de autor. Cierta tipo de tesis son precisamente de esta clase, lo que significa que pueden —y subrayo el «pueden»— no ser publicables como libros. Pero no te lances a sacar conclusiones por ti mismo. Antes de dar carpetazo a una tesis que crees que necesitaría superar obstáculos imposibles, consulta con los expertos en la especialidad. Puede haber maneras de conseguir lo que necesitas, o de reformular tu proyecto de modo que no dependa tanto de todos esos bellos pasajes.

No tengo tiempo. Sí, lo tienes. En alguna parte. Aunque sólo puedes encontrarlo si tienes idea de cuánto estás buscando. Como al comprar un coche, ayuda saber el precio antes de decidir si tienes suficiente en el banco.

Y LOS MOTIVOS AÚN MEJORES PARA HACERLO

Creo en lo que escribí.

Puedo compartir algo que es útil a los demás.

Quiero que mi vida profesional se desarrolle en el mundo académico. Y eso significa publicaciones. El libro que salga de tu tesis puede constituir ese importante primer paso.

4. OPCIONES BÁSICAS

Tu tesis es un punto de inflexión en tu carrera como autor académico, pero el punto de inflexión es también una encrucijada donde se cruzan muchos caminos. Como editor especializado, mi instinto me lleva a animar a un autor, dándole aliento para que funcione su primer libro. Supone un gran orgullo tanto para un editor como para el autor de un trabajo original cuando algo que comenzó bajo el formato normalizado de una tesis se convierte en el libro de tono expresivo y seguro de sí mismo que el editor siempre sospechó que se ocultaba en su interior. Nada de lo aprendido durante mi formación o mi labor profesional me llevaría a disuadir a un autor de revisar su obra más detenidamente, y en un libro sobre la revisión de una tesis doctoral podría parecer poco generoso contemplar siquiera la posibilidad de que lo mejor sería pararse en seco y dedicarse a otra cosa. Sin embargo, es una opción que se plantea todo doctor reciente, y por eso la ponemos aquí, en esta concurrida intersección del libro.

Un joven investigador se enfrenta a diversas opciones, y merece la pena considerar cada una de ellas, incluso si crees que ya has decidido lo que te propones hacer en los meses siguientes a la defensa de tu tesis.

1. *No la resucites.* Evita toda nueva mención de tu tesis y pasa a algo completamente distinto.
2. *Publica el capítulo más sólido de la tesis.* Olvídate del resto. Pasa a un proyecto completamente nuevo.
3. *Publica dos o tres capítulos como artículos.* Considéralos como la esencia de un manuscrito diferente de la tesis pero relacionado con ella.
4. *Envía la tesis tal como está y deja que pruebe suerte en encontrar editor.*

5. *Revisa la tesis superficialmente.* Está en excelentes condiciones y fue conscientemente escrita para parecerse a un libro en cuanto a estructura y tono.
6. *Revisa la tesis a fondo.* Utiliza sus planteamientos y materiales básicos, pero ahora muéstralos bajo una luz más intensa. Lleva a cabo nuevas investigaciones para reforzar la hipótesis. Escribe un verdadero capítulo final con una conclusión de verdad una vez que termines con el material complementario.
7. *Divide en dos la tesis si es muy extensa.* Desarrolla un trozo hasta convertirlo en el Libro A. Incuba el material restante. En los siguientes dos años, lleva a cabo nuevas investigaciones para que de ahí pueda resultar el Libro B.
8. *Deja la tesis a un lado.* Pasa a otra cosa, no porque no te guste, sino porque has estado siempre entregado a otro proyecto y es en este momento cuando quieres dedicarte a él. Puede que algún día retomes la tesis, pero no hay prisa. Tienes muchísimas ideas.

Podrías dividir estas opciones del siguiente modo: si odias tu tesis, elige la opción 1, si no, tienes las opciones 2 a 8. Si tu tesis contiene artículos publicables, elige las opciones 2 ó 3, pero si no es así y quieres hacer algo con ella, tienes las opciones 4 a 6. Si tu tesis es revisable como obra en formato de libro, decide entre las opciones 5 y 6, pero la opción 7 ofrece una propuesta diferente. Date cuenta de que no hacer nada con tu tesis podría ser el resultado de odiarla (la sombría opción 1) o de que te guste pero estés decidido a no prestarle ninguna atención por el momento (la activa opción 8). Desde un cierto punto de vista, el propósito de presentar estas opciones es parecido al diseño de un perfil psicológico.

CAMINOS HACIA LA IMPRENTA

Ahora echemos un vistazo a esas opciones, una por una. En primer lugar, existe una clara posibilidad de que no quieras publicar tu tesis en ningún formato. Esto es un lujo en el actual mercado laboral, como probablemente sepas, y la decisión de no publicar ninguna parte de tu tesis deberías tomarla sólo después de haber escuchado los conse-

jos de mentores y compañeros de profesión. Puede que te repugne el solo hecho de ver tu tesis, pero ése no es motivo para menospreciar su contribución al intercambio de conocimiento. Algunos autores de tesis han acabado sabiendo que no harían carrera en el mundo académico y en su lugar han cambiado bruscamente de marcha, trasladándose, digamos, del departamento de geografía a una escuela de cocina. Por supuesto, si has perdido todo interés en el proyecto, abandónalo. Puede que vuelvas a él en uno o dos años y descubras en tu tesis aquello que un día, hace años, te llevó a empezarla.

Casi todos los manuscritos de tesis tienen un capítulo fabuloso. Seguramente puedas señalar tu trozo favorito de la tesis, y es probable que ése sea el mejor. Habrás de decidir cuanto antes si intentas publicarlo o lo guardas como un tesoro. No hay ningún inconveniente en publicar un gran capítulo en una revista importante. Asegúrate de que la revista sea de categoría. A los editores académicos no les convence en absoluto el hecho de que un escritor haya logrado que le acepten algo en una publicación de segundo orden. Es mucho mejor procurar publicar en la revista más importante de tu especialidad. Si lo rechazan, deberías enviar el artículo al día siguiente en dirección a la siguiente revista de tu lista. Aunque no tengas éxito con la media docena de revistas más importantes de tu disciplina, quédate con el material. Puede que logres hacer mejor uso de él durante la revisión de tu libro. También pone en circulación tu nombre y tus ideas de forma instantánea. Al ser leído tu artículo por investigadores de mayor antigüedad, éstos se convierten en potenciales transmisores hacia los sellos editoriales, recomendando tu nombre como el de alguien a quien podría querer contactar un editor.

Llegar a ser conocido por investigadores de renombre es, desde luego, uno de los requisitos previos para obtener una seguridad profesional en el mundo académico, e incluso la clave para la supervivencia. Cuando publicas, divulgas no sólo tus ideas sino tu nombre. Cuando aparece un artículo en una revista importante, te das a conocer. Se vuelve posible que un renombrado investigador sepa de ti sin conocerte en persona, y si el reputado investigador dirige una colección para una editorial académica, puede que te pidan que presentes el manuscrito de tu tesis para su posible publicación.

Un editor difícilmente puede quejarse de que un autor haya publicado un capítulo de su tesis. Pero hay que decir que muchos jóvenes investigadores, al comprender que la publicidad siempre vie-

ne bien, no hacen una distinción entre las revistas más importantes y las de segundo nivel, o entre publicar sólo un capítulo o publicar cinco o seis. «Ayudará a su divulgación y hará aumentar el interés en mi próximo libro», se dice el autor. Eso es sólo parcialmente cierto, y no es en absoluto cierto si las mejores partes de un reducido estudio especializado ya se han publicado en una revista importante y posteriormente aparecen de nuevo en un libro colectivo publicado por otra editorial. A medida que aparecen cada vez más revistas *online*, se hace más difícil para los editores ver si existe mercado para un original —no importa lo bueno que pueda ser— del que hay capítulos fácilmente disponibles en forma electrónica. Uno debería ser cuidadoso con sus propios tesoros.

A veces un autor descubrirá que dos o tres capítulos, a veces hasta cuatro, pueden extraerse de la tesis para su publicación como artículos en revistas. Hacer eso coloca al editor en la violenta situación de tener que preguntarse quién comprará el libro ahora que casi todo excepto el índice alfabético ha visto la luz de la imprenta. Si eres capaz de colocar capítulos en las principales publicaciones de tu disciplina, sería inútil pensar que no deberías hacerlo. Si tu obra es auténticamente innovadora —y me refiero a que seas uno entre mil nuevos doctores— un editor querrá reunir tus ensayos publicados, un gesto que lo más normal es que se produzca con posterioridad en la vida de un investigador. Por tanto, no es acertado pretender que esto suceda en una etapa inicial.

Publicar tu mejor capítulo o capítulos puede crear nuevas oportunidades para ti. Invitaciones para dar conferencias, reacciones por escrito o verbales de otros investigadores, y nuevas reflexiones sobre el tema de estos artículos ahora muy notorios pueden funcionar como trampolín para un libro que el autor no sabía que estaba escribiendo. Los fragmentos publicados se convierten en simiente, y en lugar de devolver al autor al semillero del original de tesis, ahora parcialmente publicado, le impulsan hacia algo nuevo. No es algo inaudito que un editor se ponga en contacto con un investigador sobre la base de un artículo recientemente publicado. El editor puede simplemente indagar en qué está trabajando el autor, y después averiguar más sobre la tesis que el autor está revisando. Pero el editor puede también proponerle un proyecto relacionado con el artículo pero no previsto por su autor. Todo interés manifiesto en la propia obra es algo que seduce, desde luego, pero hay algo especialmente

emocionante en ser invitado a plantearse escribir un libro en el que ni siquiera se ha pensado. Puede ser una feliz, aunque involuntaria, consecuencia de publicar un gran artículo.

La opción del autor que envía la tesis «tal como está» plantea un dilema a un editor. La mayoría de las tesis enviadas a un editor sin revisión alguna serán rechazadas sin mayor examen. Unas pocas serán objeto del entusiasmo de un editor y la base de un intercambio que puede llevar a un contrato de edición de libro para la presente obra o, más adelante, a un contrato para algo que el editor espera que pueda desarrollarse a partir del terreno abonado de la investigación para la tesis. Si preguntas a los editores si suelen publicar tesis, probablemente responderán que no, o que no toman en cuenta tesis que estén aún sin revisar. La respuesta lleva implícita la sensación de que alguien que esté haciendo esa pregunta puede ser muy inteligente, pero probablemente no tiene entre manos algo que se parezca a un manuscrito de un libro. Mejor decir que no, puede pensar el editor, que dar cabida a otro proyecto con pocas posibilidades.

Aunque hay poco espacio en el mundo editorial para las tesis no reconstruidas, hay unas pocas excepciones, y si quieres publicar tu tesis sin desarrollarla más, éstas pueden ser tus únicas opciones. Muchas editoriales universitarias tienen colecciones, generalmente dirigidas por investigadores prestigiosos, que en su mayor parte publican la obra de investigadores jóvenes. Una tesis puede ser publicable en tales colecciones, aunque es preferible averiguar lo más posible sobre una colección antes de proyectar tu futuro en ella. Si tienes buenas razones para creer que la catedrática Díaz, directora de la colección «Estudios sobre el absolutismo» para la editorial de la Universidad del Norte, tomará en cuenta una tesis, intenta ponerte en contacto con ella directamente en su universidad antes que enviar una carta solicitando información a la editorial. Con toda probabilidad, una carta referente a la colección enviada a la editorial será reenviada de todas formas a la directora de la colección, así que puedes ahorrarte un tiempo de espera dirigiéndote directamente a ella. Una oportunidad afín se presenta cuando, en algunas especialidades, a una obra se le concede un premio a la mejor tesis. Esto puede valerte un certificado muy vistoso y un contrato para un libro por parte de una editorial universitaria. Si llegaras a ser tú el afortunado, acéptalo amablemente y accede a que tu proyecto se publique ahí. Tendrás otros libros que escribir, y el segundo es casi siempre más fácil de publicar que el primero.

La otra opción para la tesis sin revisar es que se incluya en una de las poquísimas colecciones que buscan activamente buenas tesis. Las ventajas para el autor incluyen su rápida publicación y su inclusión en una colección dirigida por un investigador reconocido. Pero se trata de obras altamente especializadas, no revisadas para un mercado más amplio, y que siguen un itinerario rutinario durante todo el proceso de publicación. En lugar de una tirada de unos mil o tres mil, ese tipo de tesis se limita a un par de cientos de ejemplares en tapa dura sólo para bibliotecas.

La revisión superficial es una opción atractiva a mitad de camino entre una reescritura general y cortar el mejor filete para presentarlo a una revista. La revisión superficial es el equivalente de quitar el polvo en vez de pintar de nuevo. A veces todo lo que necesitas es quitar el polvo, o tener tiempo para ello. Pero cuando se trata de replantear tu tesis, asegúrate de que no has elegido la revisión superficial simplemente porque la obligada alternativa te exigiría más. La revisión superficial suele ser más apropiada para investigadores cuya obra fue concebida desde el principio para ajustarse a la arquitectura de un libro: una introducción, un número considerable de capítulos unidos temáticamente, un mecanismo interno que hace avanzar el hilo narrativo, una conclusión satisfactoria o final equivalente, la voz del autor, y una subordinación de notas al pie y referencias. En otras palabras, si ya tienes la estructura y el tono de un verdadero libro, puede que la revisión superficial sea todo lo que tienes que hacer. Refuerza tu dominio sobre lo que ya tienes resuelto, haz una lectura de principio a fin por si queda algún asomo de jerga innecesaria y ampulosidad académica, e imprime una nueva copia.

Más allá de la opción de revisión superficial se halla el reino del levantamiento de pesas. Aquí el autor separa lo flojo de lo sólido en el original, y se prepara activamente para reparar los daños, cubriendo las grietas en la estructura. Para hacerlo, el autor desmonta el edificio por completo, salvando dos capítulos sólidos, deshaciéndose de uno muy soso, replanteando qué nuevas investigaciones hacen falta para hacer posible un hilo narrativo, y escribe una conclusión donde previamente no había nada, ni siquiera una radiante sonrisa y un ademán. Durante años he escuchado muchísimas historias de investigadores que pasaron cinco, diez, veinte años revisando el original de su tesis. No puedo imaginarme que ningún investigador quiera hacer algo así. La revisión exhaustiva, o a fondo, es una opción que

ofrece la desagradable perspectiva de investigar el tema hasta que decaigan el cuerpo y el ánimo, pero no te dediques a ello durante las próximas una o dos décadas. Mira el reloj. En el preciso instante en que terminas tu tesis, otros investigadores están haciendo lo mismo. Algunos de ellos están escribiendo tesis que se acercan, y mucho, a tu terreno, y cuanto más te demores más datos tendrás que investigar. Además, una tesis, *como cualquier libro*, está concluida en la medida en que lo está el conocimiento relativo a ella en el momento de su publicación. El manuscrito de tu tesis puede susurrarte al oído que su historia puede contarse mejor con sólo unos pocos años más de investigación, pero si optas por ello puedes descubrir que estás corriendo mucho sólo para quedarte quieto.

Algunas tesis, por muy brillante que resulte su concepción, están ligadas históricamente a un período cultural. La inminente caída del muro de Berlín en 1989. Nadie te culpará por haber publicado *Berlín contra el muro* antes de que cayera el muro. Pero nadie te perdonará publicarlo un año después del suceso y no replantear tu proyecto a la luz de estos trascendentales acontecimientos. Y así entra en juego otro factor, y además paralizante («no encuentro tiempo para revisarla»). No sólo tienes que realizar muchas más investigaciones sobre Berlín, sino que psicológicamente elevas tu propia apuesta, insistiendo en que un libro que te ha ocupado tres años más de lo planeado debe ser mucho mejor que la revisión que podría haberte satisfecho dos años antes. ¿Cuánto exige un autor que sea de extraordinario su original cuando ha estado revisándolo durante más de una década, y más aún durante dos? Se trata de complicados juegos mentales, y lo mejor es evitarlos en la medida de lo posible. Revisa exhaustivamente, incluso radicalmente, si esa es la trayectoria que has elegido seguir. Pero imponte un horario y un plazo. *Ninguna tesis merece que dediques tu vida entera a revisarla.*

Los capítulos que siguen hablarán de la labor que implica esa revisión. Por el momento basta con señalar que hay una gran diferencia entre la revisión superficial y la revisión exhaustiva, radical. Incluso quitar el polvo lo mejor que puedas no equivale a pintar de nuevo.

A veces, aunque no tan a menudo, un editor y un autor debaten sobre el futuro de un original y deciden que nada puede hacerse con ello, no porque no sea desbordante en ideas sino porque las ideas tiran en dos direcciones distintas. Por ejemplo, un extenso original puede que teóricamente sea una historia de la investigación marina

a partir del Protocolo de Kioto, pero con tres capítulos de diez dedicados a Chile. El autor puede que sea capaz de revisar el original y convertirlo en un libro sobre la investigación marina en Chile y su relación con los cambios políticos al otro lado del Pacífico, aunque ése puede que no haya sido el propósito original de la tesis. Quizá haya ahí un libro sobre los patrones migratorios de los mamíferos marinos del Pacífico. Ninguno de esos dos proyectos puede que aún exista en la tesis tal y como está, pero una vez separados ambos pueden adquirir forma con el tiempo. Contempla todas las perspectivas que te interesen.

Un joven investigador no debería emprender dos proyectos de libro de extensión normal al mismo tiempo. Los espíritus ambiciosos intentarán revisar la tesis los fines de semana y prepararán una colección de ensayos las noches de entre semana. Por haber sido testigo muchas veces de ese arduo cometido, prevengo a los jóvenes investigadores en contra de ello. Preparar una colección de ensayos especializados se halla fuera del ámbito de *Cómo transformar tu tesis en libro*, pero al menos una advertencia viene al caso en este punto: preparar una colección o una antología te llevará mucho más tiempo del que esperas, y te dejará con menos energía, además de con menos tiempo, para avanzar en tu propio libro como autor individual. Que puedas permitirte llevar a cabo ese cometido recién iniciada tu carrera es algo sobre lo que necesitas reflexionar cuidadosamente. Puede que tengas la sensación de que tener en tu currículum ese volumen colectivo a tu cargo bien merece la inversión en tiempo. Pero sólo llegarás hasta ahí si pagas un precio.

Aunque algunos jóvenes investigadores sí emprenden dos proyectos de libro a la vez, te recomiendo encarecidamente que no sigas su impresionante ejemplo. Averigua por el contrario cuál de los dos proyectos es mejor para ti —más útil profesionalmente, más fácil de llevar a cabo, más satisfactorio— y colócalo en primer lugar de tu orden de prioridades. Ese segundo libro sobre ballenas puede esperar un par de años.

Hay una última opción en la lista: échale un último vistazo a la tesis y promete que volverás. A veces hay proyectos más apasionantes en la cartera de un joven investigador, y la labor de revisar la tesis no parece en comparación nada atractiva. No hay ningún motivo por el que tu tesis tenga que ser el primer libro si tienes otra cosa que preferirías escribir. Pero si tu meta profesional es convertirte en

profesor, éste no es momento de dejar a un lado la tesis terminada para escribir esa serie de sonetos o tus recuerdos como adolescente rubio en un pueblo de gente morena.

No sacrifiques la tesis porque preferirías escribir otra cosa. Sacrificala sólo porque puedes escribir algo sobre otro tema académico que es incluso mejor que el de tu tesis. Si no crees que eso vaya a ocurrir, y pronto, toma la tesis en tus manos y descubre algo en ella que pueda estimular tu imaginación.

Toda tesis, por mucho que nos quejemos de ellas como editores, como lectores, e incluso como autores, tiene algo que le hizo pensar al autor: «sí, éste es un problema fascinante sobre el cual apuesto a que puedo arrojar un nuevo punto de vista». Antes de decidirte a dar carpetazo al proyecto, examínalo detenidamente una vez más. Si has decidido, tras un detenido examen de conciencia, que tu futuro se encuentra fuera del mundo académico, es cierto que tienes pocos incentivos para invertir tiempo y energía en la revisión. Pero si esperas convertirte en profesor, no puedes ser desdenoso con ese filón de ideas en el que has trabajado durante varios años. Incluso si la tarea suena como a clonar un mamut a partir de una pestaña, hay algo en toda tesis que puede reavivar el entusiasmo de su autor. Tu labor es descubrirlo.

LA TESIS ELECTRÓNICA

La edición electrónica es un tema inmenso y laborioso, y mucho más que una coletilla a esta discusión. Las tesis doctorales, como otras obras especializadas, estarán cada vez más disponibles *on-line*, por medio de acuerdos para su acceso libre o limitado, y de descargas por impresión bajo demanda, ejemplar por ejemplar. Ningún otro aspecto de la industria editorial es objeto de un debate más amplio. Los protocolos que se siguen para documentar *on-line* los datos de la propia obra especializada, incorporar el carácter efímero de los dominios electrónicos en la propia metodología de la investigación, valorar el impacto de las revistas *on-line*: sobre éstos y otros temas relacionados es difícil decir algo que no suene anticuado en seis meses.

La investigación básica es, por supuesto, esencial en cualquier especialidad. Uno de los aspectos más apasionantes de las oportuni-

dades que brinda lo electrónico es la posibilidad, al menos teórica, de hacer públicos los descubrimientos más rápidamente que nunca. Un científico puede disfrutar del lujo de trabajar en una especialidad donde una revista de calidad publique mensualmente, acercando el descubrimiento de su laboratorio relativo al ARN a un público que no sólo desea, sino que ha de tener esa información. La revista estará disponible *on-line* así como en copia impresa. En 2003 los investigadores empezaron a colgar en la red las transcripciones de los juicios celebrados en el tribunal de Old Bailey en Londres, dando la oportunidad no sólo a otros investigadores sino también a forofos de la historia de leer lo que realmente se decía en los tribunales a finales del XVII y en el siglo XVIII. Pero a una escala mucho menor, las mismas herramientas electrónicas podrían acercar a una gama análoga de lectores el texto descifrado de una tabla de arcilla mesopotámica recuperada del saqueo de Bagdad. La tecnología no distingue entre asuntos poco o muy importantes.

Pero los costes de la tecnología y su mantenimiento son otra cuestión. Es demasiado fácil imaginar que la publicación electrónica prácticamente no tiene coste y se mantiene por sí sola. Desgraciadamente, nada de eso es cierto. Los sistemas necesitan ser administrados, reparados, actualizados, integrados en otros sistemas y mantenidos por manos expertas en un estado constante de preparación para el siguiente gran ajuste electrónico. En cuanto al coste de la publicación electrónica, se ahorra dinero en papel, impresión y encuadernación, y en almacenaje y distribución. Sin embargo, hay costes tangibles para una editorial académica que sigue siendo responsable de escoger la obra, evaluarla, corregirla y diseñar su formato, crear un archivo electrónico y dotarlo de la capacidad de conversión a todos los sistemas necesarios. Los libros electrónicos siguen siendo complementarios a los libros en tapa dura, por lo que la labor de producir el libro —esa cosa con páginas— continúa, aunque disminuya el número de copias que uno hace de esa cosa. El texto electrónico —esa cosa con luces— no tiene el mismo impacto. No tiene ningún sentido decir que has hecho un libro electrónico o un millón, porque lo que has creado es una especie de ideal platónico. Lo que puedes contar es el número de autorizaciones que concedes, sea a individuos o a instituciones, que permiten a alguien, o a muchos, acceder al archivo electrónico, manipularlo, o imprimirlo. Esa cosa con páginas no va a desaparecer, porque su versatilidad y placer

son considerables, pero esa cosa con luces ampliará nuestro acceso a datos e ideas que de otra forma nunca saldrían de las bibliotecas de investigación excepto como préstamo entre bibliotecas.

Para tu tesis la cuestión primordial no es si la difusión electrónica es una nueva y magnífica oportunidad o no (sí que lo es). Lo que es importante para un joven investigador profesional es de qué modo la difusión de la propia labor doctoral será valorada por los sistemas de los cuales, como investigador, tiene que depender. Y en la primera década del siglo XXI, el libro impreso, esa cosa con páginas, puesta en circulación por un respetado editor, sigue aún siendo la base de los contratos y las presentaciones. Habrá excepciones, pero probablemente sean complementos a la publicación impresa. De aquí a algunos años, o unos pocos más, puede que se convierta en algo común el que profesores adjuntos mejoren sus contratos y que investigadores aventajados accedan a la titularidad exclusivamente sobre la base de archivos electrónicos. Pero ese día aún no ha llegado.

Un autor con un libro en marcha me llamó una vez para preguntar si se iba a mantener el plazo. La salida del libro estaba prevista para mediados de agosto. El autor preguntó con nerviosismo si esa fecha era inamovible. Su junta docente se reuniría para tratar la revisión de su contrato indefinido en la segunda semana de septiembre. Tanto el presidente como el decano tenían que tener sobre sus mesas ejemplares completos del libro impreso. Poco importaba que ya estuviesen las pruebas del libro, que el autor podía fácilmente hacer llegar al campus. Sólo valía el libro editado.

A medida que se amplíen las opciones tecnológicas y se reduzcan las restricciones económicas, más y más trabajos de doctorado serán cedidos, o consignados, para su difusión en formato electrónico. Pero los autores de obras especializadas y los administradores del mundo académico siguen queriendo libros que puedan sostener entre sus manos, libros que lleven la marca de reconocidos sellos editoriales. Si tienes intención de hacer carrera en el mundo académico, tu primera responsabilidad es cerrar un contrato para la publicación impresa de tu obra. Eso puede suponer una copia impresa del original completo. Sin embargo, también podría suponer una copia impresa de todo excepto los ocho apéndices en los que dejas constancia de tu informe estadístico. Ese modo de publicación mixto —el «libro» editado y el material secundario en la esfera ciberné-

tica— podría muy bien llegar a darse con mayor frecuencia en los próximos años.

Las tesis que se convierten en textos sólo electrónicos puede que sean obras de investigación excelentes pero de ámbito reducido, o contribuciones valiosas y potencialmente más amplias que sus autores se negaron a revisar con mayor profundidad. La ardua tarea de revisar puede darle a una tesis una vigencia como libro impreso que de otra forma nunca podría disfrutar. Si se convierte también en un texto electrónico —al mismo tiempo o años después— tendrás la satisfacción de saber que tus lectores *on-line* están saboreando tus ideas más maduras en lugar del fruto verde.

La tesis es el patito feo del mundo editorial. Hay muchas cosas sobre las tesis que son de dominio público entre los editores, y por ello apenas necesitan decirse en voz alta cuando éstos se reúnen. Todo editor conoce ese instante en que se entera de un proyecto por medio de un asesor o lee en un artículo una referencia sobre el tema, y de pronto se le enciende una bombilla. Al editor se le ocurre una idea, o más bien el editor comprende que un autor tiene una idea a la que definitivamente vale la pena seguirle la pista. El editor investiga y descubre, con el alma entristecida, que el proyecto es sólo una tesis y en realidad mucho menos interesante de lo que podría resultar un breve resumen de ella.

Si se le pide a un editor que caracterice las tesis, se quejará del elevado número que hay, y a continuación ofrecerá una lista de sus defectos característicos. Quizá después, para ser justo, el editor termine por mencionar tesis que ha publicado. El editor se apresurará a decir que eran tesis excepcionales, o que habían sido revisadas tan a fondo que nadie sabría que habían comenzado como tesis doctorales. Con la maravillosa previsión que caracteriza la mayoría de sus valoraciones sobre casi cualquier cosa, el editor señalará los premios que ha obtenido determinada tesis o las extraordinarias ventas que alcanzó, incluyendo cantidades considerables vendidas por tratarse de lectura obligada para una asignatura. El editor interrumpirá sabiamente ahí su valoración, como si los premios y las cifras de ventas hubiesen sido previstos cuando el original hizo su primera aparición sobre la mesa del editor. Pero ni siquiera el mejor editor puede predecir qué libros, sobre todo primeros libros, ganarán un premio importante, y todos los editores predicen éxitos de ventas con mayor frecuencia de lo que los obtienen sus libros.

Lo esencial de la historia del patito feo de Hans Christian Andersen es, por supuesto, que no se trata en absoluto de un patito,

sino de una cría de cisne. Si la tesis es realmente ese patito feo, le está aguardando algo especial. Ahora bien, podría tratarse tan sólo de un pato.

MEDIR Y CRIBAR

Sería bueno que tuviéramos a mano unos baremos que pudieran garantizar que un autor ha preparado el original conforme a algún tipo de criterio fijado por la industria editorial. No los hay. Sin embargo, no serás capaz de llevar tu tesis a su objetivo deseado sin tener conocimiento de las trampas que te esperan. Estas trampas te esperan, pacientemente, desde el día que empezaste el doctorado, y algunas te seguirán los pasos —y a cualquier escritor— durante toda tu carrera. Distintos escritores tienen distintos problemas: por ejemplo, aquí no voy a tratar cuestiones que afronta el hablante no nativo de castellano. Pero desde el punto de vista de un editor, los defectos de un manuscrito pueden tratarse en función de cuatro elementos cruciales: *público, tono, estructura y extensión*. No se puede publicar un manuscrito como libro si el autor no comprende claramente para quién se escribe el libro (su público) o si el autor no lo ha escrito en una forma apropiada para el público y atractiva para el lector (tono). No se puede publicar un manuscrito si el autor no comprende claramente por qué los fragmentos del libro siguen un determinado orden, o si el autor no le ha dado al lector suficientes claves para comprender la lógica del conjunto (estructura). No se puede publicar un manuscrito si su autor no sabe cuándo dejar de hablar (extensión). Hay otras cosas a tener en cuenta, como los párrafos de citas o la no concordancia de participios, pero son insignificantes en comparación, o más bien pueden considerarse como parte de estas cuatro grandes cuestiones.

Estas cuatro tienen que ser esenciales para el autor sencillamente porque también son esenciales para un editor. El proceso de selección y publicación consiste en elegir ese proyecto que un editor cree que para empezar cuenta con un público lector entregado, está escrito y organizado de tal manera que atraiga a ese público, y está comprendido en un cierto límite de páginas que hace prometer una viabilidad económica.

Tener cierto conocimiento de las pautas laborales del editor ayuda a los autores a entender por qué estas cuatro cuestiones son tan importantes. Un autor primerizo todavía no ha atravesado los laberintos de la edición especializada, y el autor de una flamante tesis probablemente ni siquiera ha tenido tiempo de plantearse ninguna cuestión básica sobre el funcionamiento de todo ello. Los editores que trabajan para las editoriales quieren que los nuevos autores tengan el mayor conocimiento posible del proceso, porque cuanto más sepan los autores, más probabilidades habrá de que se presenten los originales adecuados y más probabilidades habrá de que esos originales estén en las mejores condiciones posibles para tomarlos en cuenta.

Lo que le ocurre a una tesis —revisada o sin revisar— una vez que se ha presentado a un editor dice mucho sobre cómo decide la industria editorial lo que es aceptable. Los editores conviven con muchas tesis; tú convives con una sola. (Hay unos pocos valientes que han escrito dos tesis doctorales, pero están hechos de un material más resistente que la mayoría de nosotros.) Los editores son capaces de emitir un juicio rápido sobre una tesis y sobre su capacidad para mantenerse en el mercado. Este juicio se emite de forma tan rápida que la tesis doctoral es probablemente la primera propuesta dentro del correo semanal en ser valorada y, en casi todos los casos, rechazada. El hecho de que los editores casi nunca den un motivo para no llevar adelante una propuesta es fuente constante de frustración para los autores académicos, y también para otros autores, aunque este libro no se centre en ellos. Los sellos editoriales son negocios con un estrecho margen de beneficios, y los editores tienen mucho trabajo. Más aún, no hay barrera que limite el número de propuestas que un editor puede recibir. Por ejemplo, un editor de libros de historia en una importante editorial universitaria se verá inundado de propuestas, e incluso el poder disponer de un asistente o dos sólo hace un poco menos pesado su trabajo. Cuando tu original regrese bruscamente sin haber sido leído no es probable que obtengas otra cosa más que una notificación formal, haciéndote saber quizá que esa editorial no publica tesis, pero insistiendo por lo demás en que la tuya no figura entre las que han pasado el primer filtro. Un autor sentirá, y se comprende perfectamente, que sin una lectura externa, o por lo menos la lectura interna que un editor puede aportar, no hay forma de saber qué hay de malo en el proyecto.

Con que hubiese sido enviado al profesor Roche, el experto mundial en jeroglíficos del Imperio Medio, el editor entendería que mi teoría del verbo condicional revolucionará nuestra comprensión de las estelas egipcias.

El editor ha hecho una serie de rápidas elecciones, que se reducen a una serie de obstáculos, cada uno de los cuales debe salvar un original. Dependiendo de la editorial, un editor podría:

1. Leer la carta de presentación.
2. Decidir si lee algo del original, o en determinados casos, todo entero.
3. Decidir si el proyecto, de publicarse, podría ser económicamente viable y se ajustaría al catálogo del sello.
4. Decidir si encargar un informe de lectura a un especialista en la materia.
5. Decidir quién haría bien el informe, y quién entregaría un informe fiable en un período de tiempo razonable.
6. Determinar, en función de los informes, si el proyecto es académicamente sólido.
7. Decidir si dar el último paso y presentar el proyecto al comité editorial para que dé su visto bueno al contrato.

En la mayoría de los casos, un editor no llega muy abajo de la lista. Son muchos pasos, y un libro no puede estirar las piernas para saltarse ninguno. Puede parecer que tu original sólo tiene una pequeña posibilidad de llegar hasta la oferta de contrato. Pero los más importantes con diferencia de estos siete son los dos primeros. Tu editor decide si le dedica tiempo a un original, y del resultado de ese primer encuentro dependerá el destino del resto de tu libro, al menos en este sello editorial en concreto.

El tiempo de un editor es tan limitado que nunca hará ningún tipo de concesión frente a la entrega de un original con una mala presentación. Hay unas sencillas reglas a seguir, no sólo para las tesis sino para todos los originales de libro. Coteja el tuyo con las listas de consulta de las páginas 145-147 y comprueba si está en condiciones para enfrentarse al ojo de un editor.

Aparte de la cuestión de su mercado potencial y de su contribución académica, hay otro factor en tus cálculos de la posibilidad de éxito para tu tesis: la competencia por un espacio. Una tesis siempre

se halla en algún tipo de disputa por un espacio en el catálogo de un editor. Como de hecho lo están todos los demás originales y propuestas acumuladas en la bandeja de entrada del editor. Una tesis en antropología puede estar compitiendo con una recopilación de ensayos de un conocido sociólogo, una introducción a la hermenéutica, un libro de divulgación propuesto por un agente, los derechos para la edición de bolsillo de un libro en tapa dura, media docena de propuestas, todas ellas segundos o terceros libros de investigadores a mitad de su carrera profesional, y así sucesivamente. Ninguna editorial de las que conozco tiene un cupo mínimo anual, sea para tesis o para primeros libros. Si otros tipos de libro ofrecen mayor esperanza de éxito, la desdichada tesis será amontonada en un lugar incluso más pequeño que la mesa del editor.

En determinados sellos editoriales simplemente no se aceptan tesis, y la página web de la editorial puede disuadirte con un lenguaje así de directo. Al buscar un editor adecuado para tu proyecto, presta especial atención a cualquier información que una editorial pueda ofrecer en cuanto a tesis. «No publicamos tesis» parece bastante claro, pero puedes presentar una versión considerablemente revisada una vez que la hayas terminado. El hecho de que un manuscrito haya comenzado su vida como una tesis no lo convierte en la versión editorial del pecado original, por mucho que a veces pueda parecerlo. Las tesis absorben el tiempo de un editor, pero si ese tiempo está bien invertido, el resultado es más que un buen libro, es un buen primer libro.

DESCUBRIR TALENTOS

Por extraño que parezca, uno de los principales motivos por los que un editor acepta una tesis no es en absoluto la tesis, sino tú. El editor de mirada perspicaz encuentra una tesis que demuestra la extraordinaria inteligencia del autor, y quizá una especial aptitud para algo que tiene un creciente interés. Alguien de temperamento agrio podría quejarse de que semejante interés confunde lo que está de moda con aquello que constituye un conocimiento sólido. Si sustituyes el vocablo «de moda» por la frase «de creciente interés en la disciplina», obtienes una descripción menos sesgada de una obra que está de algún modo en consonancia con el ambiente intelectual

del momento. Algunos doctorandos están dotados no sólo de una inteligencia y unas capacidades de investigación superiores al resto, sino de un sexto sentido que les dicta lo que va a tener interés para la disciplina en un par de años. Muchos estudiantes que han escogido un tema afortunado puede que no sean capaces de decir por qué lo eligieron o si creen siquiera que alcanzará notoriedad. Pero para un editor, éste es el premio a escoger entre un montón de propuestas. Después de todo, la labor de un editor académico es seleccionar material no sólo por su calidad académica, sino por su potencial para llegar más allá de un pequeño número de lectores, quizá hasta uno grande. Un gran editor tiene buenas conexiones y buen ojo, y algo más, eso que podría llamarse olfato para las novedades. Un editor puede enterarse de un tema a partir de muchas fuentes —en convenciones académicas, en visitas a los campus, por medio de asesores, charlando con otros editores— antes de que un solo libro especializado sobre el tema llegue a ser publicado. Entonces una tesis atraviesa la mesa del editor y tiene toda la pinta de ser el primer libro sobre el tema. Esa tesis es la que el editor va a tener muy en cuenta.

El editor espera haber encontrado un libro que, cuando se publique de aquí a uno o dos años, aparecerá justo cuando el tema se abra camino dentro del diálogo cultural más amplio. Llevará todo ese tiempo porque el libro ha de ser revisado, reseñado, corregido, impreso y encuadernado. Un editor apuesta a que ninguna otra editorial se le adelante, y que éste sea no sólo el mejor libro sobre el tema sino el primero. Como todo editor sabe, es bueno tener el mejor libro sobre un tema. También es bueno tener el primero. A veces se publicará un libro que no es todo lo que podría ser porque, al ser el primero en la especialidad, captará mucha atención y establecerá los términos para futuros debates. Y éstas no son pequeñas ventajas.

Al publicar esta tesis, el editor espera también algo más. Un primer libro es la oportunidad para que editor y autor construyan una relación profesional. No es exagerado decir que cuando un editor acepta un primer libro, incluso «el libro de la tesis», espera que el autor tenga algo aún mejor en marcha más o menos un año después, y que lo presente al mismo editor. Todo editor que acepta un primer libro sabe que hay un riesgo inherente a cualquier relación en ciernes: que se convierta en un idilio en peligro de fracasar, y que el autor, al haber recibido mucho aliento por parte de la editorial X, lleve su brillante próximo libro a la editorial Y. El potencial que muestra un autor para

desarrollar nuevas obras, o mejor aún, para desarrollar nuevas obras de interés incluso mayor para un círculo más amplio de investigadores, es un motivo importante por el que un sello editorial podría aceptar su tesis en primer lugar. Los autores se formarán opiniones de distintas editoriales en el transcurso de sus años de publicaciones, y eso puede suponer cambiar de editorial una o dos o más veces. Unos escritores escriben libros que son más adecuados para el catálogo de un sello que para el de otro, y un editor experimentado comprenderá que la vida es así. Publicar la tesis con un editor entusiasmado con tu obra es la mejor garantía posible de que será bien cuidada, y éste esperará por tu parte que le lleves a él tu próximo proyecto. Pero a menos que estés conforme, nadie puede obligarte a ello.

PÚBLICO Y MERCADO

Los términos «público» y «mercado» se usan con frecuencia alternativamente (yo también los uso de ese modo), pero al discutir con un autor académico la cuestión de «¿quién va a comprar el libro?», un editor muchas veces tiene que distinguir entre la optimista idea del público que se forma el autor y el mercado real (y mucho más pequeño) de compradores de libros especializados, que hojean con cautela la mercancía mientras deambulan por una página web o ante un escaparate de librería.

Los editores estudian cómo competirá una tesis con otros libros, incluso con otras tesis que se presenten, de acuerdo a la esquivada cuestión del volumen de mercado. Saber cuántos profesores enseñan historia de la televisión es una condición preliminar importante a la hora de decidir si se acepta un libro que estudia el concepto de vecino y de barrio en la tv de los años cincuenta. Dado que los editores y sus colegas del departamento de marketing necesitan conocer este tipo de información, el hecho de proporcionarla siempre que sea posible redundará siempre en beneficio del autor.

Al haber tenido noticia de una prometedoras tesis en comunicación audiovisual, el editor de un sello especializado se pregunta qué pinta puede tener el original. El concepto de vecino en la televisión de los años cincuenta podría tomar muchas direcciones. Podría tratarse de una historia cultural de la identidad étnica, o un análisis de

la familia nuclear, o podría ser un estudio sobre estereotipos sexuales como la cómica solterona. El editor puede que ansíe tener un libro sobre los vecinos en la televisión de los cincuenta, y en función de tu carta de solicitud pedirte que presentes el original de tu tesis. Sin embargo, resulta que tu postura sobre el tema es muy específica: sólo te interesan los programas de televisión de principios de los cincuenta, sobre todo aquellos que han hecho la transición de versión radiofónica a TV. Sostienes que la visualización de personas a las que anteriormente el público sólo era capaz de escuchar crea un nuevo sentimiento de identidad. Después de tu largo ensayo introductorio, tu bibliografía comentada, y una breve historia de los programas de radio en la posguerra, dedicas dos extensos capítulos a un programa en concreto. Tu editor había esperado más.

De hecho, puedes ser capaz de aportar más. Puede que haya otros artículos sobre cuestiones relacionadas que escribiste en torno al tema de tu tesis, pero que nunca llegaron a formar parte de la propia tesis. Con cierta dosis de halagos, y tiempo suficiente, podrías ser capaz de escribir el libro que tu editor esperaba que hubieses escrito ya. Pero aquí hay demasiados «puedes» y «podrías». El original que presentaste en un principio no tenía un mercado lo bastante grande como para soportar los costes de publicación, y el editor lo rechazó.

La perspectiva de un editor sobre la tesis doctoral es la de un explorador agotado buscando oro. Demasiadas tesis, demasiado poco tiempo. El autor de cada tesis merece un trato respetuoso, y todos los editores se esfuerzan por proporcionarlo. Pero muchas veces la única forma de poder conceder ese respeto es rechazar enseguida y sin haber sido leídos un montón de originales de tesis no solicitados. La prontitud es una forma de cortesía, aun cuando una notificación de rechazo siga siendo sólo eso.

PRUEBA A

Una tesis es como una planta metida bajo una campana de cristal, que crece rápidamente en su microclima. Trasplántala al jardín y puede que se desarrolle bien. Pero también podría sucumbir, abatida por los elementos o anulada por flora más agresiva y arraigada. Viene al caso

el ingenioso comentario de Oscar Wilde respecto a la ignorancia, que es como una bella flor exótica, «tócala y adiós a la flor». Muchas tesis son ejemplos perfectos de conocimiento especializado, pero ponlas en tierras vírgenes y se marchitarán y morirán.

La mejor manera de entender los defectos de una tesis es examinar cuidadosamente una. Sin embargo, aquella que examines cuidadosamente debería ser una que no hayas escrito tú mismo. Es muy difícil ser objetivo con tu propia obra. Aunque es una habilidad que todos tenemos que aprender, cuando te dedicas a revisar una tesis puede ser difícil mantenerte lo suficientemente alejado como para ver los defectos en aquello que te ha llevado tanto tiempo crear. Podrías echar una hojeada a una o dos tesis de tu especialidad, no una que fuese convertida en libro y publicada por una editorial especializada que admiras, sino una tesis corriente, debidamente encuadrada y archivada.

Antes de leer una página, coge la tesis y sostenla un momento. Si fuese un melón en lugar de un archivador que contiene decenas de miles de palabras, podrías formular un juicio a partir de su peso. Un editor sopesará también un original en su mente y a veces en sus manos. La tesis corriente llegará a la mesa de un editor con suficientes motivos de antemano para que un editor la rehúe. Ser demasiado larga es simplemente el primer defecto y el más patente que puede que tenga, y aquel que probablemente haga que el editor la rechace al instante. Si tu tesis tiene 500 páginas, no la envíes a una editorial, ni siquiera en un intento de sondear las posibilidades. A menos que hayas descubierto un archivo desconocido cuyo contenido cambiará nuestra visión de una época o de un personaje importante, una tesis de 500 páginas está buscando problemas. Algunos investigadores, conscientes de que un juicio visual es el primero de los obstáculos de un proyecto, imprimen a hurtadillas el original a un solo espacio y por las dos caras de la página. Esto lo único que hace es irritar a un editor. Un texto a un solo espacio es agotador para la vista, y al menos algunos editores encuentran que los manuscritos fotocopiados por ambas caras hacen desagradable la lectura.

A continuación, fíjate en el ejemplar de tu tesis: la presentación física, la disposición de la información desde la página 1 en adelante, el estilo de escritura, el desarrollo del argumento. Toma notas. Si eres un detective amateur o un fan de las series de urgencias clínicas, imagina que estás resolviendo un crimen o intentando

diagnosticar el problema del paciente. Eres atento, objetivo, compasivo, implacable. De esa forma le gusta a un editor imaginar que aborda su tarea en el edificio de la editorial universitaria cercano a tu campus.

Observarás que la tesis, a diferencia de una novela o una historia, tiene un curioso formato. La primera hoja de un original es su cara, el saludo que ofrece a un lector. Examina este ejemplo:

*Conflicto y resolución en la Guerra de las Malvinas.
Un análisis transgeneracional de las reacciones
inglesa y argentina*

Alberto Ortiz

*Tesis presentada como requisito para el título de
doctor en Ciencias Políticas por la Universidad del Sur*

8 de noviembre de 2008

La siguiente página contiene los nombres del tribunal examinador y una fotocopia de sus firmas. Para un editor se trata de una clara señal de que, aunque el candidato esté ya listo para el mercado laboral, este original no está listo para una editorial. Como dice un editor, las heridas son aún demasiado recientes.

Al replantearte el aspecto que ofrecerá la tesis, deshazte de esa primera hoja. Todo lo que quiere un editor es el título completo y el nombre del autor. Pon esas dos cosas en una sola página. No envíes a un editor las firmas del tribunal. Los editores son un colectivo confiado, y si presentas un original y afirmas que es tu tesis doctoral, un editor creerá que eso es lo que está leyendo.

El formato de la tesis doctoral es una de sus características determinantes, y también una de sus notables limitaciones. Una tesis tiene un índice que identifica los capítulos, pero por lo general no informa lo suficiente al lector no iniciado sobre el contenido del libro. La primera sección de una tesis tradicionalmente trata el estado de la cuestión. Como editor, animo a que se efectúe un rápido descabezamiento. Suprime el aburrido resumen. El primer capítulo de la tesis del Sr. Ortiz empieza enumerando conceptos relativos al conflicto generacional en tiempos de guerra desde la

Grecia antigua. Al llegar a la Ilustración, las notas al pie van por la 194. Para cuando llega a la Guerra de Vietnam, lleva 100 páginas de comentarios y sus notas al pie van por el medio millar. El arte de la escritura académica —y ha de ser éste un arte, como cualquier otro tipo de escritura, o de lo contrario resulta sencillamente una aburrida enumeración de hechos y teorías— comporta distintos supuestos en distintos momentos de la carrera de un investigador. Al principio, el investigador quiere por encima de todo demostrar que domina los antecedentes y la amplitud de su tema. La bibliografía comentada intenta hacer precisamente eso, aunque el resultado pueda parecerse a una representación de la versión reducida de todas las obras de Tirso de Molina en una corta velada. Enumerar la bibliografía relacionada —resumir el estado actual de la cuestión— puede considerarse, de forma exagerada, como un gesto apotropaico, lo cual significa simplemente algo que haces para evitar una calamidad, como poner cara de susto frente a una amenaza.

En su forma más típica, lo esencial de la tesis es una serie de análisis, uno por capítulo. En alguna otra parte esto lo he definido como la construcción «tesis más cuatro aplicaciones», y eso es lo que ha hecho el Sr. Ortiz. Después de comentar la bibliografía, continúa con un capítulo donde elabora su tesis sobre las reacciones al conflicto de las Malvinas según (1) la edad, (2) la experiencia militar previa, (3) el nivel educativo alcanzado y (4) el sexo. En los cuatro capítulos siguientes se analizan los sujetos a investigar por parte del autor, en el Reino Unido y Argentina, en función de cada uno de estos parámetros. Al final aparecen una abundante sección de notas y una extensa bibliografía. Como ha dicho más de un editor, «parece un libro; y sin embargo no lo es». No hay un debate fundamental puesto a disposición de un público lector más amplio, no hay un capítulo final con una conclusión de verdad, hay demasiadas tablas estadísticas. El tribunal de tesis del Sr. Ortiz se mostró muy satisfecho con su trabajo, pero eso únicamente subraya la disyuntiva entre tesis y libro.

A propósito: nunca debería enviarse un original a un editor a menos que se haya solicitado. Sin embargo los autores de tesis, más que otros escritores especializados, se empeñan en dar salida a su mercancía sin una invitación. En casi todos los casos, esos originales serán devueltos sin leer.

ATENDER AL TONO

Dominar el tono de la escritura académica exige tiempo y práctica. Es posible conseguir un tono constante en cada artículo especializado que escribes o en cada capítulo de tu tesis, sin que nunca se logre encontrar el estilo adecuado para un libro. Puede que incluso encuentres la escritura del Sr. Ortiz francamente aburrida. Reflexionar sobre la escritura no es suficiente. También tienes que oír las frases que escribes. Léelas en voz alta, y acórtalas hasta lo que consideres, atendiendo al oído —y no a la vista—, una longitud razonable. Frases bien desarrolladas pueden con más facilidad llegar a formar párrafos bien desarrollados, y párrafos con un orden y un desarrollo claros añaden a tu escritura un ritmo que el lector puede seguir. Demasiados estudiantes de doctorado aspiran a la seriedad antes que a la claridad. A menudo las tesis suenan como prosa con anestesia general; el escritor lucha para distanciarse de lo que ha escrito. Este estilo seco de prosa se confunde frecuentemente con la objetividad, y mucha de la escritura académica sufre las consecuencias. La objetividad es por supuesto uno de los fines de toda escritura analítica. Pero hasta el más frío análisis objetivo de tendencias económicas puede poseer una voz de autor. La objetividad exige claridad, no ofuscación, y la claridad es difícil de alcanzar si la voz está apagada.

Antes hice la advertencia de que la revisión es realmente una transformación de una forma de escritura en otra. Esa transformación podría considerarse de este modo: *la tesis es el registro histórico de las ideas de otros, complementado con importantes puntos de vista propios; el libro es el relato del pensamiento sobre el tema, pero ante todo lo es de tu pensamiento, aunque se complementa con el registro histórico de las ideas de otros.* Si esta generalización es válida, significa que un joven autor no puede escribir un libro sin arriesgarse a exponerse intelectualmente. Ese riesgo es, por cierto, una de las partes más importantes de ser escritor, hasta para un escritor de obras académicas. Y no consiste en el riesgo de estar equivocado, puesto que los investigadores siempre hacen avanzar una idea a base de intentarlo una y otra vez. Se trata del riesgo de descubrir que no tienes nada que decir. Aprender a asumir ese riesgo, desear incluso asumir ese riesgo, es parte del desarrollo de un investigador.

Encontrar una voz propia para expresar tus ideas y un formato que se adapte a ellas, organizar tus ideas de modo que desarrollen un ritmo en lugar de moverse bruscamente como cine mudo mal proyectado: eso es lo que exige la escritura académica. Por tanto, revisar una tesis supone muchas cosas aparte de conseguir que te publiquen y pasar al siguiente proyecto de libro. La revisión es un proceso por el cual tu mejor obra como estudiante llega a convertirse en tu primera obra como profesional. Es una forma de aprender cómo revisar, no moderadamente, sino concienzudamente. Es un ejercicio que puede ponerte en sintonía por primera vez en tu vida con las necesidades de un público lector y un mercado para tus ideas, no simplemente con la expresión de esas ideas. Por último, la revisión es una forma de ir más allá de los problemas de escritura básicos del trabajo de doctorado, hacia un estilo de prosa que puede hacer que lo que tienes que decir llegue a aquellos que quieres que lo escuchen. Si puedes hacer eso, un editor no sólo te prestará atención, sino que además te aplaudirá.

6. PLANIFICAR Y HACER

La revisión te da la oportunidad de examinar detenidamente tu obra y afrontar sus defectos (y sus virtudes). Lo siguiente es averiguar cómo corregirlos y cuándo ponerse a trabajar, y luego hacerlo realmente. Las personas muy inteligentes son expertas en muchas cosas, incluso en buscar pretextos para evitar hacer cosas que saben que tienen que hacer. Aun decirte a ti mismo que te quedan más lecturas por hacer a veces es sólo una excusa para no emprender la ardua tarea de escribir. ¡Y es la excusa perfecta! Tendrás que ponerte duro contigo mismo al respecto: el siguiente montón de libros que lees ha de ser el montón que necesitas para terminar la revisión. Si no, esos buenos amigos serán sólo muletas que te impidan hacer lo que tienes que hacer.

Si esto suena a consejo de manual de autoayuda, me confieso culpable, al menos de momento, y te pido que aguantes unas cuantas páginas más. Planificar es hacer, o al menos la primera parte de ello. Revisar un original de tesis de modo que se convierta en un original de libro debería ser una actividad estructurada. Es demasiado fácil considerarla como el *puzzle* gigante sobre la mesa del comedor, del que cada vez que pasas por delante manoseas algunas piezas, y de vez en cuando terminas un poco de cielo o el borde de la casa. Pero rara vez te preocupa la fecha límite de entrega tratándose de un *puzzle*, y probablemente nunca dependerás de uno para ganarte la vida. Revisar una tesis es más parecido a *construir* la casa, sabiendo dónde debería terminar ésta y empezar el cielo. Los constructores diseñan planos y los siguen. Los escritores académicos por lo general son espléndidos en ideas y pobres a la hora de planificar. Si vas a triunfar como investigador profesional, necesitas convertirte también en un planificador.

La revisión implica dos tipos de estructuras: la forma presente y futura de la obra, y el tiempo estructurado en que ha de tener lugar la tarea.

El tiempo es un problema para cualquier escritor. Hay ciertas clases de textos que han de escribirse en los momentos que nos per-

miten nuestras otras responsabilidades. La novela o autobiografía que estás escribiendo a ratos tendrá que acomodarse al tiempo que te permiten tus deberes más acuciantes. Pero los escritores profesionales —y tú ahora lo eres— están acostumbrados a las fechas límite. Las obras especializadas se escriben con frecuencia de acuerdo a una fecha límite: la aportación a un volumen colectivo, el artículo para un número especial de una revista, y la reseña de un libro van a tener que ajustarse al calendario de otra persona. No es casualidad que determinados investigadores logren publicar sus artículos y reseñas con mayor frecuencia que otros. No es sólo cuestión de agudeza crítica y prosa estilizada. Una de las cosas que hace a estos escritores atractivos para un editor es que pueden cumplir con plazos de entrega, revisar rápidamente, y corregir pruebas de la noche a la mañana si es necesario. Convivir con fechas límite es una de esas cosas que convierte en profesionales a los profesionales.

Revisar tu tesis forma parte del hecho de convertirte en ese profesional. Sería bueno tener a alguien controlándote todos los días sólo para comprobar que terminaste las cinco páginas que te prometiste volver a redactar antes de la cena. Pero aunque vivas con alguien más, probablemente no quieras poner en peligro la paz de tu unidad doméstica cargando esa responsabilidad sobre los hombros de la otra persona. La tarea es tuya, y el calendario tiene que ser tuyo también, tuyo para diseñarlo, y tuyo para cumplirlo. Esa experiencia de escribir bajo la presión del reloj es clave para desarrollar unos buenos músculos como escritor. Aunque hayas escrito tu tesis en un arrebato creativo, la revisión de un manuscrito en formato de libro se beneficiará de tener un calendario. Fija uno, pégalo con cinta adhesiva encima de tu mesa, y síguelo.

Aquí tienes algunos consejos sobre cómo planificar el tiempo que necesitas para preparar tu tesis para presentarla a una editorial.

Primero, el calendario que te hagas depende del alcance de las revisiones que te propones. Si estás escribiendo para otra clase de fecha límite —por ejemplo, en respuesta a un editor que ha manifestado interés en tu carta de solicitud— puede que ya te hayas decidido por un calendario acelerado para la revisión. Recuerda, sin embargo, que eres tú quien entabla contacto con un editor. Si no estás preparado para que analicen tu obra con vistas a su publicación, no te pongas todavía en contacto con un sello editorial. A veces un editor se encuentra primero con el nuevo doctor y le pide ver la te-

sis. Disfruta de ese voto de confianza. Después, tómate tu tiempo para meditar si estás preparado para que otro par de ojos examine tu obra. Si no lo estás, contesta inmediatamente al editor de la Editorial Universitaria Muy Importante que agradeces su interés y que te pondrás en contacto en cuanto concluyas tus revisiones.

Si ya eres un escritor experimentado y seguro de ti mismo, es posible que sientas que puedes analizar tu propia obra y señalar sus defectos. Sin embargo, siempre es mejor dejar que otros le echen un vistazo a tu obra, aunque tengas la seguridad de que lo que tienes está listo para que lo analice un editor. El más severo tribunal de tesis puede que no te reprenda por cuestiones de estilo o accesibilidad con tanta firmeza como debería. Recuerda que tu tribunal o la comisión de investigación conocen esta especialidad y han estado leyendo tus capítulos en forma de borrador. Están acostumbrados a tu estilo y han llegado a entender, por repetidas exposiciones a borradores, la configuración y las bases de tu proyecto. Si son las únicas personas que han leído tu tesis, pídele a alguien más que la lea. No tienes que pedirselo a la tía Marta —un compañero, otro doctorando, te servirá—, pero no elijas a alguien con quien has estado intercambiando borradores de capítulos en la biblioteca o alguien que estuviese en tu seminario de tesis. Quieres a alguien que pueda decir «esto no lo he entendido», «me salté los párrafos de citas, ¿te parece bien?», o «empleas la palabra “liminal” un montón de veces». Cada una de estas reacciones te dice algo que necesitas saber, pero equivalen a un mensaje: una persona culta no considera el material presentado en perfecto estado.

Un buen lector puede llamarte la atención sobre palabras que rechinan, párrafos que parece que nunca terminan, argumentos que dejan un aspecto delicado un poco colgando, un uso excesivo de la voz pasiva o el punto y coma o un tic verbal favorito. Tu tribunal de tesis puede haber pasado por alto los tics y los retazos de prosa desmañada porque estaban comprobando el correcto manejo de tus datos (si estás en ciencias sociales) o el correcto manejo en general (si estás en humanidades, donde puede que no dispongas en absoluto de datos sino de teorías). Es el siguiente lector —el lector externo y posterior a la lectura de tesis por parte de un tribunal— quien puede avisarte de los defectos de escritura y las torpezas en la organización. A veces necesitas los ojos de otro para que te digan que un capítulo avanza muy despacio o que determinada discusión se aleja del tema. Tu reacción

debería ser de atento agradecimiento. Ahora es el momento en que quieres saber —no por las reseñas de tu libro o, implícitamente, por la notificación de rechazo de un editor— cuáles son tus defectos.

Me gusta dividir las revisiones de tesis en dos clases: cosméticas y a fondo. La revisión cosmética parece fácil, o por lo menos más fácil, y lo es. Todas las tesis necesitan una revisión cosmética. Después de todo, ¿a qué original no le vendría bien un poco de maquillaje? Pero con revisión a fondo me refiero a una reescritura en toda regla de un capítulo, o de cada uno de tus capítulos. La revisión a fondo de un solo capítulo puede que te exija nuevas investigaciones para poner al día ejemplos anticuados o ayudarte a encontrar esa conclusión oculta entre tus pensamientos pero no manifiesta en lo que has expresado sobre el papel. La revisión a fondo de una obra con extensión de libro significa replantearte tu original de la primera a la última página.

Voy a esbozar a continuación una forma de fijar un calendario para la revisión de un manuscrito de tesis. No es la única forma, y las porciones de tiempo para cada actividad puede que tengan que modificarse para adaptarse a tu proyecto. La revisión puede asumir muchas formas, al igual que las tesis, y ése es el motivo por el que no es posible dar una fórmula para todas las situaciones. Recuerda: lo primero que hay que hacer después de terminar tu tesis es descansar de ella. Un mes por lo menos, y tres para ser justo contigo mismo. Ese descanso no tiene por qué ser tiempo perdido. Puede ser un buen momento para hacer que otras personas examinen tu escrito y te ofrezcan comentarios que utilizarás cuando empieces tus revisiones.

Sólo algunos autores, y algunas revisiones, necesitarán ir hasta el fondo. Sin embargo, todo original necesitará la revisión cosmética. Aquí tienes un calendario que describe cómo podría distribuirse el tiempo en una revisión a fondo (incluida la revisión cosmética) de un manuscrito de tesis.

REVISIÓN A FONDO

Te llevará tiempo, pero no dejes que te lleve más de un año. Una revisión, incluso una a fondo, puede finalizarse en menos de doce meses.

Tiempo total: de cuatro a doce meses

- Un mes en investigaciones para cada capítulo que exija más labores previas a la revisión.
- Un mes para cada capítulo que deba ser reescrito a la luz de esas nuevas investigaciones.
- Un mes para revisar una introducción y preparar una conclusión.
- De uno a tres meses para la revisión cosmética.

Me explico. Lo primero que tienes que hacer es releer tu original, ahora a la luz de tus propias reflexiones más serenas sobre las virtudes y defectos de la argumentación, así como de los comentarios que has recibido de otros en quienes confías. Anota estos comentarios. Puede que termines con un breve diario de lectura de tus propias reacciones y las de otros ante tu tesis. Puede ser algo así:

Notas sobre la revisión de la tesis

- Se incorporan aquí los comentarios de María, Alberto, Juan Diego y Estrella.
- La introducción necesita un repaso general. Demasiado lentas las primeras páginas. ¿Por qué esa excesiva dependencia de la Celebridad Académica A en las primeras 10 páginas? La idea se muestra al final de la introducción, pero el motivo de la idea no queda claro hasta el último capítulo. Me aburríeron los párrafos de citas, pero no sé si a otros les parece lo mismo. Preguntar. ¿Puedo evitarlos introduciendo en las notas la obra de la Celebridad Académica B?
- Sigo teniendo la impresión de que aquí falta algo. Hay una historia en el libro, pero todavía no sé cómo llegar a ella. ¿Y si coloco al final la parte central de la introducción? Me queda por escribir una conclusión y aún no tengo ninguna idea al respecto.
- El segundo capítulo es el único que me sigue gustando. El primer capítulo debería haber salido mejor, pero no tuve tiempo para investigar más la parte del material que quería ver en el fondo de la Biblioteca Nacional. Debo reservar una semana para investigar en París este otoño. En la defensa de mi tesis, Roberto

dijo que eso podría convertirse en un libro independiente, pero no creo que quiera pasarme dos años elaborando un libro a partir de este fragmento. Quiero emprender otras muchas cosas antes de que termine la primavera.

Y así sucesivamente. El objetivo es hacer que verbalices tu reacción a lo que has escrito. Algunas de las cosas que aparecen en el ejemplo anterior afectarán a la mayoría de autores de tesis de un modo u otro. Cuánto y qué poner en una introducción, si hay una conclusión en la tesis tal y como está, qué fragmentos te gustan, la relación que hay entre las notas y el texto e, implícitamente, entre el escritor y las figuras de renombre dentro de la especialidad, qué fragmentos admites que requieren nuevas investigaciones, incluso dónde tienen que acometerse esas investigaciones, y la cuestión del tiempo. Todo lo que aparece en los apuntes del escritor tiene que ser tenido en consideración con el fin de revisar inteligente y provechosamente.

Pensar a fondo qué opinas de tu tesis es el prólogo necesario para hacer algo al respecto. Puede resultarte útil reducir tus notas a una serie de tareas. Un listado de éstas puede parecerse a esto:

Plan de revisión

1. Pulir el capítulo 1. Vigilar el tono, sobre todo al principio. No hay necesidad de mostrarme polémico cuando puedo simplemente discrepar con todo respeto. Tomarme tiempo para aclarar el argumento de las páginas 13 a 15. Mantener la extensión de la versión final por debajo de las 45 páginas. Hallar un vínculo con la idea principal del capítulo 2 e insertarla en el último tercio de este capítulo.
2. Decidir si será posible continuar la investigación en París. ¿Puedo reescribir este capítulo sin acudir al archivo? Si puedo y resulta suficientemente bueno para un capítulo del libro, ¿por qué no hacer sencillamente eso? Este capítulo siempre me ha parecido endeble. Si decido desechar nuevas investigaciones, el capítulo necesita de algo más. Desarrollar un segundo hilo argumental o un nuevo énfasis. Quizá introducir algo de otro capítulo para ampliar lo que aparece en él.

3. Examinar el capítulo 6. Deberían ser dos capítulos. No estoy seguro de si van aquí o deberían recolocarse, pero el 6 ya tiene 80 páginas, y Juan Diego y Estrella dicen que son demasiadas.
4. ¿Hay algún motivo para mantener el 5? Siempre desmereció del resto. El capítulo fue a parar a la tesis porque Juan Diego pensó que era un gran ensayo cuando lo escribí para su seminario. ¿Publicarlo como artículo y arrancarlo del original? Si lo quito mejora el flujo de ideas.
5. Replantear de qué trata el libro. Intentar escribir una conclusión que me obligue a ir un poco más allá de lo que me hubiese atrevido a hacer. Elaborarla a partir del material de cada capítulo. ¡¡¡Evitar hacer un resumen de lo anterior!!! Tiendo a repetirme ya bastante así como está.

La cantidad de tiempo que necesitas para revisar una tesis depende de lo que vayas a llevar a cabo, no de cuánto tiempo supones que tienes hasta que comience tu semestre. No pretendas dedicarle dos meses a la revisión porque julio y agosto es todo el tiempo de que dispones, y confiar en que todo salga bien. Un plan te hace saber lo que tienes que realizar. Si andas escaso de tiempo, o sabes que el que vas a tener es escaso, tener una perspectiva clara te ayudará a replantear el tipo de revisión que puedes emprender.

Más arriba he propuesto un calendario que te da dos meses para investigar y reescribir un capítulo para el que se requieren nuevas lecturas. Eso significará que si tienes que reinvestigar tres capítulos para convertir tu tesis en un libro decente, te propondrás tener reescritos los tres capítulos en seis meses, aparte de dejar un tiempo adicional para la revisión cosmética y, tal vez, para la preparación de una introducción y una conclusión. Probablemente nadie tenga que reinvestigar cada uno de los capítulos de una tesis. Pero si un original exige tanta labor adicional, existirán otros defectos importantes en el diseño de su estructura. En tal caso puede que sea mejor pensar en centrarse en uno de esos capítulos, convirtiéndolo en un artículo publicable por una revista, y en su lugar continuar con el libro que querías escribir mientras estabas escribiendo tu tesis.

Las enfermeras de pediatría explican con entusiasmo a los nuevos padres que, entre otras cosas, necesitan mantener limpios los dos extremos del bebé. Con tu tesis sucede también algo así. De cabo a rabo, el principio y el final del original necesitan un cuidado especial.

Al tema de las introducciones y conclusiones le asigno cuatro semanas. No es mucho tiempo para escribir dos fragmentos de la obra. Pueden parecer dos capítulos, pero no van a llevarte tanto, y si así lo crees puede que no estés comprendiendo lo que deberían ser la introducción y la conclusión. Tu manuscrito de tesis ya contiene alguna clase de introducción. El objetivo de la revisión en este punto es hacer que la introducción llegue a un público más amplio y atraiga al lector. Incluso a los investigadores les gusta dejarse seducir por la escritura. La introducción no tiene que ser imponente, y no tiene que revelar el propio contenido del libro. Bajo ninguna circunstancia debería esbozar lo que sucederá en cada uno de los capítulos que siguen. Pero la introducción realiza una labor, y al revisar tienes que tener muy presente esa labor.

Introducciones: establecen una problemática o cuestión que despierta curiosidad. Tu introducción tiene que poner de manifiesto que a ti mismo te interesa lo que has escrito. No es cuestión de felicitarse uno mismo. Demasiado a menudo, los escritores especializados se ocultan tras un lenguaje ofuscador y, lo que es peor, transmiten su propia falta de fe en el valor de lo que han escrito. La buena escritura académica dice «tengo confianza en ti como para que leas mi obra, y confío en mí mismo como para decírtelo». No es algo autoadulador, no es condescendiente. Si eres un investigador que se ha pasado un año, o cuatro, creando un manuscrito, tienes algo que decir. En la introducción tienes que decirlo tan claro como puedas.

No obstante, no reveles la conclusión. («Como demostraré, la dieta infantil de Séneca ha afectado la trayectoria del pensamiento estoico durante dos mil años».) Puede que lo demuestres o puede que no, pero un libro no resulta tan elegante como una demostración matemática. El placer —sí, placer— de tu escritura consiste en parte en el viaje que organizas a tus lectores. Tu conclusión puede que no sea irrecusable, y sin embargo tus análisis, tus apartados, tus notas al pie y bibliografía puede que equivalgan a un libro bastante interesante.

Tu libro empieza en el momento en que abre la boca. Esto significa que en cuanto tu lector ha echado un vistazo al título (algo muy importante para la impresión que intentas crear), ha pasado de un tirón por el texto de la solapa, y ha dado con la página 1, tus palabras son el centro de atención. La introducción es tan importante como cualquier análisis que aparezca a continuación. En realidad es más

importante, porque si quieres interesar a un editor sobre lo que tienes que decir, tendrás que hacer esa introducción sólida, clara, prometedora. Reescribe tu introducción una docena de veces si es necesario, pero púlela. No sólo es lo primero que leerá un editor, es también el modelo —tu modelo— para el texto que sigue a continuación.

Conclusiones. Las conclusiones son igual de importantes. Ginger Rogers dijo de su relación como pareja de baile con Fred Astaire que ella hacía todo lo que él hacía, sólo que hacía atrás y con tacones. Me gusta considerar a Fred como la introducción del libro y a Ginger como la conclusión. La conclusión tiene que acompañar a la introducción y servir de reflejo a sus intereses, su tono, las preguntas que ha planteado. Una buena conclusión podría efectivamente decir: «lo ves, planteé una problemática y he demostrado mediante seis análisis que el desempleo aumenta en proporción inversa al coste del agua embotellada», si ése es el tono y los términos del libro que la ha precedido.

Sin embargo, las conclusiones escritas de forma más atractiva *reflejan sin repetir* lo previamente ya dicho. Quieres traer a la memoria del lector la travesía que le prometiste en las primeras páginas. Aquí te complaces en señalar alguna de las discusiones que han tenido lugar en los capítulos que siguieron a la introducción. Pero después, la conclusión tiene que conducir el libro a un final retóricamente satisfactorio. Cuando escuchas una pieza musical sabes por qué termina en un momento determinado. La escritura también requiere de esa sensación de cierre. No quieras ocultarte tras las terribles palabras «como se ha mostrado previamente» o «como he demostrado». La retórica de mostrar previamente y haber demostrado es común a las tesis, y con el fin de obtener un doctorado muchos razonamientos deben mostrarse más de una vez, y muchas demostraciones deben ser reafirmadas. Para un editor, sin embargo, estas chirriantes construcciones son señal de que el escritor aún no ha tenido en cuenta un público lector fuera de la sala donde se defiende la tesis. Si quieres interesar a un editor para que acepte tu obra, tendrás que exponer tus pensamientos finales de un modo menos desgarbado.

En resumen, tu conclusión es un lugar para recapitular, ponerse a descansar, y bajar el telón. Puede que tengas un gran remate, un capítulo que se lee como un final triunfal. Aquí es donde despliegas todos tus recursos y arrojas tu tesis más atrevida y especulativa. Pero la mayoría de las conclusiones, sobre todo para un primer libro, son

más prudentes, y está bien así. Ten en cuenta aquí la introducción. Si le diste la bienvenida a tu lector al principio de tu libro, llegado este punto, como buen anfitrión, le dejas la mejor impresión posible al marcharse. Si entre tus invitados se incluyen niños puedes tener a mano una bolsa de golosinas. Un punto de vista sorprendente podría ser el último obsequio para tu lector antes de despedirte.

Esta rápida descripción de la revisión a fondo es sólo un esbozo de la labor que emprenderás. El esquema que aquí sugiero puede parecer apresurado, pero recuerda que la mayoría de las tesis no exigen nuevas investigaciones para cada capítulo. Una vez que has reflexionado sobre lo que debes revisar, asigna un período para cada fase del trabajo. Suma las semanas. Puedes invertir ocho semanas o veinte en una revisión a fondo. Por otro lado, puedes no haber invertido ninguna y decidido que lo que tenías estaba en condiciones bastante buenas. En cualquier caso, ahora tienes por delante la labor cosmética.

LA REVISIÓN COSMÉTICA

Ésta es la ruta corta. Toda tesis la necesita, y toda tesis puede sacarle provecho. Si no puedes o no quieres emprender una revisión a fondo, prométete a ti mismo que al menos invertirás este tiempo en hacer presentable tu original al mundo exterior.

Tiempo total: tres meses.

La revisión cosmética —aquí viene lo bueno— es superficial casi hasta el escándalo. A los escritores siempre les encanta descubrir que las cosas pequeñas importan mucho, sobre todo cuando esas pequeñas cosas están bajo su control. Piensa en lo importante que puede ser para un original de tesis dar con un título nuevo que sea bueno. Puede que suene poco riguroso —hasta «poco profesional»— admitir que uno sólo está haciendo una revisión cosmética de su tesis. Pero creo que hoy día se están escribiendo muchas tesis que sólo necesitan eso.

En un mes puedes repasar tu original rápidamente. Las tesis tienen determinados problemas de escritura, nacidos del simple hecho de que el arte de la escritura no es una de las mayores prioridades para los investigadores dentro de su formación. Es fácil que un joven

doctor crea que la escritura difícil es escritura profesional, y que la obra académica ha de ser densa. Aunque la tesis se toma a menudo por el «rápido» o «fácil» primer libro, realmente no es nada de eso. Muchas veces el autor invierte demasiado poco tiempo en los fundamentos de la escritura. El original se envía a las editoriales sin haberse revisado en absoluto, ni siquiera en la forma más rudimentaria y cosmética. Los editores casi siempre rechazan estas propuestas.

Las revisiones cosméticas más simples pueden ser las más importantes. Aunque nada podría parecer más fácil que corregir perfectamente la ortografía de tu original o asegurarte que la versión final está toda impresa con claridad y a doble espacio, nada captará más rápido la atención de un editor que haber dejado de hacer estas cosas. ¿Se rechazan originales porque el autor ha dejado de mantener la concordancia entre sujeto y verbo? Tal vez no precisamente por eso, pero se rechazan en un minuto cientos de originales porque se preparan descuidadamente.

Cada tanto, un autor primerizo se sorprende al enterarse de que los profesionales de la edición puede que no se tomen el tiempo de seguir al toparse con un título poco elegante, un texto a un solo espacio, y un determinado error gramatical. Pero, ¿por qué habrían de hacerlo? Hay miles de originales de obras especializadas disponibles cada año, y los editores no se permiten el lujo de dedicarle una atención especial a aquellos que presentan un comportamiento antisocial. Pule tu gramática. Desenmaraña esas frases tuyas demasiado complejas.

La revisión cosmética no es difícil, pero consiste en algo más que activar la función de corrección de ortografía y gramática de tu ordenador. En un mes puedes darle un repaso a tu original y apuntar lo que necesitas arreglar. En dos más puedes avanzar lentamente de nuevo, ahora frase por frase, rehaciendo párrafos largos, desmenuzando construcciones comprimidas, disciplinando pasivas sueltas y demás construcciones soporíferas. Y sí, tres meses es tiempo suficiente para asegurarte que no hay errores ortográficos o gramaticales.

La revisión más cosmética de todas es aquella que hará la primera impresión sobre un editor: el título del original. Hay muchas maneras de que un investigador arruine un buen trabajo endosándole un título insufrible. Evita títulos con citas literarias (y sobre todo evita títulos que empleen comillas para poner de relieve las palabras que se toman prestadas). Rehuye de títulos que intercalen signos de

puntuación en mitad de palabras (Re:Visión, De/Construcción, y otras fórmulas un tiempo pioneras están hoy día agotadas). Evita el doble revés académico de un título abstracto y un subtítulo concreto separados por dos puntos. «Guerra y paz: conflictos por la propiedad del agua en Sierra Nevada, 1980-1997» es una forma poco amable de comunicar de qué trata un libro.

El título de una tesis posee una retórica particular, con una tendencia casi cómica hacia lo específicamente descriptivo. No hay nada malo en «Te recordamos con cariño: una comparación del crecimiento y desarrollo de los cementerios en tres comunidades oaxaqueñas durante el siglo XIX». Un editor, sin embargo, tendrá otra opinión. ¿Qué comunidades? ¿Por qué éstas? ¿Cuál es la finalidad del libro? El título, «Te recordamos con cariño», en un sentido es bueno porque es breve, y porque introduce los conceptos de muerte y memoria. Pero por otra parte, de lo que trata este libro —el motivo por el que el autor lo escribió y por el que cree que a alguien aparte de su tribunal de tesis habría de importarle su existencia— no queda claro hasta que el lector llega al subtítulo. Entonces, de repente el libro se revela como altamente especializado. «Una comparación de», «crecimiento y desarrollo», y la muy precisa «tres comunidades oaxaqueñas» son expresiones que implican serias cuestiones académicas. ¿Hay ideas interesantes flotando por ahí? Podría haber puntos de vista sobre nuevas relaciones con la muerte y el pasado. Podría haber pintorescas historias y un rico material de archivo. Pero un editor únicamente verá eso si pasa de la primera página.

Si tu tesis era muy, muy específica, y tus revisiones sólo pueden suavizar un tanto el duro perfil, podrías acudir a tu título y subtítulo como forma de redirigir la atención de un lector. No deseas tergiversar tu libro, pero si puedes apuntar hacia un concepto más amplio en el texto y la investigación, no dejes pasar la ocasión. Llamar al libro «Te recordamos con cariño: muertes, entierros, y el fantasma en la Oaxaca del siglo XIX» sería llevar a ambos —a ti y a él— demasiado lejos. Pero si este título se corresponde con tu obra, al menos has encontrado un título de libro con que sustituir un título de tesis. Es más probable que un editor elija un original con este título que con el que escribió el autor en primer lugar.

Cuando se trata con editores, los títulos cuentan. Nunca dejes que un manuscrito llegue a la oficina de correos sin un título que pueda aparecer sobre la cubierta de un libro en una librería.

Las revisiones se ocupan de cosas grandes y pequeñas, planes maestros y detalles nimios. Un autor, sobre todo un autor primerizo, se quedará comprensiblemente consternado de que un editor haya al parecer desechado su importante concepción de la historia. La realidad puede ser, sin embargo, que los detallitos nimios se interpretaron entre el editor y esa importante concepción. El programa que te fijaste para la revisión exige tiempo para todo. Ortografía y gramática. Frases de una extensión piadosa y vocabulario identificable. Un tono de escritura que suene como si tuviese algo que decir. Párrafos que sepan cuándo terminar. Capítulos que también lo sepan. Esos detalles fastidiosos no son tan insignificantes después de todo. Merecen un lugar dentro del programa de revisión de todo escritor. Despeja tu mesa y tu mente y ponte manos a la obra.

El siguiente capítulo traza un perfil de algunos de los malos hábitos de escritura que a menudo echan a perder buenas tesis. Tanto si te propones una revisión a fondo o un ligero vistazo cosmético, seas un escritor seguro de ti mismo con un estilo de prosa enérgico o un autor cauto, que tiende a «desaparecer» en el texto, probablemente te tropieces con algunos de estos defectos al releer tu obra. Suprimirlos ahora sólo aumenta las probabilidades de que un editor pueda tener fe en tu manuscrito, y en ti.

7. PONER EN FORMA

La «estructura» es uno de esos conceptos que parece estar en la lista de imprescindibles de todo el mundo. («Las del 2000 poseen la amplitud, la estructura, la concentración y la definición más impresionantes que he experimentado en veintitrés años», escribe el experto en vinos Robert Parker sobre nuevas cosechas de Burdeos.) Al igual que público, tono y extensión, estructura es un concepto que obsesiona al escritor. Sería estupendo que cada una de estas cuatro ideas pudiese distinguirse fácilmente del resto. Pero saber para *quién* escribes significa saber *cómo* escribir para ellos, y ese *cómo* incluye dar pistas a tus lectores sobre cómo se sostiene el conjunto.

Modelas tu escritura cada vez que pones por escrito una frase; remodelas cada vez que modificas esa frase. No sabría decir si el lector creerá que mi obra ha sido remodelada lo suficiente como para satisfacer sus necesidades, pero puedo decirte que ha sido desmenuzada una y otra vez en mi ordenador intentando hacer que las frases funcionen mejor, después los párrafos y después los apartados. Suelo trabajar en primer lugar la unidad más pequeña e ir ascendiendo, y debido probablemente a ello me encantaría ser un escritor que trabajara las unidades más grandes, arrojara sobre el lienzo su grandiosa idea, y sólo entonces arreglase los trocitos dispersos.

Realmente no creo que tenga ninguna importancia cómo consideras tus revisiones, si te ves trabajando de arriba abajo o de abajo arriba. Lo importante es que valores el proceso de revisión como un medio de crear algo que resulte mejor (mejor por más claro) que la última vez que ensartaste palabras para construir una idea. Una escritura clara pone de manifiesto la organización de tu pensamiento. Una escritura clara es la organización de tu pensamiento. Eso es lo que significa estructura.

Un gran secreto a la hora de revisar tesis es que puedes hacer pequeñas trampas y aun así hacer grandes progresos. Las primeras impresiones son importantes, especialmente cuando estás emplean-

do tus mañanas para obtener de un editor unos preciosos minutos de su atención. A medida que revises, te verás luchando por captar la atención, primero de un editor, después de los lectores asesores de éste, y finalmente de ese individuo esquivo e invisible que adquiere tu libro impreso. Tu manuscrito debe transmitir al primer contacto una *apariciencia* de amenidad. Es decir, un original interesante que esté escrito con elegancia puede que no pase nunca el primer filtro del editor si el proyecto transmite las señales equivocadas. El título y el subtítulo del original deberían ser tus primeros aliados. La extensión de los capítulos, los títulos de los capítulos y la disposición del índice también deberían estar de tu parte. Puede que los consideres detalles superficiales, pero si no haces otra cosa con tu tesis, al menos revisa estos elementos insignificantes y habrás aumentado enormemente las posibilidades de que un editor continúe leyendo algo del texto.

La estructura no puede mantenerse en secreto. No basta con alegar que un lector atento entenderá lo que te proponías para cuando termine el original. Descifrar la arquitectura del proyecto no es tarea del lector, es tuya. Peca de exceso de precaución: haz tu estructura tan clara y tan útil al lector como puedas para que tus ideas puedan respirar y moverse.

La estructura dentro de la escritura tiene que ver con un orden, una serie de desarrollos, y el pegamento que mantiene unidas las piezas sueltas. Ese pegamento es la coherencia de tu escritura. Es algo más que razonamiento lógico, aunque requiere de ello. Debido a que muchas veces se conciben como análisis casi independientes o casos ejemplares, las tesis a menudo tienen poca coherencia. El que consideremos ilegible un libro académico no significa que no podamos leerlo si queremos. Puede que queramos decir que está escrito de forma tan oscura que no sacaríamos ningún provecho de su lectura. Pero igualmente puede que queramos decir que parece de algún modo incoherente en el sentido literal de esa palabra, que las piezas no se adhieren una a otra. Revisar tu tesis en parte tiene que ver con crear una imagen más amplia a partir de varias más pequeñas.

Con frecuencia las tesis se desarrollan poco a poco, en el interior de las mentes de escritores inexpertos. Cómo uno va de la página 1 hasta la 290 puede suponer más una cuestión relacionada con el acrecentamiento que con la planificación, al igual que un molusco que va cubriéndose a sí mismo de capas calcificadoras. A veces una tesis puede ser trazada en la mente del autor con el inexorable im-

pulso de una nueva superautopista y aun así seguir pareciéndole a un lector incomprensiblemente organizada. Lo que para ti está claro puede no estar claro para nadie más.

Lograr una coherencia entre capítulos casi independientes puede exigirte que los dividas en fragmentos más pequeños. Casi con toda seguridad exigirá replantearte los nombres de las partes. Aunque el deber de asegurar la coherencia y la estructura es particularmente relevante para cualquiera que revise una tesis, en realidad es aplicable a cualquier tipo de texto. Sin duda es aplicable a la ficción, donde un lector se formará una opinión clara de si «funcionó» o no la trama del libro. Los investigadores casi nunca se preocupan de la trama, a menos que estén en departamentos de literatura, por supuesto, donde la trama de una novela puede que tenga que analizarse. Pero, ¿por qué no aplicarlo también a la escritura especializada? Una profesora de literatura me contó que a veces le pregunta a un estudiante cuál es la «trama» de un ejercicio de seminario. Esa pregunta conlleva un claro entendimiento de cómo incluso la escritura académica exige una estructura narrativa que conduzca al lector hasta un límite donde algo tiene que suceder.

Toda exitosa obra de no-ficción posee algún tipo de forma y una fuerza propulsora. Hay una forma interna, que es la manera en que el autor ha dispuesto y desarrollado sus argumentos, y que denominamos, inapropiadamente, «lógica». Pero un libro también tiene una forma externa, una especie de caparazón que nos ofrece la primera impresión de las ideas en su interior y del modo en que el autor ha dispuesto que hablen. Ésa es la parte superficial de dar forma a tu libro. No sustituye a una argumentación profunda y esmerada, y no lo pretende. Pero las dos están entrelazadas; revisa para crear la impresión externa de orden y movimiento y comprobarás lo que tienes que hacer internamente (a nivel de capítulo, párrafo, frase) para cumplir con esas promesas.

EL HILO CONDUCTOR

Revisar una tesis exige atender a un impulso narrativo que aquí llamaré (con un guiño a Stanislavski) hilo conductor. El hilo conductor tira del lector a través del texto, desde la primera a la última página, y al

mismo tiempo tira del lector a través del argumento. Toda buena escritura lo tiene. El hilo conductor es ese pulso de energía a lo largo del cual se organizan los capítulos, los párrafos, e incluso las frases. Los escritores de novelas de suspense saben cómo usar el hilo conductor mejor que los escritores de cualquier otro género. Aunque no disfrutes con la narrativa popular del tipo persona-corriente-contramenaza-internacional, no puedes sino admirar la habilidad del escritor para mantener el ritmo de la historia. A veces el resultado es todo fuerza propulsora y poco arte, pero ¿qué más da? El tratamiento es adecuado al género, y millones de lectores pasan contentos las páginas.

El hilo conductor de un libro especializado tiene una temperatura bastante más baja que la última novela sobre vampiros, asteroides, la CIA, y un joven y valiente empleado de un bufete de abogados. Para ti, el hilo conductor es la organización lógica de tus ideas en palabras y páginas. Si escribes con el entendimiento de que lo que viene a continuación tiene que venir a continuación o si no el lector no entenderá lo anterior, estás escribiendo con la atención puesta en el hilo conductor.

Algunos libros se organizan siguiendo una serie de acontecimientos históricos. Se envidia a los historiadores por la aparente lógica de sus temas, aunque esa envidia demuestra no entender la complejidad de la escritura histórica. Sin embargo, cualquier estudio que dependa de la cronología (la visión de un antropólogo sobre tres generaciones de aparceros en una comunidad perdida en las montañas) disfruta de la ventaja añadida de un hilo temporal. Aunque en historia, como en cualquier otra especialidad, es posible escribir una tesis verdaderamente insulsa, al menos en principio el joven historiador disfruta de esa ventaja estructural. En algunas ciencias sociales, es más frecuente que una tesis pueda analizar una serie de sucesos, circunstancias, o individuos que existen todos a la vez (las vidas de guardacoches en hoteles turísticos de la Costa del Sol).

En otras disciplinas, como la filosofía o las diferentes literaturas, pueden no encajar ninguna de estas estructuras temporales. Un original sobre el concepto del marco en el pensamiento moderno puede que comience con *La náusea* de Sartre, pero podría tomar muchísimas direcciones ajenas a consideraciones de cronología. La cuestión, desde luego, no es que el original de historia tenga necesariamente mayor interés que el proyecto de filosofía, sino que distintas especialidades tienen distintas relaciones con la narrativa. Los estudiantes de doctorado aprenden cómo crear un hilo narrativo en sus especialidades e imitan

los ejemplos que se presentan como modelos profesionales. Cuando revises, elige los mejores modelos posibles.

Los profesores de canto tienen que idear metáforas para describir lo que debería hacer un alumno. Aparte de palpase la garganta o los músculos del estómago, un instructor de voz tiene medios limitados para transmitir los requisitos técnicos para crear una hermosa línea vocal. «Escucha», dice el profesor de voz. «Escucha», dice también el profesor de escritura. Los profesores de voz han empleado durante mucho tiempo la imagen de las perlas de un collar para describir las notas de una línea musical, cada nota perlada tan perfecta y redonda y tan preciosa como pueda lograrla el cantante, cada una bastante independiente aunque relacionada con la nota anterior y la nota siguiente. Puede que te sea más fácil hacer uso de esta imagen si estás practicando un aria de Mozart que si estás revisando tu tesis, pero cada parte de un original de libro debería tener una forma, y, una vez así conformada, cada una debería relacionarse con lo que precede y lo que sigue. Los capítulos son tus notas perladas. Los párrafos, también. Escuchar en voz alta tu propia escritura es la mejor manera de oír cómo suena tu prosa. Encuentra un lugar tranquilo, lee tu prosa, y detente siempre que no puedas comprender lo que acabas de leer. Detente también si la frase es tan larga que empieza a faltarte la respiración.

Un hilo conductor se desarrolla de muchísimas formas. Examina tu título junto con el subtítulo, su compañero alternativo. Reexamina los nombres de tus capítulos. Comprueba si has entorpecido tus novedosos puntos de vista con caducos resúmenes de la evolución histórica de tu especialidad. Desmonta el índice y rehazlo de modo que haga resaltar con mayor claridad lo que contiene el original. Recorre los capítulos y observa dónde te cansas. Coloca señalizaciones o replantea el capítulo 3 de modo que resulten dos paseos más amenos. Vuelve atrás y replantea una vez más tu índice. Por último, rescribe la introducción. Ya no debería ser el mismo libro.

TÍTULOS DE LIBROS Y TÍTULOS DE CAPÍTULOS

Los títulos de tesis son el blanco de muchas bromas, pero al autor no le hacen gracia. Ciertas tesis dan la impresión de que fueron tituladas por personal médico de bata blanca, decidido a proporcionar una

descripción del contenido tan técnica como lo permita el lenguaje. Otros títulos de tesis se pierden en lo abstracto como si el objetivo fuese ocultar el tema del original, e incluso tal vez la disciplina dentro de la que fue escrito.

Muchos autores se sirven del título como una oportunidad para ser creativos, y luego añaden un subtítulo como la declaración práctica de la verdadera intención del original. Esta estrategia de dos caras es bien conocida por los editores. Sin embargo, las dos mitades deben parecer relacionadas. Nada provoca tantos ataques de risa tonta como la unión discordante entre título y subtítulo en una tesis doctoral.

Una revisión de una tesis no tiene por qué tener el mismo título que la propia tesis. De hecho, no debería. La tesis y su posterior revisión son para públicos distintos, así que titúlalas de forma distinta. Aléjate de citas extraídas de la literatura, de frases muy conocidas de otros contextos, y del humor. (Aunque el título de tu tesis emplease uno de estos recursos, ahora descártalo.) Si no estás seguro de cómo debería sonar un título de un libro, pasa una tarde en una librería de calidad. Examina libros como el tuyo, o por lo menos que estén escritos con un nivel comparable de sofisticación intelectual. Observa lo que funciona en tu caso; trata de no copiar, pero presta atención al ritmo y al tono. Si te bloqueas, haz lo que muchos editores cuando intentan ayudar a un autor a dar con un título: hojea lo que ya has escrito y sírvete de tus propias palabras. Asegúrate de leer en voz alta tu título y subtítulo. A veces hay palabras escritas sobre una página que no tienen sentido cuando las dices o las escuchas.

Incluso expertos con mucha experiencia dentro del mundo académico pueden tener problemas para elegir títulos. Hace algunos años trabajaba con la crítica literaria norteamericana Nina Auerbach. Estaba teniendo dificultades para dar con un título para un libro sobre mujeres victorianas. El problema, por supuesto, era que conocía su material demasiado bien. Cuando acabé de dar un repaso al original, algunas de sus propias frases me vinieron a la cabeza. Una, «prisión romántica», parecía adecuada, y decidimos emplearla para el título de un libro sobre «mujeres y otros excluidos glorificados» (otra frase que se convirtió en el subtítulo). Como la carta robada de Poe, el objeto que había estado buscando el autor estaba todo el tiempo a la vista.

Recuerda que nadie aparte de tu tribunal sabe cómo se llamaba tu tesis hasta que tú se lo digas. Si revisas tu tesis y le pones otro tí-

tulo, nadie se quejará de que ahora suene curioso. Un editor puede que estudie detenidamente tu currículum y se fije en que tu tesis, escrita sobre un tema bastante parecido a tu original de libro, tenía un título sumamente falto de interés. No vaciles. Responde con prontitud que has reelaborado completamente la tesis doctoral, motivo por el cual ahora tiene diferente título. Si al revisar tu tesis te tropezaste con el libro de primera categoría que no sabías que estabas escribiendo, ¿quién puede quejarse?

Piensa en el título de un capítulo como una oportunidad para un nuevo comienzo. Los libros, con sus divisiones en capítulos, están ya estructurados para dar al lector justamente esa sensación de novedad. Aprovechate de ello. Por desgracia, los capítulos de tesis con frecuencia suenan más como artículos que como elementos de conjunto dentro de la narrativa propia de un libro. Un capítulo titulado «Corazón de tinieblas: la temática del paro cardíaco en la lírica de amor cortés del Languedoc» reproduce la clásica construcción general/específico de muchas tesis. Aunque puede que te haga ilusión ver ese título escrito sobre tu nombre en el número especial sobre la Edad Media de la revista trimestral especializada *Estudios cardiacos*, puede no ser la mejor elección para el capítulo de un libro. Resuelve la cuestión atendiendo al contexto más amplio (el libro), no al más pequeño (el propio capítulo). Puede que estés sacrificando tu título de artículo favorito de siempre, pero puede que obtengas algo más importante. Además, para cuando hayas terminado de reexaminar tu tesis, ese capítulo puede no tener ningún sentido tal y como fue concebido en un principio y puede ser reescrito hasta darle un desarrollo completamente distinto.

Evita titular capítulos de forma consecutiva como si fuesen secuelas de películas, como en este ejemplo de *El gris: la muerte del color y el nacimiento de la civilización moderna*:

Capítulo Uno. Aquellos llamativos mesopotámicos	11
Capítulo Dos. Los griegos (I)	51
Capítulo Tres. Los griegos (II)	96
Capítulo Cuatro. Los romanos (I)	134
Capítulo Cinco. Los romanos (II)	177

Y así sucesivamente. Aunque hay buenos libros en mi estantería que han empleado esta disposición para presentar su información,

ésta es una construcción poco agradecida para un joven investigador. A un lector le gustaría saber precisamente lo que va a distinguir «Los griegos (I)» de «Los griegos (II)». Un editor puede sospechar que el autor no tiene una estructura clara en mente, y ésa es una sensación que no quieres dar. Es mejor crear títulos de capítulos diferenciados:

Capítulo Uno. La llamativa vida de las civilizaciones mesopotámicas	11
Capítulo Dos. El ideal policromático en el arte griego	51
Capítulo Tres. El declive del color y el aumento de los tonos pastel helenísticos	96
Capítulo Cuatro. La invención romana del beige	134
Capítulo Cinco. El final del Imperio y el triunfo del marrón	177

Dar con títulos que funcionen es sólo parte de la labor más amplia de encontrar, y comunicar, la forma de tu obra. El título del libro, el subtítulo, y los títulos de los capítulos ofrecen información al lector. Pero un libro necesita más. Tu tribunal de tesis no necesita muchas indicaciones para leer tu obra, dado que han estado enterados de ella de antemano. Pero una tesis revisada puede convertirse en un libro, y los libros tienen que estar trazados con claridad para ser útiles. Al revisar, procurarás descubrir el mapa que subyace a lo que escribiste.

Si tu tesis sigue un modelo diacrónico, ya tienes un esbozo de tu mapa. Un suceso o período sigue a otro, y a lo largo de ese eje despliegas tus argumentos. Si tu tesis es sincrónica, puede haber algún otro principio de organización evidente —pongamos que la geografía— que te haya llevado de capítulo a capítulo. El espacio y el tiempo son conceptos bastante grandes, pero al igual que con cuestiones temáticas o teóricas, puedes considerarlas como hilos gruesos que recorren tu tesis. Sea cual sea la estructura original de tu tesis, tiene que haber cuestiones que mantengan interesado a un lector, y estas cuestiones tienen que acentuarse en la revisión. En este sentido, una tesis es como una compleja obra musical; tu labor al revisar es hacer que se aprecien mejor los temas principales. No dejes que los fragmentos triviales de la mano derecha

encubran la melodía de la izquierda. Conforme revises tu tesis (o en realidad cualquier manuscrito con extensión de libro), ten en cuenta los principios más amplios de organización en tu texto. Subráyalos.

Acentuar la melodía es un modo de clarificar los temas de tu obra. Al haber sido construidas por etapas, las tesis tienen a menudo múltiples temas e intereses, con lo cual aquello que el autor «realmente quería decir» puede haberse perdido en algún lugar del camino. Cuando revises, piensa —en voz alta si es necesario— en aquello que agrupa estas consideraciones y análisis. Una tesis no se convierte en un libro hasta que el autor posee un mapa mental del proyecto. Trazar el mapa de un texto significa entender el orden de sus argumentos y la presentación de sus materiales. Puede parecer obvio decir que el autor tiene que entender la estructura de un manuscrito, pero es frecuente que los autores especializados den por sentado que la complejidad del pensamiento es recompensa suficiente. El recién doctorado debería cobrar ánimo: muchos investigadores veteranos pueden escribir un estudio de 400 páginas y aun así ser incapaces de hacer un resumen que describa el propósito y el perfil de la obra. Se trata, con todo, de una capacidad excelente para el que la posea, y en un mercado editorial competitivo podría marcar la diferencia entre llamar la atención de un editor o no. Antes de disponerte a convertir tu tesis en un original de libro, practica escribiendo descripciones de tu tesis. Olvídate del tristón sumario de tesis. Escribe una descripción con mucho detalle y sentimiento detrás de las palabras. El mapa, las melodías, el hilo conductor puede que se revelen como no lo han hecho antes.

El comienzo de un manuscrito es la oportunidad del autor para conquistar la atención del lector y demostrar su autoridad como guía. Tanto si un libro se inicia con fuegos artificiales o con un puñado de detalles que poco a poco forman un conjunto sólido, el primer manojo de páginas muestra el terreno y la habilidad del cartógrafo. Me gusta invocar la Regla de las Cincuenta Páginas: haz tus primeras 50 páginas tan perfectas como puedas. Una de las formas de hacerlo, sobre todo en una tesis revisada, es dejando claro que hay algo en juego muy superior al hecho de que se te otorgue tu título de doctor. Una estructura clara dice algo importante sobre tu escritura. «El libro a punto de abrirse tendrá una forma y un propósito, su lector

será compensado por el tiempo que invierta en el trayecto, y el autor conoce tanto el objetivo como el mejor modo de alcanzarlo». Todo el mundo con su mochila y bastón listos.

Puede parecer insignificante hablar de encabezamientos y extensión de los párrafos, pero éstos son como los bloques de construcción del mapa de un libro. El lector de un libro especializado no es, en un aspecto importante, distinto del lector de no-ficción divulgativa. Ambos tienen que confiar en que el autor-guía conoce el camino de entrada y salida del bosque. Un editor quiere encontrar-se un original que se halle dispuesto en apartados de extensión manejable, en parte porque eso hará el proyecto más atractivo para un lector. Un original que da la apariencia —*por superficial que sea*— de haber sido organizado con seriedad dará la impresión de que es serio también en otros aspectos. En otras palabras, un original que tiene el aspecto de seis grandes bloques de prosa es probable que consista sólo en eso. Por muy complejos que sean los análisis dentro de esos bloques, un editor probablemente considere el original como una complicación.

ENCABEZAMIENTOS AL RESCATE

Los escritores que dominan su materia y tienen dotes para mantener un hilo narrativo —«escritores natos», a veces se les llama de forma equivocada— parecen simplemente capaces de escribir un párrafo, y luego el siguiente y el siguiente, hasta que el capítulo está terminado. Sin embargo, la mayoría de los investigadores principiantes se enfrentan en la tesis con el texto más largo que hasta entonces han intentado escribir o revisar. Necesitan guías tanto como sus lectores potenciales. Una forma fácil de crear un mapa interno es mediante encabezamientos, que descomponen el texto de un capítulo en secciones más pequeñas, a veces incluso en simples bocanadas.

Los encabezamientos son una bendición para el escritor académico. Con ellos puedes indicar que estás tratando varias cuestiones separadas aunque relacionadas dentro de la unidad más amplia del capítulo. (También puedes utilizar los encabezamientos para ocultar al menos algunas de las discontinuidades en tu escritura. Sin embargo, si lo haces de un modo demasiado evidente, un lector atento se

sentirá engañado.) En algunas disciplinas, los encabezamientos son un rasgo común de la escritura especializada. En otros campos, aparecen con menor frecuencia. A cualquiera que esté revisando una tesis y no esté seguro de si la estructura de la prosa se mantendrá por sí sola, le diría que vaya y trate de descomponer el texto en pedazos y les ponga etiquetas. Puede gustarte el resultado. Aunque no sea así, el esfuerzo puede darte una perspectiva más clara de lo que has estado escribiendo y por qué estás teniendo problemas para hacer que todo encaje.

Los apartados dentro de un capítulo podrían tener cualquier extensión. Lo importante es que cada apartado —aunque sólo sea de una página— tenga una coherencia interna que justifique el que lo hagas resaltar. No te servirá de nada salpicar de subtítulos una prosa mal organizada.

HACER QUE FUNCIONE UN ÍNDICE

Reemplazar el título de una tesis podría ser el truco de revisión más conocido. Pero el más satisfactorio puede que sea desechar el índice y volver a empezar. La página del índice de una tesis corriente es un documento inútil. A estas alturas es algo demasiado familiar: una introducción, tal vez un comentario sobre el estado de la cuestión, un escueto listado con media docena de complejos y especializados títulos de capítulos que pueden o no tener coherencia entre sí, notas y bibliografía. Sería pero críptica, la página del índice parece ignorar su deber de orientar al lector a través del texto que sigue.

No obstante, puedes arreglar el índice de tu tesis desplegándolo de modo que diga mucho más sobre lo que sucede dentro del libro. Y si se hace bien, la reescritura del índice hará que te replantees lo que tiene lugar en el propio texto. No es raro que con esta clase de revisión el autor acabe yendo de acá para allá, del índice al cuerpo del texto, y vuelta a empezar.

Aquí tienes un ejemplo de un índice que pasa por varias revisiones. En el caso de una tesis titulada *Representaciones del perro en el retratismo europeo: 1751-1867*, el título realmente no es el problema. Pero una vez adentrados en el índice, el conjunto parece concebido como libro sin apenas convicción (figura 1).

FIGURA 1. EJEMPLO DE ÍNDICE, ANTES DE REVISAR.

Índice	
Agradecimientos	vii
Capítulo Uno. Teorizando sobre la díada animal-humano en el retratismo	11
Capítulo Dos. Estado de la cuestión	63
Capítulo Tres. «¡Pero si Cielito es parte de la familia!»: negociando la cooperación aristocrática en las sesiones de retrato en Francia y Gran Bretaña, 1789-1836	90
Capítulo Cuatro. Conflicto y consenso	149
Capítulo Cinco. Una época de transición	188
Capítulo Seis. Degas y la díada animal-humano	241
Notas	275
Láminas	391
Bibliografía	413

Este índice puede que enumere exactamente lo que el autor ha mecanografiado al comienzo de cada capítulo, pero al juntarse, los epígrafes se convierten en un revoltijo incoherente de malos emparejamientos. Sin embargo, no está todo perdido.

El título de la obra —Representaciones del perro en el retratismo europeo— es lúcido, y el subtítulo —1751-1867— delimita con claridad el período que abarca la obra. Sin embargo, lo que viene a continuación puede que tenga sentido sólo para el autor y el tribunal de tesis. La introducción suena interesante, pero el interés de un editor se esfuma ante la aparición del «Estado de la cuestión» (la cual no tiene cabida en un libro impreso, por muy necesaria que pueda ser como parte de un original de tesis). El capítulo tres es inesperadamente vivo: el autor lo ha adornado con una cita, y luego ha identificado su tema, «Negociando la cooperación aristocrática en las sesiones de retrato en Francia y Gran Bretaña», y lo matiza aún más con indicadores cronológicos, «1789-1836». Por primera vez, el lector del índice sentirá que el autor está interesado en lo

que escribe. Y esa sensación desaparece en cuanto el mismo lector se fija en el capítulo cuatro: «Conflicto y consenso» podría aparecer en casi cualquier tesis que cualquiera haya escrito alguna vez sobre cualquier tema. Puede que quiera decir algo así como «aquí el tema se hace bastante complejo, y lo he solucionado lo mejor que he podido», o puede que no. Por comprensivo que pueda ser un editor ante el dilema de un escritor, se trata de una pobre —y poco reveladora— elección. El capítulo cinco: «Una época de transición». Nada interesante. Como «Conflicto y consenso», es un título que podría insertarse en casi cualquier tesis doctoral. (Prueba lo siguiente: piensa en un período en el que no hubo ninguna transición en absoluto.) «Conflicto y consenso» y «Una época de transición» son aburridos tópicos académicos, parches verbales ahí donde los escritores necesitan algo claro y descriptivo o novedoso y agudo. El capítulo seis es un enigma. ¿«Degas y la díada animal-humano»? Podría ser interesante. La figura 2 muestra una solución para recomponer este índice en concreto.

FIGURA 2. EJEMPLO DE ÍNDICE, REVISADO.

Índice	
Agradecimientos	vii
Capítulo Uno. La díada animal-humano en el retratismo europeo	1
Capítulo Dos. Estado de la cuestión	
Capítulo Tres. Dos. «¡Pero si Cielito es parte de la familia!»: los modelos reconfiguran el tema del retrato	53
Capítulo Cuatro. Conflicto y consenso Tres. El debate de los artistas en torno a los animales	112
Capítulo Cinco. Cuatro. Determinantes económicos y políticos en la representación simbólica	151
Capítulo Seis. Una época de transición Cinco. El perro de Goya y la familia Belleli de Degas	204
Notas	238
Láminas	354
Bibliografía	376

Todo lo que ha sucedido en esta encarnación del índice es que la discusión sobre el estado de la cuestión ha sido eliminada y a los capítulos se les ha dado títulos más o menos descriptivos. Tal vez *Representaciones del perro en el retratismo europeo: 1751-1867* sea, finalmente, sólo una serie de ensayos relacionados. Pero si están relacionados con suficiente esmero y persuasión, tal proyecto aun así podría ser publicable en forma de libro. Aunque sólo los especialistas en historia del arte europeo adquirieran posiblemente semejante libro, este índice al menos ahora demuestra que el escritor tiene un material específicamente histórico y analítico que ofrecer. El ingente apartado de notas de este libro indica que el escritor ha llevado a cabo una enorme cantidad de investigaciones.

No obstante, incluso este índice dificulta a un lector ver aquello que contiene el libro. Un tribunal de tesis lo sabe, por supuesto. La han leído. Un editor no, y puede que no lo haga. Esta versión necesita una reelaboración, tanto para indicar de forma más completa lo que se encuentra en el libro, como para demostrar asimismo que el autor es consciente de la necesidad de señalar.

Intentémoslo de nuevo. Nuestro historiador del arte ha escrito seis capítulos, ha reducido el número a cinco, y ahora los ha vuelto a titular, nivelando al menos parte de la mala dicción y creando una sensación de progresión argumentativa. Aun así, se trata del índice para una monografía, y encima desorganizada, sin una clara ambición de llegar a un público más amplio. ¿Pero te imaginas que el libro tuviese en realidad pretensiones más amplias? ¿Que fuese capaz de dirigirse a historiadores sociales? ¿A estudiantes de cultura visual más allá de la limitada disciplina de la historia del arte tradicional? ¿A investigadores y otros lectores interesados en derechos de los animales? Si éstos son objetivos razonables para el libro, ese autor tiene que crear un índice que saque a relucir esas virtudes. La figura 3 muestra una nueva revisión.

FIGURA 3. EJEMPLO DE ÍNDICE, REVISADO DE NUEVO.

Índice	
Agradecimientos	vii
Capítulo Uno. Determinantes económicos y políticos en la representación simbólica	1

Capítulo Dos. Aparece el perro: la diada animal-humano en el retratismo europeo	53
Capítulo Tres. La invención del retrato de sociedad, 1614-1709	106
Capítulo Cuatro. «¡Pero si Cielito es parte de la familia!»: los modelos aristocráticos del siglo XVIII reconfiguran el tema del retrato	155
Capítulo Cinco. El perro de Goya y la familia Belleli de Degas	204
Notas	238
Láminas	354
Bibliografía	376

Esta vez hemos examinado detenidamente los objetivos de los capítulos, que siguen pareciéndose mucho a una serie de ensayos desarrollados en seminarios de doctorado. ¿Cuál de ellos debe ir antes que los demás? ¿Y por qué? Éstas son preguntas importantes en cualquier revisión, y tendrás que contestarlas por ti mismo conforme desmontes un índice sólo para volverlo a montar en una mejor disposición. Aquí, por ejemplo, se podría argumentar que hay tres capítulos teóricos e históricos: uno sobre el fundamento social de la representación simbólica, otro sobre animales y personas en la pintura europea, y otro situado en una época histórica determinada. No sorprenderá al lector el que el autor esté reivindicando algo sobre una determinada pintura inglesa de 1614 y una determinada pintura francesa de 1709, y a partir de ellas planteando un caso sobre algún aspecto del argumento general del proyecto. Esta clase de estructura será territorio familiar para cualquier editor de originales académicos, y prueba evidente de que el proyecto inició su andadura como tesis doctoral.

A continuación parece haber dos capítulos sobre los perros en los retratos. Los primeros gestos en la lucha por el control de la representación visual. Quizá el autor tenga algunas ideas interesantes sobre artistas haciendo que perros falderos posen junto a la Señora. El último capítulo menciona a célebres retratistas y obras canónicas: el famoso «perro» de Goya, un lienzo cubierto de un color informe del que surge la cabeza de un perrito. El retrato que hizo Degas de la familia Belleli representa a un padre de familia del si-

glo XIX con su esposa e hijos. El cuadro nos muestra a la familia en el momento en que el perro se levanta y sale de la habitación. Sólo vemos el lomo del perro a medias, pero la tensión familiar es patente.

En esta revisión, el autor ha recolocado los capítulos para poner al principio del original aquellos que desarrollan argumentos teóricos e históricos, y luego se concentra en obras concretas. Aquí surge una nueva claridad de propósito. Pero continúan las preguntas. ¿Qué puede uno esperar exactamente de estos capítulos? ¿Por qué las primeras 100 páginas del proyecto abarcan los antecedentes y la teoría, mientras que el tema del proyecto sólo parece presentarse en los dos últimos capítulos? Intentémoslo una vez más, haciendo algunas elecciones difíciles. Al revisar una tesis, la tarea más difícil suele ser acortar material que el autor ha producido tan laboriosamente. Una introducción podría situar mejor el proyecto. Y lo verdaderamente crucial: debes incluir, con toda confianza, una conclusión.

Todavía no hemos terminado. Ahora el índice puede ser finalmente «reventado»; cada capítulo desplegado de modo que el lector pueda decir lo que sucederá en su interior. Este «reventón» contestará algunas de las preguntas —en realidad las notas de un editor a sí mismo— que aparecen entre corchetes entre los capítulos en la figura 4.

FIGURA 4. EJEMPLO DE ÍNDICE, REVISADO POR TERCERA VEZ.

Índice

Agradecimientos vii

Capítulo Uno. Aparece el perro: imaginando una historia del retrato europeo sin mascotas 1
[Tres palabras «escenifican» aquí el tema del autor. El autor las había empleado en el título del capítulo dos, pero hacen un trabajo mucho más importante en la página 1. Al funcionar como introducción, ahora el primer capítulo apunta abiertamente a una cuestión que se encuentra detrás de todo el proyecto, al tiempo que sitúa cuatro elementos importantes del proyecto: historia, Europa, retratismo y animales.]

Capítulo Dos. El auge del perro como compañero y tema en la pintura europea 47

[El problema que se le planteó al autor fue éste: tenía un maravilloso capítulo sobre los factores económicos y políticos que determinaban el valor simbólico en el arte figurativo. Al menos él pensaba que era un capítulo maravilloso, y persuadió a su tribunal de tesis de que tenía cabida en la tesis. Sin embargo, como parte del original de un libro, el capítulo parecía como salido de otro proyecto. Aquí ha encontrado la forma de acortar y combinar las versiones anteriores de los capítulos uno y dos en un único capítulo nuevo que realmente dice de qué trata. Toda la cuestión de los determinantes y las diadas puede aún aparecer en el capítulo, pero el autor ha encontrado una forma de hacer que apoyen su tema, no que sustituyan su tema. Por último, parece que este capítulo proporcionará la prehistoria del tema del autor, centrándose tal vez en la representación medieval y renacentista.]

Capítulo Tres. La invención del retrato de sociedad, 1614-1709 96

[Continúa aquí el desarrollo cronológico, pero con un nuevo enfoque.]

Capítulo Cuatro. «¿Pero si Cielito es parte de la familia!»: los modelos aristocráticos del siglo XVIII reconfiguran el tema del retrato 155
[De nuevo cronología, pero con más sutileza.]

Capítulo Cinco. El perro de Goya y la familia Belleli de Degas 204
*[El autor finalmente da nombres. ¿Pero son Goya y Degas el tema del proyecto?, ¿su finalidad?, ¿su epílogo?]
 [¿Y qué hay de una conclusión?]*

Notas 238
 Láminas 354
 Bibliografía 376

FIGURA 5. EJEMPLO DE ÍNDICE, REVISADO POR CUARTA VEZ.

Índice	
Agradecimientos	vii
Capítulo Uno. Aparece el perro: imaginando una historia del retrato europeo sin mascotas	1
Adiestrando al unicornio: el animal de fábula en el arte medieval	
Vidas de santos, vidas de perros	
Interpretando <i>Las bodas de Caná</i> de Veronés	
Capítulo Dos. El auge del perro como compañero y tema en la pintura europea	53
El perro, de la cacería al hogar	
Hombres y caballos, mujeres y perros	
Boucher y la sorpresa de la mascota de tocador	
Capítulo Tres. La invención del retrato de sociedad, 1614-1709	106
Rubens y Van Dyck: discutiendo el caso flamenco	
Modelos ingleses y franceses de retratismo	
Modelos ingleses y franceses de propiedad de mascotas	
Capítulo Cuatro. «¡Pero si Cielito es parte de la familia!»: los modelos aristocráticos del siglo XVIII reconfiguran el tema del retrato	155
La Sra. Fitzwilliam llorando la pérdida de su King Charles Spaniel, «Bruto»	
Lady Ogilvy como Palmira con «Bizcocho» (<i>El retrato de la galleta</i> de Soames)	
Los gemelos Loughborough y «Belerofontes» en traje de época: una atribución conjetural	
Capítulo Cinco. El perro de Goya y la familia Belleli de Degas	204
Las familias a través de (la visión de un artista de) los ojos de un perro	

El perro burgués como símbolo paternal	
Sacando al perro a pasear: Degas vuelve a trazar los límites caninos	
¿Qué ve el perro de Goya en nosotros?	
Conclusión. Familias y mascotas como constructos sociales en la pintura europea	238
Notas	258
Láminas	374
Bibliografía	396

Examinemos lo que hemos hecho esta vez. Donde había simplemente un título de capítulo, con o sin subtítulo aclaratorio, ahora también hay un segundo nivel de encabezamientos, delimitando los subapartados de ese capítulo. Aunque puede que siga siendo difícil juntar todas esas sugestivas frases —y eso es todo lo que son los títulos de capítulo y apartado— en un proyecto coherente, ahora existe una impresión de viveza y movimiento que faltaba por completo en la última encarnación.

Este ejercicio está completamente inventado, por supuesto. «Bizcocho», «Belerofontes» y «Bruto» nunca existieron, como tampoco lo hicieron esta Sra. Fitzwilliam en concreto o Lady Ogilvy, o nuestros gemelos Loughborough. La tesis está inventada, y de hecho puede tratarse de una idea terrible para una tesis. Puede que los perros sí tengan un papel importante en el retratismo europeo, pero definitivamente no es un argumento que yo esté planteando aquí. Asumamos, no obstante, en aras de la discusión, que hubiese semejante libro. Si el escritor fuese capaz de presentar lo que sabe de una manera suficientemente viva —tanto en el índice como en el propio texto—, puede que hubiese un público lector más amplio para un libro que incremente nuestra comprensión sobre cómo el arte transmite el conocimiento de las estructuras sociales y las relaciones domésticas, o de la historia de los animales en la sociedad europea. Reventar el índice es, en primer lugar, tarea del autor. Encontrar el público más amplio posible para un libro es aquello que a los editores se les paga para que descubran. Recuerda que un buen índice anuncia una mente organizada en funcionamiento.

Y por último, el título. Un editor probablemente quiera darle al título propuesto por el autor —«Representaciones del perro en el retratismo europeo, 1751-1867»— una buena sacudida. Las fechas en los títulos puede que tengan apariencia de sinceridad, pero sirven de forma convincente para excluir lectores. Aunque seas un erudito, escribe para el número de lectores más amplio que te atrevas a alcanzar.

SEÑALIZANDO EL TEXTO

Con su índice reventado, *Representaciones del perro en el retratismo europeo* —sin fechas— ofrece un mapa bastante claro de dónde llevará el libro al lector. No es necesario incorporar en el índice todos esos encabezamientos, pero seguramente eso disponga el terreno. Puedes también añadir más niveles de encabezamientos a tu original, de modo que el lector que se dirija al subapartado «Vidas de santos, vidas de perros» se encuentre con varios apartados más pequeños dentro de ese apartado, cada uno titulado con esmero. Todos los encabezamientos que aparecen en el índice deben aparecer en el propio texto, aunque lo contrario no es necesario. Cuando estaba escribiendo el libro que estás leyendo, pensé que el título, el subtítulo y el índice (sólo con los títulos de los capítulos) eran lo suficientemente descriptivos, así que a diferencia del autor de *Representaciones del perro en el retratismo europeo*, no añadí encabezamientos a la página del índice.

Los encabezamientos son un ejemplo de *señalización*, anuncios claros de que el escritor reunirá las siguientes páginas o párrafos bajo un paraguas. En un capítulo largo a veces puede parecer que se cuenta una historia, o muchas historias una tras otra, por parte de un orador sin aliento a causa de la emoción. Pero haz que el orador vaya más despacio, haz pausas entre los episodios, y de pronto se hace más clara la finalidad del conjunto. Una de las formas más fáciles de revisar un capítulo largo es identificar sus cambios de énfasis y crear un intervalo antes de cada uno. Puedes dar con encabezamientos de señalización para un capítulo en una hora o menos. Como los letreros de las autopistas —«Peligro de desprendimientos en los próximos 500 metros», «Vista panorámica», «Estación de ser-

vicio con restaurante y alojamiento»—, los encabezamientos le dicen al lector hacia dónde mantener los ojos abiertos.

Algunos autores de manuales de escritura desaprueban la señalización en el texto, por considerarla poco sutil y un signo de escritura floja. Muchos grandes escritores de no-ficción escriben estupendos libros sin estos apoyos textuales. Pero para alguien que revisa una tesis, los encabezamientos pueden ser una forma de asegurar que incluso un lector que esté dando cabezadas sepa dónde se encuentra. Ten presente que un encabezamiento dirige, pero también interrumpe. No lo uses en exceso. En algunas tesis de ciencias sociales, prácticamente cada párrafo tiene un título. El resultado parece una serie de fichas bibliográficas escritas una detrás de otra.

Título, subtítulo, índice, encabezamientos dentro del texto. Todos están ahí por un gran objetivo: dejar claro de qué trata una obra y adónde se dirige, y mostrar que tú estás al mando. Hazlo y mostrarás que te interesa tu lector.

CONTROL DE LAS PORCIONES

Unas palabras sobre la extensión de los capítulos. La clave para perder peso, como dicen los libros sobre dietas, es el control de las porciones. Puede ser también un buen mantra para los escritores académicos. Muchos libros académicos, sobre todo las tesis, se asemejan a comidas que duran demasiado y donde todas las porciones son demasiado grandes. Los capítulos son las porciones de tu obra. Tienen que ser de un tamaño manejable. Puedes haber revisado tu índice de tal modo que se exhiban con orgullo los 16 encabezamientos del capítulo dos pero, con 85 páginas, el capítulo está a punto de hundirse bajo su propio peso.

No hay ningún tipo de reglas firmes y definitivas para la extensión de los capítulos, ni la extensión de los párrafos, ni siquiera para la extensión del manuscrito. Muchos editores te dirán que un original de 350 páginas a doble espacio tiene muchas más posibilidades de ser publicado que uno de 500 páginas. Los capítulos deberían poderse leer de una cómoda sentada. Un párrafo casi nunca debería extenderse más allá de una página, y un escritor cuidadoso sentirá en la prosa el cambio de énfasis que exige que termine un párrafo y comience otro.

Aquí hay unas pocas generalizaciones a propósito sobre todo para revisiones de tesis:

- Un capítulo de 50 páginas o es demasiado prolijo o está construido sobre premisas poco sólidas. ¿Es en realidad más que un capítulo? ¿Es tan largo porque es complejo y está bien planificado o porque no está clara la finalidad del autor? Es más fácil ocultar un argumento flojo en un capítulo muy locuaz que en uno corto.
- Son raros los capítulos cuya lógica fluye con claridad de párrafo a párrafo. Introducir subdivisiones y encabezamientos puede ofrecerte cierta ayuda estructural, y al lector la oportunidad de recuperar el aliento.
- Los capítulos cortados bruscamente por la mitad parecerán capítulos cortados bruscamente por la mitad. Cuando revises un texto excepcionalmente largo, como un pasaje de prosa de 90 páginas, asegúrate de dar forma a ambos fragmentos resultantes. Las reglas de apertura y cierre se aplican a ambas mitades.

ÚLTIMOS VISTAZOS

Una vez que lo ha aceptado un sello editorial, a tu manuscrito le ocurren muchas cosas. Editores, diseñadores, correctores de estilo y de pruebas, todos ellos toman parte en ayudar a clarificar lo que tienes que decir. Describir esas variadas funciones se alejaría mucho del ámbito de este libro. Cuando tu libro es finalmente aceptado, es reconfortante saber que estos profesionales están al otro lado, comprometidos a ayudarte a sacar lo mejor de tu libro. Pero saber que esta gente está ahí, esperándote más allá de la mesa de recepción de un editor, no debe convertirse en un pretexto para no hacer de tu libro algo tan sólido y tan claro como sea posible, incluso mientras lo redactas en tu escritorio. Los editores y sus colegas de profesión se dedican a hacer los libros buenos todavía mejores. Nunca dejes que eso se convierta en una excusa para no poner tu libro en la mejor forma posible antes de dejarlo escapar de tus manos.

Al crear tu primer manuscrito de libro, tienes que verificar que tu escritura está bien organizada, que un lector puede ubicarse desde la página del título hasta la conclusión. Una vez que tu libro sea

aceptado, corregido, y enviado para su composición tipográfica, adquirirá toda una nueva serie de rasgos de organización. Los encabezamientos de página —el texto que se extiende por la parte superior de las páginas del texto— ayudarán al lector a saber inmediatamente en qué parte o capítulo del libro se encuentra. Puede que algunos libros editados con primor tengan encabezamientos de página que cambian para reflejar subdivisiones en el texto que hay debajo. La elección de caracteres tipográficos por parte de tu editor, las decisiones respecto a cuántos renglones poner en cada página, dónde deberían ir las notas y demás, todo ello afectará a la claridad con que se presentan tus ideas. Estos simples detalles los damos por supuestos, pero también son herramientas con las que un lector llega a saber lo que tienes en mente.

La última información que proporciona tu libro es el índice alfabético. En algunos libros complicados puede haber dos o más índices alfabéticos, como por ejemplo un índice temático y un índice toponímico. Piensa en un índice alfabético como la última oportunidad del autor para contar una historia sobre la obra que acaba de terminar. Las revistas de reseña de libros, de las que dependen los bibliotecarios para obtener información, normalmente recogerán si un libro tiene o no índice alfabético. Si tu obra es de carácter especializado, un índice alfabético es un apartado crucial. Un buen índice alfabético es un tesoro, y aunque no es algo que puedas preparar antes de que tu original revisado sea aceptado por un sello editorial y compuesto tipográficamente, vale la pena señalar que hay buenos y malos índices alfabéticos. Al índice alfabético minimalista le basta con incluir sólo nombres propios, y sin duda éste es el tipo de entrada de índice alfabético más fácil de crear. Como en este ejemplo extraído de la útil monografía *Referencias al mundo editorial en el cine de Hollywood*:

Stanwyck, Barbara, 5-6, 18, 37, 44, 111, 158-160, 350ss

La misma entrada podría haberse formulado más provechosamente descomponiéndola en subcategorías.

Stanwyck, Barbara: *Bola de fuego*, representaciones de editores en, 5-6, 18, 37; referencias cruzadas, disputa con Gary Cooper relacionada con, 158; enciclopedias, actitud en la infancia hacia, 44; *Las tres noches de Eva*, dependencia del diccionario de bolsillo durante el rodaje de, 111, 350ss; y series de comas, 160

Es bastante más difícil crear un índice alfabético que incluya conceptos abstractos, pero cuanto más extenso y concienzudo sea un índice alfabético, más útil será para el lector. Como el título y el subtítulo, el índice, y las alternancias entre *forte* y *piano* de los encabezamientos grandes y pequeños, el índice alfabético es una última oportunidad de elucidar lo que el libro quiere decir.

La escritura —incluso la académica— necesita una forma, y la forma aparece en muchos aspectos. Si ya eres bueno para imponer una forma a tu escritura, posees una habilidad que puede colocarte por encima de otros escritores que puede que hayan abordado ideas más imponentes en sus originales. Este énfasis en organizar tu texto pretende ayudarte a crear un original que parezca respetuoso con el lector porque es respetuoso con el lector. Un original con extensión de libro tiene que ser algo más que 300 páginas bien escritas. Ha de tener señalizadores para tu lector, de modo que sepa dónde se encuentra y dónde quieres llevarle. Al escribir tu libro, asegúrate de que todos los caminos llevan a casa. Dar forma a título, subtítulo, capítulos, apartados, subapartados y párrafos exige paciencia, atención y buen oído. Por último —y ésta es la opinión de un editor— si puedes escribir un párrafo estupendo, está en ti el escribir un libro entero.

Es hora de decir algo sobre la propia escritura. Se escriben distintos tipos de libros para distintos públicos, y las tesis, por supuesto, en general se revisan para convertirlas en libros académicos serios. A veces el autor ambiciona convertir la tesis en un producto para investigadores expertos y para un público lector un poco más amplio, no universitario. Unos pocos autores se propondrán convertir la tesis en un libro que pueda colocarse en enormes pilas cerca de la caja en una de las principales cadenas de librerías. Cuanto más amplio sea el público al que pretendas llegar, más cuidadosamente escudriñará tu escritura un editor. Si te diriges a «cualquier persona interesada en la infancia» necesitarás tener un estilo de prosa tremendamente atractivo (así como algo increíblemente novedoso que decir). Si te diriges a «cualquiera interesado en la fabricación de juguetes para niños en el Levante del siglo XIX», puedes imaginar un público lector más determinado, pero aun así tienes que escribir bien. Alguien escéptico puede que llegue a la conclusión de que, según esa lógica, el público lector para su tesis es tan pequeño que el estilo de prosa apenas importa. Pero eso es entregarse a la autocompasión. Recuerda que lo primero y más importante es que escribes para averiguar lo que piensas. Cuanto más claramente escribas, más claramente estarás pensando. Y si eso no te importa, es que te has equivocado en tu línea de trabajo. Al revisar, tu primera tarea es liberar tus ideas del «estilo tesis».

EL «ESTILO TESIS»

El «estilo tesis» es una forma horrible de describir la escritura, ya que parece utilizarse sólo en sentido despreciativo. La clase de estilo que podría tener una tesis es la clase de estilo que no desearías

para, pongamos por caso, tu ropa o tu coche. El estilo de tesis tiene muchas connotaciones:

- Una dependencia excesiva de citas y alusiones.
- Un esforzado intento por sonar muy profesional que acaba sonando sobrecargado.
- Reiteradas declaraciones de intenciones («voy a analizar tres elementos de X», «he analizado ya un elemento de X y ahora analizaré el segundo antes de continuar con el tercero», «de este modo, he demostrado a través de mis análisis de los tres elementos de X», y así sucesivamente).
- Un uso excesivo de pasivas y de complicadas construcciones sintácticas.
- Una indecorosa ampulosidad o una voluntaria sosería (y a veces una tesis logra mostrar ambas), como si ser un investigador profesional significara manifestar la menor expresión posible.

La mala escritura de tesis me recuerda inevitablemente a una obra de teatro en la que actores jóvenes con pelucas grises y abundante maquillaje representan personajes 40 años mayores que ellos. Puede que las obras sean comedias y el efecto deliberado, pero la tesis es algo absolutamente serio, un denodado esfuerzo por demostrar que el escritor es sin duda un investigador profesional y por fin un adulto. Entre los mejores investigadores profesionales —aquellos a quienes leemos por puro placer así como para adquirir conocimientos— son pocos los que escriben del modo en que están escritas las tesis, y los editores académicos a menudo se preguntan por qué los mejores libros académicos no pueden ser modelos para las nuevas generaciones de doctores. En lugar de esto, la tesis corriente toma el camino que parece del mínimo esfuerzo, reproduciendo un estilo de prosa insulsa que suena muy parecido al estilo de prosa insulsa de miles de tesis anteriores. No tendría por qué ser así.

No serás capaz de transformar una tesis en un manuscrito de libro sin tener en cuenta la voz de tu escritura. Todo el mundo sabe lo que es una voz de escritura en la ficción literaria. Pérez Galdós suena diferente de Roberto Bolaño. Puede que las tesis no tengan voz, o que así lo parezca. Realmente, no es que no tengan voz, aunque el autor parezca no tenerla. Pero todo *libro* tiene que tener una voz narrativa que atraiga al lector, descubriéndole perspectivas y asuntos

relacionados con el tema a discutir. La expresión «libro parlante» se utiliza a menudo para describir las versiones en audio de textos impresos. Pero cualquier libro es *ya* un libro parlante. Tienes que hacer que el tuyo también hable.

Probablemente los editores prestarán más atención a tu prosa de lo que lo hizo tu tribunal de tesis, porque los editores buscan algo más allá de tus cualidades académicas para escribir sobre el tema. Y por muy buena que sea tu investigación, es tu escritura lo que provoca la primera impresión. Si la impresión es pobre, puede que también sea la última.

Un hecho dentro del mundo académico es que muchos libros importantes son difíciles de leer. Están mal escritos, si así lo prefieres. Otros no están realmente mal escritos, pero son imperdonablemente densos. Para ser justos, muchos de estos libros, y tal vez la mayoría, están escritos todo lo bien y lo claramente que pudo hacerlos el autor. Es demasiado fácil para un escritor novel encontrar un libro publicado y usarlo para justificar el haber escrito su propio original en una prosa torpe.

Algunas disciplinas son más tolerantes con la escritura densa que otras, pero casi todos los lectores ajenos a estas disciplinas son críticos con la prosa académica. Cuando la élite intelectual escribe libros en un lenguaje inaccesible, los estudiantes de doctorado se ven comprensiblemente animados a creer que ése es el argot en el que deben también escribir. Ciertos pensadores brillantes escriben en una prosa tremendamente difícil, pero cuando la complejidad en la escritura se presenta como la norma, y hasta como un deber, ello se convierte en un perjuicio para la comunidad académica.

Si la importancia de las ideas y la presentación ha de considerarse relativa, la mayoría de los editores estarán tácitamente de acuerdo en que si eres *tan inteligente* no importarán las peculiaridades y dificultades de tu escritura. Si aún no escribes a ese nivel, o no has alcanzado todavía ese grado de celebridad, haz de la claridad tu dios. Mientras pules tu prosa, imagina lo que Adorno o Lacan podrían haber dicho si hubiesen sido agraciados con el don de la expresión clara y sencilla. Una escritura clara hace resaltar mejor las ideas. Puede haber joyas ocultas entre la espesura de una prosa difícil, pero el escritor de un primer libro debería pensar en términos de claridad, claridad y claridad.

Los problemas que afectan a la prosa de una tesis son *siempre* igual de problemáticos en un manuscrito de un libro, y generalmente lo son más. Me refiero por ejemplo a construcciones de límites inciertos, excesivamente largas, que vagan por la página hasta que se quedan sin fuelle o se tropiezan con un párrafo de citas. Pero más allá de este tipo de defectos existen otros fallos en la escritura.

DIFICULTADES CON EL PRONOMBRE

Ahora unas palabras acerca del escurridizo, imponente, halagüeño, e imperial «nosotros».

La pobre reina Victoria se ha llevado la peor parte. No sé si realmente usaba el monárquico Nosotros tan a menudo como lo sugiere la cultura popular, pero es cierto que los escritores académicos —que se espantarían ante la insinuación de que estaban siendo victorianos— acostumbran a usar la primera persona del plural. Por alguna razón, el escritor de la tesis casi nunca parece hacer las cosas solo. A muchos estudiantes de doctorado se les ha hecho sentir incómodos con el «yo». Es demasiado desnudo o demasiado descarado para un principiante. Resulta mucho más fino ser nosotros. De pronto, el escritor no está solo. Hay una muchedumbre estudiando la métrica del *In Memoriam* de Tennyson o la eficacia de las papeletas de voto en las elecciones hondureñas. Un terapeuta puede que identifique en este caso un problema de autoestima: ¿quién es este séquito imaginario? ¿Qué amigo especial te ayudó a escribir tu tesis y no figura con su nombre en la portada?

El mundo académico no parece preparado para sacar a sus tropas del «nosotros», y es algo sencillamente práctico reconocer que el «nosotros» no va a desaparecer enseguida como pronombre preferentemente académico. Pero desde la perspectiva de un editor que aconseja a doctores recientes y alumnos de seminario sobre cómo hacer que una tesis suene como un libro (y cómo suena es parte de la batalla), el «nosotros» es problemático. Si has escrito una tesis colectivamente, cada uno de los autores puede que tenga derecho al «nosotros». Más allá de eso, el «nosotros» tiene poca justificación. El escritor hábil emplea un tono más neutral. En algunos casos, el autor se presenta abiertamente como «yo», aunque puede ser igual

de agotador que el «nosotros». En los mejores textos académicos, la persona del autor se presenta a sí misma por medio de la elección del lenguaje y la claridad de los argumentos, pero no mediante pronombres asertivos. Deja que tus hechos o tu interpretación hablen de ellos.

«Como hemos visto»: así comienza la tesis, y entonces me encuentro mirando rápidamente a mi alrededor para ver quién asoma por detrás de mi hombro. El imaginario lector colectivo es un lugar común de la escritura académica. Miles de tesis, así como artículos y monografías especializadas, acuden al escurridizo «nosotros». ¿Está utilizando el autor un «nosotros» íntimo —sólo ella-como-escritora y yo-como-su-lector? ¿Quizá su «nosotros» se halle más concurrido, formado por un montón de investigadores afines, a la vanguardia de los cuales, por muy modestamente que sea, se encuentra ella? ¿O el «nosotros» pretende incluirme también dentro de esa comunidad académica más amplia? Puede que me sienta adulado de que la escritora me considere suficientemente inteligente como para incorporar a ella, pero como lector no disfruto mucho de que me digan lo que pienso.

Sugierele a un aspirante a doctor que use en su lugar el pronombre «yo» y probablemente encuentres una dura resistencia. «Así no es como se hace en mi especialidad.» «La tesis debe sonar profesional, y así es como lo hacen los profesionales.» «Gracias por el consejo; pero, lo siento, nos sería imposible.» Los criterios y normas profesionales no están hechos por miembros individuales de comisiones de investigación doctorales, del mismo modo que un simple estudiante de doctorado puede decidir hacer caso omiso de una práctica literaria aceptada en su disciplina.

Las tesis generalmente se escriben en uno de estos tres modos narrativos: nosotros, yo, e (invisible). Los dos primeros admiten la presencia del autor. El tercero organiza cada frase sin referencia al escritor, empleando lo que aprendí en la escuela primaria con el nombre de «narrador omnisciente». Lo terriblemente irónico de esta tercera opción es el hecho de que los escritores de tesis estén entre las personas con menos probabilidades de sentirse omniscientes respecto a algo. Cuando revises una tesis para convertirla en un manuscrito de libro, ten en cuenta la perspectiva desde la que se desarrolla la historia. Cualquiera que adquiera tu libro sabrá desde las páginas iniciales exactamente dónde se sitúa el escritor en relación a su tex-

to. Si te propones revisar tu tesis para convertirla en un libro para un público lector corriente por contraposición a uno especializado, esta cuestión es aún más peliaguda. Ningún libro de divulgación tendrá éxito si tiene un tono narrativo vacilante.

El problema del «nosotros» está estrechamente relacionado con el problema de la «pasiva». En ambos casos, el investigador está buscando una perspectiva desde la cual escribir. Es como elegir la ropa adecuada para una entrevista de trabajo. ¿Todo de negro será demasiado? ¿Si me pongo chaqueta y corbata pasaré tan desapercibido que pensarán que ya trabajo ahí? ¿No pasaré sino apuros con el sombrero? No es que el escritor de una tesis se siente a escribir la página 1 y no sepa qué hacer frente a una multitud de opciones. Escribirá con un «yo» o un «nosotros», o desaparecerá en la pasiva. (Es poco probable que a alguien se le conceda un grado de doctor por una tesis escrita en segunda persona del presente, lo que haría que sonara como un episodio de *La dimensión desconocida*: «Estás investigando el coste de la vivienda en Hong Kong cuando descubres un inquietante hecho sobre la construcción a base de tabiques de yeso».)

Entonces, ¿por qué tener a tantos investigadores convertidos en «nosotros» sobre la página? Quizá porque la dinámica de lo académico sólo tolera una individualidad limitada, porque la formación de investigadores sigue siendo en muchos aspectos un proceso gremial, porque uno de los modos en los que hemos llegado a identificar el lenguaje formal es mediante el empleo de la primera persona del plural. «Nosotros» no es incorrecto ni cobarde, ni siquiera en las tesis. Pero a menos que una tesis fuese escrita por más de una persona, o a menos que la insistencia del autor de la tesis en apelar a la universalidad se presente en cada frase, no hay motivo por el que el pronombre colectivo deba situarse en el asiento del conductor.

Los estudiantes de doctorado no tienen mucho tiempo para preocuparse de la voz narrativa, y no muchos directores de tesis tienen tiempo para ocuparse de ella con sus doctorandos. La revisión de la publicación da al joven investigador su primera oportunidad para, desde la distancia que le separa de su tesis, decidir con qué voz quiere contar su historia. Considera la revisión como la oportunidad para averiguar quién es tu yo como escritor.

LA FIEBRE DE LAS NOTAS AL PIE

La nota al pie, como lo expresa el historiador de la Universidad de Princeton Anthony Grafton, tiene «una curiosa historia» estrechamente vinculada al desarrollo de la moderna historiografía alemana. En la Edad Media los debates académicos tenían lugar bajo un sol diferente, donde Aristóteles era tan grande que no había necesidad de mencionar su nombre. *Ipsse dixit* —«dijo él»— era suficiente para que un lector supiese quién era «él». En el mundo actual hemos inventado sistemas más complicados para tomar prestados pensamientos de otros. A juzgar por la apariencia de la tesis sin revisar, la investigación académica parece mermar la confianza de un especialista; a un editor muchas veces le parece que no se puede decir nada sin citar a alguna autoridad. La fecha de la coronación de Carlomagno, el número de estados miembros de Naciones Unidas, el peso de un bacalao del Atlántico: cualquier dato parece exigir una cita, como si el sentido común o el saber popular no fuesen factores a tener en cuenta.

La primera regla de la escritura académica es reconocer escrupulosamente todas las obras e ideas que no sean tuyas. Con toda razón. Pero un exceso de notas puede distraer al lector, y después de unos cientos de citas el escritor a veces se pierde en el bosque. El problema del exceso de citas es un problema de dependencia. Para el autor de la tesis supone algo más que un único problema. Primero, la tesis normal simplemente tiene demasiadas notas, entre las cuales el autor o bien se oculta deliberadamente o se esfuerza en vano por liberarse. Segundo, el actual sistema de anotar cualquier pensamiento por pequeño que sea resta valor a las grandes ideas, que después de todo son lo esencial del libro. Por último, muchas citas parece que no hacen sino adornar con un nombre conocido el tejido de la propia tesis, venga o no a propósito la obra de esa autoridad o sea siquiera entendida claramente por el joven investigador.

Muchas ideas que tienen un uso extendido dentro del mundo académico son grandes, difíciles y sutiles. Pero algunas se han visto reducidas a una especie de semáforo que indica que el usuario las conoce a la perfección y ha encontrado un modo ingenioso de aplicarlas a la obra que tiene entre manos. La obra de Judith Butler sobre cuestiones de sexo, las reflexiones de Clifford Geertz sobre las

peleas de gallos en la cultura balinesa, el concepto de lo dialógico en los trabajos de Mijail Bajtin, las percepciones de Walter Benjamin sobre la reproductibilidad técnica, la popular (y multifuncional) dialéctica de Hegel: de todas ellas, miles de estudiantes de doctorado han tomado suficientes pizcas de condimento con que sazonar su propia sopa. Los editores están hartos de citas que simplemente dan asentimiento, más que uso, a la obra consolidada de importantes investigadores.

Por tanto, no basta sólo con citar. Pero la fiebre de las citas da más problemas. Fíjate en la apariencia física de la frase. Está por un lado el superíndice que indica una nota al pie o una nota al final, cuyo uso excesivo puede hacer que a la página de una tesis parezca que le salen burbujas.

Este argumento⁶² sobre los últimos lienzos de Hobbema⁶³ exige que examinemos primero el mencionado panfleto de Hobart⁶⁴ y una conferencia sobre Hegel de Hildebrand⁶⁵, dada por primera vez en La Habana⁶⁶.

Si pasamos a la norma que se sigue dentro de las ciencias sociales, las cosas no mejoran.

Este argumento (Hundertwasser 1989, 65-72) sobre los últimos lienzos de Hobbema (House 1965, 188; Hoving 1988, 190-203; Havemeyer 1999, xi) exige que examinemos primero el mencionado panfleto de Hobbes (Harley 1988, 35-82) y una conferencia de Hebworth (Heath 1991, 18-40), dada por primera vez en La Habana en 1983 (Hilton 1992, 36-60).

El lector sabe que le espera un trayecto largo y lento.

Cada disciplina tiene determinadas convenciones en cuanto a citas. Sociólogos, críticos literarios, y psicólogos pueden citar cada uno sus fuentes en un formato diferente. Más allá del estilo de la cita, hay una elección que hacer acerca de dónde se colocarán las notas sobre la página del libro. Las genuinas notas al pie van al final (o pie) de la página. Las denominadas notas del capítulo se reúnen al final de cada capítulo. Las notas al final aparecen al final del libro. Si estás escribiendo un libro para un lector corriente, hay incluso formas de presentar tus notas al final de tal modo que no necesiten superíndices u otras interrupciones a la página de texto. Una obra especializada, como es muy probable que lo sea una tesis revisada,

necesita superíndices. El único recurso para el joven investigador es evitar amontonar referencias con tal densidad que sus frases, como en los ejemplos anteriores, parezcan accidentes en cadena.

Si te dedicas a las disciplinas donde se ha vuelto admisible incluir breves citas dentro del propio texto, recuerda que cuando los investigadores de estas especialidades se disponen a escribir libros de divulgación abandonan esta práctica. Un especialista puede que quiera saber, en mitad de tu pensamiento cuidadosamente expresado, que estás citando de Elmwood 1998b, para cuyos datos completos pasas entonces al listado de referencias. Como muestra de probidad intelectual, un discreto superíndice y nota al pie servirán. Sería más agradable leer obras académicas si Elmwood 1998b no fuese considerado una atractiva forma de probar que uno no se lo estaba inventando todo.

Cuando leo el primer original con extensión de libro de un investigador, paso por alto los fragmentos de citas si ya me son familiares. Y muchos lo son. Esfuérzate por absorber esos documentados pasajes. Intégralos en tu prosa.

Algunos investigadores me han explicado que los fragmentos de citas son las partes de un libro o tesis que pasan por alto en cualquiera de los casos, de modo que no importa demasiado lo que pongas en ellos. Se trata de una revelación deprimente, y, de ser cierta, significa que citar prosa muchísimo mejor que la tuya propia al menos no es una maniobra arriesgada. Yo creo que sería mejor interpretar ese punto de vista como un nuevo estímulo para no ocupar espacio ni hacerle perder la atención al lector con abundantes dosis de prosa extraída de lo ya publicado.

UN EJEMPLO DE MÁS

Las tesis hablan demasiado. No te sientas mal: la mayoría de los libros lo hacen, y no sólo los libros especializados. Antes he mencionado lo que cualquier editor sabe: que las tesis están configuradas de modo característico en torno a una serie de ejemplos que pretenden demostrar un argumento o al menos ocuparse de una serie de cuestiones. Pero un exceso de ejemplos puede también estropear la prosa académica en un solo capítulo. Conforme releas tu obra, sé implacable al revisar

cualquier párrafo que empiece, en un tono suficientemente optimista, «Este punto será nuevamente clarificado mediante otro ejemplo», o algo parecido. Existen muchos casos en que un punto se establece mejor por medio de un ejemplo incisivo que a través de cuatro ejemplos confusos.

La revisión de tesis —y déjame pedirte de nuevo que consideres esa labor como la de hacer un traje a medida, no un simple arreglo del dobladillo— funciona mejor cuando el escritor ve una idea central y un hilo conductor, y luego suprime todo lo que no le sirve para expresar ambos. Puede que aún tengas que escribir más para hacer que el original hable como un libro, pero acortar cualquier cosa escrita con el piloto automático es un paso en la dirección correcta.

AQUÍ SE HABLA EN PASIVA

El sello de la escritura académica es la voz pasiva. La mayoría de los manuales de escritura están en guardia contra esporádicas pasivas. «Cuando te cruces con una pasiva en tu escritura, refunde la frase utilizando en su lugar un verbo activo.» Los ejemplos suelen ofrecer estructuras difíciles y transformaciones del tipo por-qué-no-se-me-ocurrió-eso. «Cuando el libro había sido leído por la clase, la siguiente lección fue expuesta por el profesor» se convierte en «Cuando los estudiantes habían leído el libro, el profesor expuso la lección». Sin embargo, es difícil convencer a los autores académicos de que evitar la pasiva es un consejo dirigido a *ellos*.

En la mala escritura académica abundan las pasivas. (Podría haber dicho «las pasivas son usadas con frecuencia» pero en este caso quería un verbo activo.) Si estuvieras leyendo una carta pobremente escrita o una redacción de escuela primaria, podrías pensar que el escritor simplemente no tenía suficiente dominio como para escribir en un lenguaje directo y vivo. Puede que incluso haya sido consciente de sus limitaciones, se haya sentido desconcertado ante la idea de expresar su opinión abiertamente, y se haya refugiado tras el manto de la pasiva.

Para cuando un escritor está trabajando en la tesis, su impresora ya ha despachado muchos ensayos. Sus olvidadas lecciones de escritura se han convertido ahora en sus hábitos de escritura. A su

vez, esos hábitos se han convertido en su forma característica de expresar ideas. Ha llegado a acostumbrarse —incluso a aficionarse— a ellos. (No me sorprende que me resulte fácil considerar los defectos de mi propia escritura como parte de mi estilo.) Años de abusar de la pasiva han animado al estudiante de doctorado a creer que la pasiva es, después de todo, la voz de la Academia. Si así es como habla el ámbito académico —o mejor, si éste es el lenguaje hablado en el ámbito académico— entonces no puede haber mejor momento para desplegarlo que al escribir la tesis.

La voz pasiva hace dos cosas al mismo tiempo —encubre al autor a la vez que reclama autoridad— y esas dos cosas en principio parecen contradictorias. Es fácil comprobar cómo la pasiva encubre al agente o responsable de los actos. «El derrocamiento del tambaleante régimen del país fue emprendido por las fuerzas del Ejército de Liberación a finales de la primavera de 1963». Dejemos que ese ejército asuma la responsabilidad de sus actos: «A finales de la primavera de 1963 el Ejército de Liberación derrocó al tambaleante régimen del país». De repente, es el Ejército de Liberación quien lo hizo.

Aquí funciona también otro encubrimiento. La construcción pasiva distancia al escritor del acto de hacer una afirmación. Quita la pasiva y el escritor —como el Ejército de Liberación— de pronto ha hecho algo que tiene importancia: ha hecho una declaración. Ha dicho algo. No tienes que ser un experto en lingüística para saber que esto no es lo mismo que «algo fue dicho». Pero demasiadas tesis se escriben en un mundo imaginario donde a los objetos se les hacen cosas y los países son invadidos, los personajes son representados, y los resultados son afianzados. No es que la pasiva sea un delito para los escritores. Hay bastantes lugares donde suenan bien las construcciones pasivas. Utilízalas ahí. Una prosa despojada por completo de pasivas puede sonar exageradamente enérgica, como una clase de jardín de infancia a la hora del recreo. «¡Estaos quietos!», quisieras decir. Pero la prosa hipercinética no es un problema de escritura que afecte a las tesis, por lo que aquí la pasaré por alto. Creo que sirve de ayuda hacer una distinción entre escribir *con* la voz pasiva y escribir *en* la voz pasiva.

En el primer caso, el escritor emplea la pasiva cuando es necesario. Sabe manejar su prosa, disfruta del modo en que la voz pasiva aporta variedad a sus frases, pero sigue siendo el escritor quien

manda en sus propios párrafos. Por otro lado, alguien que escribe *en pasiva* espera que nadie se dé cuenta de que está ahí. La pasiva es un cómodo lugar donde esconderse. Escribir puede ser como pasar por aduanas. «¿Algo que declarar?», pregunta un agente de aduanas con ojos como platos. La mayoría de la gente confía en una alegre sonrisa y un movimiento de cabeza, esperando que no haya ningún problema con la botella de vino extra o el mantel bordado. La mayor parte de la escritura académica espera también pasar de largo por aduanas. En lugar de una sonrisa, los autores especializados dependen con demasiada frecuencia de la pasiva, temerosos de que una afirmación directa pueda exponerlos a una inspección igual de directa.

Pero la voz pasiva también tiene que ver con la autoridad. Se trata de una autoridad que no se basa en el acopio de información o la sabiduría de la experiencia, al menos no en el caso de la mayoría de las tesis, sino en un llamamiento al poder de la pasividad. En este sentido, la pasiva es el primo carnal del imperial Nosotros.

Emplear la pasiva es evocar la autoridad de tu disciplina y de los investigadores que ha habido antes. No hay nada malo en querer hacerlo, pero la pasiva no puede lograrlo por sí sola. Los autores académicos —especialmente los jóvenes autores académicos— emplean la pasiva para aportar credibilidad a su escritura. «Las tareas domésticas en los hogares de Lancashire en el siglo XVI eran a menudo organizadas por la hija mayor». Las tareas domésticas están a cargo de la frase, mientras que lo importante para el autor parece ser que la hija mayor de la casa se ocupaba de todo. Al pasar con una serenidad divina, la pasiva pide —incluso exige— que el lector está conforme. No obstante, esta frase no está muy segura de sus propias declaraciones, como deja claro la reveladora expresión «a menudo». ¿Estaba a cargo la hija mayor o no lo estaba? ¿Está el escritor haciendo una afirmación importante y original sobre las relaciones familiares o simplemente ofreciendo la perla hallada por otro en su investigación? Si es una idea original, está demasiado comprimida para ser clara, es demasiado endeble para ser convincente. Algo mejor se expresa así: «Mi investigación revela el sorprendente hecho de que la hija mayor era la responsable de organizar las tareas domésticas en la mayoría de los hogares de Lancashire en el siglo XVI». («La mayoría» es cuantitativo y útil en este punto; «a menudo» es en cambio chapucero.) Si es el pensamiento de otro y merece la pena parafrasearlo, es necesario

afinar el aspecto en cuestión. «Como ha señalado Henry Pismire, en casi la mitad de los hogares de Lancashire en el siglo XVI de los que conservamos registro, la hija mayor era la responsable de las tareas domésticas²³.» Es mejor así, porque es más claro.

Es crucial que los jóvenes investigadores entiendan que tanta preocupación por el uso de la voz pasiva no es simplemente una cuestión de hacer las frases animadas, dinámicas, más atractivas. Sí, la voz activa es más fuerte. Los lectores escuchan más atentamente porque pueden oír a otro humano intentando atraer su atención. Pero para los investigadores, el interrogante activa-pasiva debería implicar mucho más. La voz activa dice: «Tengo algo que decir y voy a decirlo. Si estoy equivocado, discútelo conmigo cuando esté impreso. Pero acepta mi opinión por lo que vale». La voz activa debería ser una especie de credo científico: llevé a cabo investigaciones, saqué conclusiones, descubrí esto. Pero casi nunca nos encontramos con eso. ¿Con cuánta mayor frecuencia leemos que son llevadas a cabo investigaciones, se sacan conclusiones, se realizan descubrimientos? A veces imagino a un investigador que se sienta al tener una gran idea, luego mira fijamente su portátil y exclama: «¿Estás loco? No puedes decir eso» y activa la barra de herramientas para acudir a Reemplazar-Voz Activa, convirtiendo instantáneamente cada «encontré» en «fue descubierto».

Dickens inicia *David Copperfield* con una pregunta que llama mi atención cada vez que me encuentro con ella. «Si resulto ser el héroe de mi propia vida, o si esa condición será asumida por algún otro, lo habrán de revelar estas páginas.» Hasta emplea una pasiva. *Toda escritura —incluso la tesis— siempre tiene que ver con el escritor*. Incluso en obras académicas, un escritor está muy presente, de un modo quizá más sutil que en Nabokov o Beckett, pero no obstante presente. Todo escritor de tesis debería esforzarse por ser el héroe de su propia obra, asumiendo el control no sólo de los detalles sino de la voz que los ofrece, sabiendo cuándo aparecer y cuándo hacerse a un lado, cómo atraer la atención del lector y cómo desviarla. Al hacerlo, el escritor especializado se hace responsable de lo que «habrán de revelar estas páginas», un mundo de causalidad y motivación donde los argumentos son lógicos y las pruebas se presentan con claridad, un mundo donde los sustantivos tienen sustancia y los verbos, verbo.

La pasiva es un amortiguador, no sólo entre el lector y el escritor, sino entre el escritor y sus propias ideas. Me pregunto si al-

guien experimenta el mundo como una serie de momentos pasivos. («Ayer, cuando el sendero del jardín estaba siendo hollado por mis pies, una bella mariposa fue vista por mis ojos», lo cual suena como un caso claro de esquizofrenia.) La escritura académica coloca a menudo al lector en un mundo exactamente así, donde no hay pies que crucen ningún sendero ni ojos que vean ninguna mariposa. Si mereció la pena escribir tu tesis, es porque hallaste un sendero que tuviste que seguir, y por el camino te encontraste con algo de lo que quieres hablarle a los demás. Hazlo.

EL PUNTO DE LA PUNTUACIÓN

Aunque cada lengua utiliza los signos de puntuación en formas ligeramente diferentes, algunos signos de puntuación son talones de Aquiles para los investigadores en todas partes. Los dos puntos y el punto y coma, herramientas preferidas de los escritores académicos, pueden representar un problema. Considera el punto y coma la salida de emergencia de la escritura académica. Fue durante mucho tiempo mi signo de puntuación favorito, aunque reconozco que realmente no lo necesitamos. Los Cinco Grandes —el punto, la coma, el signo de interrogación, el de admiración y las comillas— podrían cumplir con la labor. Pero cuando eres niño, una de las formas de saber que estás creciendo es descubrir que el punto y coma y los dos puntos son herramientas que tú, al igual que los escritores con obra publicada, puedes utilizar para comunicarte.

Supongo que muchas personas han crecido con la sensación de que los dos puntos y el punto y coma son los signos de puntuación adultos. Sin embargo, los dos puntos y el punto y coma son sujetos a quienes les gusta tomar el mando. Tienen que estar vigilados.

Hay, por supuesto, bastantes situaciones donde los dos puntos pueden utilizarse con la conciencia tranquila. Pueden introducir listados, una cita y demás. Ahí no se mete en apuros un escritor. Los problemas surgen cuando utilizas los dos puntos como si fuesen una conjunción. Mira este ejemplo:

El modelo teórico expresado por Foucault es puesto en duda por la obra de un creciente grupo de investigadores: el panóptico es una metáfora in-

suficiente mediante la cual examinar la relación del individuo con la matriz de las normas sociales que sostienen, reprimen y definen asimismo la propia identidad.

¿Por qué hay aquí dos puntos? Sustitúyelos por un punto y tienes dos frases independientes. Sustitúyelos por las palabras «que consideran» [el panóptico como] y la frase es prolija pero clara. Hay investigadores, sostiene el escritor, que se han cansado del panóptico de Foucault porque ya no apela a su percepción de las relaciones grupo-individuo.

El escritor ha utilizado los dos puntos para hacer que la frase parezca más compleja. «Aquí hay un orden», susurran los dos puntos. «Aquí hay un equilibrio». Los dos puntos son el fulcro. (Podría haber escrito «aquí hay un orden, aquí hay un equilibrio: los dos puntos son el fulcro».) Ahí donde una frase larga juntaría cada una de las piezas y dejaría claro el agente (algunos investigadores), los dos puntos interrumpen. En lugar de una frase larga y prolija, el escritor ha creado una elegante pausa y ofrecido un instante de placer visual. Los poetas conocen bien las reglas y los placeres de la puntuación y el ritmo, pero no es una cuestión que deba dejarse únicamente en sus manos. En algún momento de su trayectoria parece que todo el mundo aprende a desplegar los dos puntos como forma de aumentar el misterio en una frase, presentando dos oraciones pero borrando la conexión lógica, como si dijeran: «tú y yo sabemos cómo se conectan estas dos oraciones. Escuchemos su resonancia y disfrutemos del placer de no haber escrito la conexión». Para los escritores académicos, el atractivo del significado implícito es irresistible, y los dos puntos es el indicador visual de las conexiones implícitas. El escritor se cree más inteligente por utilizar los dos puntos, y el lector disfruta del placer de un texto que parece inteligente incluso antes de desembalar su contenido.

Algunos autores se aficianan a los dos puntos como conjunción. Pero los dos puntos no deberían emplearse de ese modo. Tu prosa no se enriquece por ello, y tú no pareces más inteligente. Utiliza los dos puntos para listados, para proporciones, y cuando quieras crear un efecto especial poco frecuente.

La música, o el ritmo de tu escritura, es algo sobre lo que no hablamos demasiado (a menos que asistamos a un taller de escritura creativa, supongo, y entonces no estaremos escribiendo tesis). Pero todos lo sentimos cuando lo hacemos. Es aquello que nos satisface

del diseño de una oración, el ir enlazando frases largas y cortas, la alternancia de palabras grandes y pequeñas, la repetición de sonidos. El escritor obstinadamente menos poético puede disfrutar de lo que ha escrito no sólo por sus datos o sus modelos, sino por la manera en que suenan las frases cuando las lee en voz alta.

Los dos puntos dan formalidad. Lo que hacen los dos puntos en pajarita de seda negra, el punto y coma lo hace en pantalón caqui. La mayoría de las personas tienen más pantalones cortos marrones que *smokings*, y precisamente por eso el punto y coma disfruta de apariciones más frecuentes en las frases. Es difícil imaginar un escrito —y sobre todo un escrito académico— sin esa coma coronada por un punto. Recuerda todas las señales que emiten los dos puntos —«¡aquí presta especial atención!», «¡atento a este espacio!», «¡adivina cómo encajan las piezas!»—. Todas ellas las volverás a encontrar aquí con el punto y coma, sólo que esta vez en un tono más bajo. Una frase andará tranquilamente hasta que llegue a la pared de ladrillos del punto, o a la grieta en el puente que los dos puntos hacen saltar al lector, o al pequeño muro del punto y coma por el que debe trepar el lector. A los escritores académicos lo que más les encanta son estos pequeños muros; crean la sensación de una sutil conexión entre las partes de una frase, aun cuando el escritor podía haber hecho más clara la conexión o dividido la frase en dos. La frase que acabas de leer no necesitaba un punto y coma, pero me gustó la musicalidad que aportaba y el modo en que te pedía que no dejaras que decayera todavía del todo tu atención.

El punto y coma es el signo de puntuación favorito del investigador. Joseph Mitchell, el escritor del *New Yorker* que se hizo famoso por permanecer sentado en su despacho año tras año sin escribir un solo artículo, no obstante produjo mecánicamente varios volúmenes de reportajes en sus años mozos. Como periodista en los años veinte tuvo que cubrir la carrera académica de Nicholas Murray Butler, durante muchos años rector de la Universidad de Columbia. A Mitchell no le caía muy bien. «Incluso los puntos y coma suenan ampulosos en las declaraciones mimeografiadas de Nicholas Murray Butler», escribió en un artículo de 1938 titulado «Soy todo oídos», quejándose de que la aduladora prensa norteamericana parecía no darse cuenta del asunto. Aquí aparece con su tono característico, hablando de las frustraciones de ser un reportero:

Cuando un jefe de redacción te sorprende examinando tus notas como bizco y echando pestes del talento de la inexpresiva muñequita que acabas de entrevistar es a veces suficientemente amable como para mandarte por un tiempo a la calle, o a corregir textos, o tal vez aparezca una buena historia y conserves la cordura. Justo cuando estás al borde del colapso por culpa de uno de los males propios del reportero —indigestión, alcoholismo, cinismo y Nicholas Murray Butler son algunos de ellos— aparece normalmente una buena historia, una feroz cacería que te saca de la oficina.

La dicción, el ritmo, la frescura entre los guiones hacen que este pasaje funcione. Observa la ausencia de los dos puntos o del punto y coma. Butler puede haber sonado ampuloso, pero fueron los puntos y coma los que le ayudaron a ello. Si no eres cuidadoso, te llevarán también a lo mismo. La mayoría de los escritores académicos utiliza el punto y coma con demasiada frecuencia.

Normalmente aparecen dos tipos de mal uso del punto y coma en la escritura académica. En ambos el escritor impone conexiones donde no existen. Uno es el «efecto gancho». A veces la escritura se nos va de las manos. Las frases presentan complicadas construcciones, y a medida que esas frases se extienden y desarrollan, su autor se encuentra en la necesidad de colgar toda esa información y reflexión en un armazón adecuado. El punto y coma parece el instrumento natural. Las frases resultantes son a menudo demasiado largas y se les pide realizar demasiadas labores.

La revolución en las ideas que conocemos como Ilustración afectó las vidas de individuos en todos los niveles de la sociedad, incluidos aquellos que no eran conscientes de que había existido desde el principio un contrato social, aunque ellos mismos nunca lo hubiesen firmado; la percepción por parte de los franceses de la relación de los de arriba con los de abajo en un mundo no dominado ya por la Iglesia y las ofuscantes mitologías que persistieron durante la interminable muerte del pensamiento medieval que algunos experimentaron como Renacimiento es ejemplificada por el destino del campesino que conocemos sólo como Squinty en la población de Puits-sur-Loire.

La historia de Squinty puede que resulte ser uno de esos maravillosos relatos recuperados por un afortunado investigador con buen ojo. Pero esta frase necesita ayuda. El punto y coma parece estar ahí sólo para coser la enorme generalización de la primera mitad de la frase a la desalentadora segunda mitad. Hay demasiadas cosas des-

pués del punto y coma. El escritor mete a presión (a) visiones de la sociedad en la Ilustración francesa, (b) un molesto inciso referente a la persistencia del medievalismo durante todo el Renacimiento y (c) la aparición por sorpresa de un personaje y un lugar sobre los cuales puede que quisiéramos saber más. La insufrible segunda parte de esta frase pide a gritos un lápiz rojo.

La revolución en las ideas que conocemos como Ilustración afectó las vidas de individuos en todos los niveles de la sociedad, ~~incluidos aquellos que no eran conscientes de que había existido desde el principio un contrato social, aunque ellos mismos nunca lo hubiesen firmado; tuviesen o no conocimiento de ello.~~ La percepción por parte de los franceses de la relación de los de arriba con los de abajo en un mundo no dominado ya por la Iglesia y las ofuscantes mitologías que persistieron durante la interminable muerte del pensamiento medieval que algunos experimentaron como Renacimiento es ejemplificada por el destino del campesino que conocemos sólo como Squinty en la población de Puits-sur-Loire.

De acuerdo, ahí tenemos una pasiva. Pero ha mejorado muchísimo.

El socio malvado del «efecto gancho» es el «efecto conexión implícita». El segundo mal uso del punto y coma es más complejo, y más difícil de recomponer. Es a la escritura lo que evitar el contacto visual es a la conversación. Aquí el escritor tiene varias cosas que decir, pero no se decide a llevarlas a una conclusión. Las consecuencias son muchas, las conclusiones pocas.

No nos referimos al tipo de escritura llena de matices, donde el autor tiene algo que decir y se dedica a hacerlo con precisión y delicadas tonalidades. Proust manejaba con destreza el punto y coma. Hay ocho en el primer párrafo de *En busca del tiempo perdido*, y yo no tocaría ni uno solo. Los investigadores, sin embargo, necesitan someter el punto y coma a una disciplina más rigurosa.

He aquí un ejemplo de un fragmento de prosa de investigación en el que el escritor permite al punto y coma pegar cada nueva afirmación a la que tiene al lado.

La organización de la vida rural en Puits-sur-Loire ha sido caracterizada como «representativa de su época y región»³⁷, «difícil de describir basándose en los datos disponibles»³⁸ y «rebosante de actividad»³⁹; aquellos vecinos del pueblo que eran analfabetos o, de acuerdo a los registros civiles, emplea-

dos sólo a intervalos, es probable que aun así participasen activamente en las fiestas de cada estación, incluida la poco conocida Fête des Potirons⁴⁰, mencionada sólo una vez en los documentos, y sin embargo fundamental para los sucesos aquí narrados; entre los «personajes» del pueblo cuyas identidades han llegado hasta nosotros, el recolector de setas itinerante que conocemos como Squinty probablemente haya asistido a la bulliciosa *fête*, y sus setas hayan sido añadidas al guiso comunal⁴¹; todo ese invierno, sin embargo, el puñado de vecinos supervivientes seguramente deba haberse preguntado qué es lo que había acabado repentinamente con la vida de tantos aquella fría mañana de octubre; llegados a este punto, lamentablemente, Squinty desaparece del archivo.

El párrafo entero es una sarta de conjeturas y generalidades, de las cuales el escritor espera extraer una serie de relaciones causales que explicarían las fatalidades de un pueblo francés del siglo XVIII. Esta vez no serviría de mucho un lápiz rojo. Aquí no hay muchos argumentos, y mucho menos pruebas. En su lugar tenemos el punto y coma.

Estos elementos de estilo aparecen en un momento u otro en la escritura de casi todos los investigadores. El objetivo no debería ser borrarlos de tu prosa. Hay espacio para la pasiva bien colocada y el punto y coma manejado con habilidad. Espacio también para un «nosotros», siempre que no se ponga altisonante u oculte la identidad del hablante bajo una bolsa de papel. Pero a medida que revises tu tesis, mantén un ojo abierto y un oído atento. Lo que suene como un defecto en la escritura de una tesis se hará incluso más evidente si persiste en el manuscrito de un libro. No muy avanzado el camino, la china en el zapato se sentirá como un pedrusco.

La buena escritura supone una especie de misterio de la física. Como autor, estás situado entre las dos cosas que quieres llegar a tocar: tu tema y tu lector. Lo más extraño de ajustar oraciones poco firmes y pronombres fugitivos y anotaciones superfluas es que cuanto más diestro te hagas en ello, más cerca estarás de ambos objetivos. Te acercas cada vez más a tu lector porque eres más fácil de comprender, y entonces, maravillosamente, te acercas cada vez más a tu tema —lo comprendes mejor— porque al aclararse tu escritura, llegas a saber lo que piensas. Quieres que tu prosa les hable no sólo a tus invisibles lectores, sino también a ti mismo.

9. LO QUE PASA DESPUÉS

Al comienzo de la novela de Thomas Mann *Los Buddenbrook*, aparece una niña escuchando una historia. «¿Qué pasa después?», pregunta ella, y la respuesta a la pregunta se convierte en la novela. Como es una novela sobre varias generaciones de una familia, la respuesta le dirá a la niña quién es, de dónde proviene, y dónde está a punto de llevarles la vida. De lo-que-pasa-después es de lo que tratan las historias. Es, por decirlo en tono menos imponente, aquello que exigen todos los tipos de escritura. Escribir una tesis no se parece en nada a escribir una novela, pero las tesis son a pesar de todo genuinos actos de escritura, sujetos a muchos de los mismos requisitos de una obra de ficción. Cuando revises tu obra, y la lleves de una fase a otra, no pierdas de vista el impulso hacia adelante. Como una novela de las clásicas, una tesis tiene su propia versión de lo-que-pasa-después, pero lo revela mediante argumentos y pruebas, ejemplos que se incorporan, y una parada final en la que se ofrece algún tipo de cierre como último placer de la lectura.

Piensa con claridad. Crea estructuras que atraigan y mantengan el interés a lo largo de esa gran extensión de tiempo durante la cual esperas mantener cautivo a tu lector. Deja que tus intuiciones e imaginación desplieguen las velas de tu oficio.

EL CURRÍCULUM VITAE Y LA *VITA NUOVA*

La vida de un investigador es una vida de escritura. En algunos campos, como las ciencias, esa escritura puede consistir en un puñado de artículos con material cuidadosamente preparado, seleccionados por un comité editorial y publicados en revistas de reseñas especializadas

que no se parecen ni remotamente a un libro. En algunas disciplinas el libro es desdeñado, y la idea de publicar la tesis simplemente no forma parte de la ecuación. Los matemáticos no se apresuran en echar al correo la tesis recién aprobada. Pero en las humanidades y las ciencias sociales se contempla el mundo de forma diferente: sus instrumentos no son laboratorios o ecuaciones, sino el lenguaje, y se espera de su personal que escriba.

El mundo de la investigación y del conocimiento es, como las ciencias sociales nos han enseñado a decir, profundamente conflictivo. Puede consistir en una labor solitaria y rutinaria en la que se va una vida. Te despiertas una mañana, después de una noche intranquila, y descubres que te han nombrado catedrático —anomalía curiosa en una sociedad tan impaciente de los problemas intelectuales, y de lo que parecen luchas vanidosas dentro del mundo académico—. Si eres afortunado, se te concederá la titularidad como profesor, y podrás casarte con uno de tus colegas. Los grandes profesores están en posesión de un gran don. Tú puedes ser uno de ellos, lo que puede ser una fuente de enorme placer en tu vida profesional. Pero todos los investigadores tienen en común un compromiso con el funcionamiento de la mente y el análisis minucioso de argumentos, con el restablecimiento de la verdad oculta y la difusión del conocimiento. Para lograrlo, debes escribir, y seguir escribiendo.

Un investigador es un escritor profesional de no-ficción rico en proteínas. Puede que te resulte una rara definición, pero creo que es defendible. La vida académica, por supuesto, reside en la investigación y en sesiones de dulce y silenciosa reflexión. Pero una vida de reflexión está incompleta a menos que toda esa actividad mental se dirija hacia algo que sobreviva al momento de su creación.

Tal vez te conviertas en un gran profesor. Pero puedes desde luego convertirte en ese escritor profesional. Si revisas tu tesis hasta convertirla en un manuscrito de libro y consigues que acepten publicarlo habrás salvado uno de los obstáculos más difíciles en la carrera de un joven investigador. Sin embargo, aunque no logres colocarla, o si decides explotar la tesis para extraer artículos y pasar directamente a tu próxima gran idea, te estás convirtiendo en un escritor profesional. Deja que ponga idéntico énfasis en esas tres palabras: *convertirte, escritor, profesional*. Es sólo un comienzo, y es parte de un proceso. Es la primera vez que estarás escribiendo como un auténtico miembro de la *intelligentsia* (adonde has ingresado por tu

reciente título de doctor). Ahora puedes exigir ser parte de la disciplina cuyos grandes pensadores te atrajeron a su tribu hace años. Estás escribiendo, que es lo que hacen los escritores para hacer salir sus ideas al mundo, y la única forma que tienen de saber que son, después de todo, escritores.

Probablemente nadie dedicó mucho tiempo a aconsejarte sobre tu escritura mientras te afanabas con tu tesis. Es probable que dedicas más tiempo a la elección del tema y los materiales, el desarrollo de los argumentos o la forma en que tu tesis podría funcionar estratégicamente en relación a la política de tu disciplina o las tendencias en auge. Si revisas con el único fin de conseguir que publiquen tu libro, y tienes éxito, perfecto. Pero te animo a que adoptes una perspectiva más amplia: considera la labor de revisar la tesis como un ejercicio para reaprender cómo escribir, es decir, cómo pensar con palabras como instrumento de expresión y comunicación. Muchos autores académicos se sienten cómodos al utilizar el lenguaje para transmitir la complejidad de sus pensamientos, pero esforzarse demasiado en expresar, o impresionar, puede dar como resultado una prosa innecesariamente difícil de leer. Los libros de esta clase no son muy leídos excepto por aquellos que deben hacerlo. El investigador poco común que puede superar este cliché académico desea hacerse oír, y lo logrará. Escribe como si creyera que el acto de comunicarse es crucial para su obra.

Escuchar tu propia prosa, desarrollar tu obra para lectores de verdad, poner cuidado en los comienzos y los finales, prestar atención al hilo conductor de tu original, poner freno a tus notas al pie, mantener las voces de los investigadores de apoyo en un equilibrio adecuado: todos estos trucos (aunque ninguno de ellos sea un engaño o un secreto) te harán mejor escritor. Y curiosamente un mejor escritor se convierte en mejor pensador.

¿Quién no está cansado de escuchar las mismas lamentaciones acerca de la generalizada situación de «publica-o-muere» en la universidad actual? Siempre que se entablan estas conversaciones espero a ver cuánto tiempo pasa antes de que se censure el cinismo de algún colectivo: el universitario, por exigir que los investigadores publiquen libros que «nadie leerá, y menos aún los administradores»; el editorial, por seleccionar «libros que venderán» (en comparación, cabe suponer, a aquello que se dedica la persona que habla); el académico, por elegir temas que supuestamente promocionan una

carrera personal en lugar de la verdad y la belleza. Está claro que se espera de los investigadores del siglo XXI que escriban y publiquen, y que ambas actividades las realicen en mayor cantidad de lo que lo hicieron sus colegas hace una generación. Puede que te contraten en un departamento donde hace treinta años tres artículos eran suficientes para acceder a la titularidad; hoy, por el contrario, para un puesto similar te darán posibilidades dos libros con buena acogida en siete años. Ése es el mundo en el que ahora entras.

Permíteme hacer una apuesta a favor de una opinión nada cínica. Los investigadores que escriben y publican son probablemente más felices que aquellos que no lo hacen. Se trata de una visión totalmente impresionista, lo reconozco, y sin duda hay investigadores profundamente deprimidos que no obstante publican a un ritmo frenético. Pero como el ejercicio físico, escribir es algo agotador que te da más energía después de haberlo hecho. Escribir es un riesgo, y el riesgo es excitante, y la excitación es algo que lucharás por mantener en tu vida profesional a medida que envejecas y tus alumnos no.

Convertirte en un escritor profesional de no-ficción puede ser también algo mucho más amplio que la vía tradicional de la carrera académica. Conforme vayas pasando del libro de tesis al siguiente y al de después, busca oportunidades de escribir para otros tipos de público. Hay todo un mundo de oportunidades de escritura para una mente fecunda, aunque el investigador en busca de esas oportunidades tenga que actualizar sus suposiciones en cuanto a público y formato. Puede que seas capaz de comunicar algo del entusiasmo de las investigaciones y argumentos de tu disciplina a una comunidad más amplia mediante escritos para revistas o periódicos aunque ejerzas la labor especializada, que es el fundamento de tu carrera científica. Se pueden escribir introducciones básicas (pero que ensanchan horizontes) para el estudiante que nunca se dedicará a tu especialidad más allá de como asignatura troncal de primero. Hay ideas que pueden difundirse a través de otros medios: por Internet, a través de la radio, en talleres. Para hacerlo, tendrás que escribir, frecuentemente, diariamente si puedes. La vida del investigador es una vida de escritura, y la tesis es el primer fragmento.

En estas páginas he tratado de presentar herramientas que puedes utilizar para convertir tu tesis doctoral en algo que otros podrían

realmente querer leer. Mi perspectiva es francamente práctica, la de un redactor y editor, y lo que tengo que decir aquí refleja mi experiencia sobre una mesa donde han hecho una breve aparición muchas tesis. La revisión tiene muchas caras, desde luego, y aunque es fundamental en cualquier discusión sobre la tesis doctoral y qué hacer con ella, es también una técnica que le seguirá siendo muy útil a uno durante toda su vida de autor.

Cuando has terminado tu tesis hay otro documento más que revisar, y es tu currículum vitae. No existe placer igual de intenso e íntimo que la sensación que tienes cuando abres el archivo con tu CV y borras el renglón que dice que eres Licenciado en Filosofía y Letras. Deja que tus dedos se detengan sobre el teclado. Dirige el dedo a la tecla de retroceso. Borra despacio. Observa esas letras apenas retroceder sumiéndose en el olvido. Ahora teclea las letras Doctor y la fecha de la concesión. Ésta es tu nueva vida.

Pero en un aspecto importante un currículum vitae encubre los logros de un investigador, incluso su identidad. Aunque deja constancia de las etapas de tu hazaña educativa y da a entender que ahora eres un pensador profesional, esas palabras nunca aparecen exactamente de esa forma sobre la página. Y lo que es más importante, no da ningún indicio de que ahora eres algo más: un escritor profesional.

«Escritor profesional» es una curiosa expresión. Normalmente se usa para describir a alguien que se gana la vida vendiendo lo que escribe, como un novelista sin empleo docente que acaba en una sección literaria de algún sitio, o un periodista *freelance*, que vende su prosa de tres mil en tres mil palabras. La mayoría de estos escritores profesionales no han pasado por los misterios gremiales de la formación universitaria para salir ilesos, como Tamino y Pamina de las pruebas del agua y el fuego. Al haber sobrevivido a una selección, el nuevo doctor probablemente se considera a sí mismo un investigador y punto. Qué estimulante sería si, al final de una defensa de tesis, el presidente del tribunal se volviese hacia el candidato y le dijera «Felicidades, Dr. Díaz, ahora es usted oficialmente un experto, investigador, y *escritor profesional*. Aguardamos los libros que tiene por delante». Porque en eso precisamente es en lo que se ha convertido un nuevo doctor, en un escritor profesional hecho y derecho, en un investigador formado en una especialidad a la cual puede ahora dedicar su carrera. A menos que haya decidido tirar completamente por otro camino, el doctor reciente puede contar con un compro-

miso de por vida con las palabras y las ideas. Aunque su obra esté construida con estadísticas, aunque él sea un brillante experto en demografía o econometría y se encuentre a gusto en un universo de análisis regresivos y polinomios, sus ideas pueden llegar a su público sólo a través de la mediación del lenguaje. Puede que utilice menos palabras que alguien que dedica su carrera a una historia de la esclavitud en Asia en varios volúmenes, pero básicamente se trata sólo de una distinción de grados. No basta con pensar. La finalidad de ser un investigador no es sólo descubrir, sino dar a conocer descubrimientos.

Empieza a revisar tu tesis y te estarás embarcando en una carrera como profesional de la escritura. En esta primera fase no resulta fácil tener presente que una de las cosas que la titularidad aporta a muchos investigadores es la oportunidad de escribir sobre temas más amplios, más curiosos, menos «académicos» que cualquier otra cosa que uno pudiese proponer como tema para una tesis, o incluso como segundo libro escrito antes de acceder a la titularidad. Para el escritor profesional que hay dentro de todo investigador, la titularidad ofrece la libertad de pensar y escribir alejado de los confines de la geografía imaginaria de tu especialidad, o de dedicarse, por el contrario, a escribir sobre algo sumamente especializado aunque relevante para quien lo escribe.

Una vez que obtienes la titularidad, puede que continúes escribiendo más libros muy parecidos a aquel o a aquellos dos que escribiste antes de alcanzar un puesto fijo como profesor. Pero puede que hagas también otras cosas: un libro comercial que resume tu especialidad para un público lector que nunca pondrá los pies en un aula de seminario de doctorado, un libro de texto para dar vida a un rancio currículum, incluso algo extremadamente poco académico como un diario de viajes o un libro de autoayuda. (Después están la ficción y la poesía, que parece que no están nunca lejos de la pluma de ningún escritor.) Todo ello puede salir de la misma mente de escritor. La tuya. De hecho, todo lo que escribes durante el resto de tu vida se convierte en parte de una carrera de escritor, emparentada con tu carrera como investigador y profesor, y sin embargo extrañamente independiente también. ¿Cuántos investigadores conoces únicamente por la lista de sus obras o siquiera por lo que has oído de sus obras? Como dijo Auden de Yeats en su elegía sobre la muerte del poeta irlandés, él se convirtió en sus admiradores. Un

investigador se convierte en sus alumnos, y en un sentido aún más amplio, en sus lectores. Si no has escuchado a alguien dar una conferencia, todo lo que queda es la página, o el registro *on-line*, y tal vez recuerdos en soporte fotográfico o de audio. De éstos, la obra escrita es seguramente lo más importante. Lo mismo sucede con tu propia obra, y así con todos nosotros.

Piensa entonces en tu tesis como un primer paso de mucha madurez. Si descubres que era un paso en la dirección equivocada, ajustarás tus coordenadas, pero avanzarás de todas formas. Si la desmontas y encuentras sólo un puñado de piezas —muy buenas piezas— entre el desorden, haz que hagan su labor pública. Publícalas. Luego sigue adelante. ¿Y si te encuentras con que tu original de tesis tiene en su interior el núcleo de algo mejor? Despeja tu mesa, saca el calendario, coge bolígrafo y papel, recarga la batería de tu portátil, y manos a la obra.

Escribir es un oficio de por vida, una vocación, una batalla, y al hacerlo descubrimos lo que pensamos y quiénes somos. Aprende a practicar el hábito de escribir. Reserva diariamente tiempo para escribir y haz del bloc de notas o de la pantalla de tu ordenador tu compañero habitual. Deja que se convierta en tu ejercicio devocional, aunque sea la única práctica devocional de tu vida. Tu carrera como investigador contratado depende de ello, aunque creo que las recompensas —para ti y para el resto de nosotros— son más importantes incluso que eso. Lo que escribes es parte de quién eres, y en ese sentido cualquier volumen de tus escritos es un fragmento de autobiografía. Podría tratarse de un estudio sobre la fabricación de la porcelana Meissen o un libro sobre la geología del esquisto de Manhattan. Puede que haya una veintena de libros sobre esas pequeñas figuritas o esos grandes bloques de piedra, pero cada uno de ellos sólo podría haber sido escrito por su propio autor. Un libro es una parte de la impacientada curiosidad de ese autor hacia el mundo.

Cuando escribes y te guardas la obra, atesoras tus objetos de valor. Pero cuando escribes y publicas, compartes, y no pierdes nada en el proceso. Revisar es una forma de hacer que la escritura se adapte para sobrevivir en un ambiente comercial competitivo. También es un modo de pensar con mayor claridad, de tomar tus ideas y pulirlas conforme luchas por encontrar la palabra adecuada, la forma adecuada, el ejemplo adecuado. Quizá se trate de mi propia visión peculiar sobre la escritura, pero me parece que la claridad, y no sólo

encontrar la solución correcta, es el objeto que más aprecian la mayoría de los escritores.

Si no las hubiese dicho, las últimas palabras de Goethe —«¡Más luz! ¡Más luz!»— se las podría haber proporcionado un guionista de Hollywood. La revisión es el acto de alumbrar, y más incluso que eso, la propia escritura, e igualmente el propio pensamiento y su representación sobre la página. Los libros que están bien escritos disfrutan de ese remedo de inmortalidad que consiste en ser leídos. Revisar es la forma de hacer avanzar la frase, el párrafo, la página, más claramente, más sólidamente, de modo que podamos regresar a la creación original —la escritura— todavía de una frase más, un párrafo más, una página más. A medida que revises tu tesis la convertirás en algo más sólido, más claro, y entretanto quizá en algo más inteligente. Eso es lo que hacen los escritores académicos. Escribir y revisar, sístole y diástole, son los latidos emparejados de la vida de un investigador.

LISTA DE CONSULTA 1. TESIS FRENTE A LIBRO

<i>Tesis</i>	<i>Libro</i>
<ul style="list-style-type: none"> • Cumple un requisito académico • Público: tu tribunal de tesis • Reitera el conocimiento relativo a la especialidad • Extensión: ilimitada • Dependiente de citas, a menudo en párrafos • Oculta la voz del autor • La estructura muestra capacidades analíticas • Los ejemplos son numerosos y repetitivos • Pocos capítulos, y largos • Llega a su fin 	<ul style="list-style-type: none"> • Cumple un deseo de hablar a un público amplio • Público: miles de personas que no conoces • Ha absorbido el conocimiento relativo a la especialidad, y desarrolla a partir de ello • Extensión: controlada estratégicamente para su comercialización • Cita a otros con prudencia • Crea y mantiene una voz de autor • La estructura muestra el hilo conductor • Los ejemplos están bien elegidos y hacen avanzar la historia • Varios capítulos de extensión legible • Concluye

LISTA DE CONSULTA 2. COSAS QUE NO SE DEBEN HACER

1. Nunca supongas que una tesis, incluso premiada, es ya un libro académico.
2. Nunca supongas que un editor o un lector tratarán un primer libro como un ejercicio práctico.
3. Nunca envíes un manuscrito a más de una editorial a la vez, a no ser que hayas acordado con cada editorial que se trata de una propuesta múltiple.
4. Nunca le ocultes a un editor potencial acuerdos a que ya hayas llegado para la publicación de capítulos en revistas o en volúmenes colectivos.
5. Nunca envíes un manuscrito a un editor a menos que así se te haya pedido.
6. Nunca supongas que un libro especializado premiado no pueda haber comenzado como tesis.

LISTA DE CONSULTA 3. REGLAS BÁSICAS PARA LA PREPARACIÓN DE UN MANUSCRITO

1. Utiliza papel blanco tamaño DIN A-4.
2. Pon tu nombre, dirección, y datos de contacto (teléfono, e-mail) en la primera página.
3. Escríbelo todo a doble espacio, incluyendo notas, epígrafes y fragmentos de citas. Sin excepciones.
4. Utiliza márgenes amplios arriba, abajo y a los lados.
5. Numera las páginas del original sucesivamente de principio a final. No empieces cada capítulo nuevo con la página 1.

6. Imprime por una sola cara de la página.
7. Asegúrate de que todos los cuadros, esquemas, mapas e ilustraciones se imprimen claramente o se proporcionan en fotocopias nítidas. No envíes gráficos originales.
8. Guarda el original completo en un disco. Crea un archivo «Read Me» y guárdalo también en el disco. Ese archivo puede contener lo que quieras decirle al lector sobre los demás archivos.
9. Plantéate enviar a tu editor dos copias impresas completas del original, junto con un archivo electrónico. Las tres copias deben ser idénticas, hasta la última letra tecleada.
10. Empaqueta bien el original junto con una carta de presentación. Envía por correo el paquete al individuo concreto que ha solicitado tu obra.

LECTURAS RECOMENDADAS

PREPARACIÓN Y REVISIÓN DEL TEXTO

- BOLKER, J. (1998): *Writing Your Dissertation in Fifteen Minutes a Day*, Nueva York, Henry Holt.
- HARMAN, E; MONTAGNES, I; MCMENEMY, S. y BUCCI, C. (2003): *The Thesis and the Book: A Guide for First-Time Academic Authors*, Toronto, The University of Toronto Press.
- LANHAM, R. (1999): *Revising Prose*, Boston, Allyn & Bacon.
- LUEY, B., ed. (2004): *Revising Your Dissertation: Advice from Leading Editors*, Berkeley, The University of California Press.
- MULVANY, N. C. (1994): *Indexing Books*, Chicago, University of Chicago Press.
- ZERUBAVEL, E. (1999): *The Clockwork Muse: A Practical Guide to Writing Theses, Dissertations and Books*, Cambridge, Harvard University Press.

PUBLICACIÓN DE TEXTOS ACADÉMICOS

- GERMANO, W. (2001): *Getting it Published*, Chicago, University of Chicago Press.
- LUEY, B. (2002): *Handbook for Academic Authors*, Cambridge, Cambridge University Press.
- RABINER, S. y FORTUNATO, A. (2002): *Thinking Like Your Editor*, Nueva York, Norton.

TÉCNICAS DE ESCRITURA Y ARGUMENTACIÓN

- DÍJK, T. A. VAN (1988): *Texto y contexto*, Madrid, Cátedra.
- BUSTOS GISBERT, J. M. (1996): *La construcción de textos en castellano*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.

- MARTÍN VIVALDI, G. (1999): *Curso de redacción*, Madrid, Paraninfo.
 MONTOLÍO, E. (2001): *Conectores de la lengua escrita*, Barcelona, Ariel.
 MORTARA GARAVELL, B. (1991): *Manual de retórica*, Madrid, Cátedra.
 PORTOLÉS, J. (1998): *Marcadores del discurso*, Barcelona, Ariel.
 ROWENA, M. (2006): *Cómo escribir para publicar en revistas académicas: consejos y trucos para mejorar su estilo*, Barcelona, Deusto.
 SERAFINI, M. T. (2007): *Cómo se escribe*, Barcelona, Paidós.
 vv. AA. (2000): *Manual práctico de escritura académica*, Barcelona, Ariel, 3 vols.
 WALKER, M. (2000): *Cómo escribir trabajos de investigación*, Barcelona, Gedisa.

LA LENGUA CASTELLANA: USO Y DUDAS

- ABC (1993): *Libro de estilo de ABC*, Barcelona, Ariel.
 AGENCIA EFE (1990): *Manual de castellano urgente*, Madrid, Cátedra.
 ALZUGARAY, J. J. (1985): *Diccionario de extranjerismos*, Madrid, Dossat.
 CASARES, J. (1959): *Diccionario ideológico de la lengua española*, Barcelona, Gustavo Gili.
 EL PAÍS (2003): *Libro de estilo*, Madrid, Aguilar.
 SECO, M. (1961): *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe.
 SECO, M.; RAMOS, G. y ANDRÉS, O. (1999): *Diccionario del castellano actual*, Madrid, Aguilar.

- a dos caras, imprimir, 73, 98
 aburrimiento, 31, 74, 176, 83, 105
 Adorno, Th., 119
 alfabético, 115-116
 Andersen, Hans Christian, 65
 apartados, 86, 93, 102-103, 106, 111-112, 115, 116
 argumentos e ideas, 17, 22, 28, 30, 32, 34, 42, 46, 55, 61, 63, 79, 90, 123-125, 129, 135, 138; presentación de, 32-35, 38, 45, 48, 76-77, 95-96, 100, 111, 114-116, 119, 121, 127, 130, 139-140; y revisión, 38, 54, 59, 73, 81, 83-85, 101, 106-108, 117, 143
 Aristóteles, 123
 artículos, 65, 72, 76, 121; escribir, 80, 132, 137, 140; publicar capítulos como, 18, 23, 42-43, 53-57, 138; y libro, 40, 85, 99
 asesores, de prensa, 94; docentes, 18; editoriales, 65, 70
 Auden, W. H., 41, 142
 Auerbach, Nina, 98
 bachillerato, ideas de tesis en, 34
 Bajtin, Mijail, 124
 Baum, L. F., 37
 Benjamin, Walter, 124
 Bhabha, Homi, 29
 bibliografía, 47, 72, 74-75, 86, 89, 98, 103-104, 106
 Biblioteca Nacional, 83
 bibliotecas, 17, 81; y tesis, 24, 29, 58, 63
 blanco, quedarse en, 31
 Bolaño, Roberto, 118
 Bourdieu, Pierre, 33
 buscadores informáticos, 17
 Butler, Judith, 29, 123
 Butler, Nicholas Murray, 132, 133
 carta de presentación, 40, 45, 68, 147
 catálogo editorial, 20, 68-69, 71
 cazatalentos, 18
 Cincuenta Páginas, Regla de las, 101
 citas, 29, 66, 81, 83, 98, 118, 120, 124-125, 145-146; en títulos, véase títulos; exceso de, véase referencias
 claridad, 16, 21, 44, 76, 89, 97, 100, 104, 108, 114-115, 119, 121, 129, 137, 143

- comercial, viabilidad, 66; *véase también* editoriales especializadas, rentabilidad
- conclusiones, 20, 34-35, 46-47, 50, 58, 82, 87-88, 108, 129, 137; de una frase, 134; de un capítulo, 114; capítulo final, 48, 54; y revisión, 83-87, 108-109, 114
- conexión implícita, efecto, *véase* puntuación
- contrato, 30, 49, 57, 63, 68
- convenciones académicas, 35, 70, 102, 119-121, 124
- cronología, *véase* estructura
- currículum vitae, 43, 60, 99, 141-142
- densidad de la tesis, 21, 89, 119
- Derrida, Jacques, 33
- descansar de la tesis, 82
- Dickens, Charles, 35, 129
- doctorado, tesis y, 16, 25, 29, 33-35, 40-41, 44-47, 63, 66, 96, 119-122; y publicación, 15-18, 28, 77
- dos puntos, 130-135
- editores especializados, 16, 102, 106, 140; y autores, 100, 117-119, 123; evaluaciones por parte de, 18, 34, 47, 65-77, 89, 111, 125
- editoriales especializadas, cupos de, 69; consideración de tesis por parte de, 16-18, 28, 30, 53, 55, 71; rentabilidad de, 20-21, 62, 66, 72; y tesis no revisadas, 27, 31, 57
- Eliot, T. S., 22, 37
- Elkins, James, 19
- encabezamientos, 102-103
- escritura, académica, 27-28, 119; canto como metáfora de la, 97; como autobiografía, 143; como lo que hacen los escritores, 17, 32, 49, 80, 129, 138, 141; como pensamiento, 38, 117; dedicación profesional, 37, 44; estilo de 117-135; irrevocabilidad de, 42; sensación de cierre, 87; y romanticismo, 44, 49; *véase también* tono de la tesis y revisión; estructura, 58, 66, 93-94, 137; cronología como apoyo a, 96; diacrónica, 96, 100; e idea central, 126; narrativa, 95, 122; sincrónica, 100; temporal, 104, 109; y coherencia, 95; *véase también* hilo conductor e índice
- evaluadores externos, 67, 81
- exponerse intelectualmente, 76
- extensión, de la tesis, 16, 18-19, 22, 32, 47, 66, 73, 93, 113; de los capítulos, 91, 94, 113-114; de las frases y párrafos, 76, 81, 89, 91, 94, 97, 113; y revisión, *véase* revisión
- fechas límite, 79-80
- Fitzgerald, F. S., 37
- formato, de la tesis, 15, 53-54, 74, 76, 124; de libro, 28, 46, 54, 140
- fotografías, libros como, 36
- Foucault, Michel, 29, 33, 130-131
- Freud, Sigmund, 29
- frustración, 27
- Geertz, Clifford, 123
- Grafton, Anthony, 123

- Giddens, Anthony, 33
- Hegel, G. W. F., 33, 124
- hilo conductor, 95-97, 101, 126, 139, 145; *véase también* estructura
- hilo narrativo, 21, 37, 40, 54, 88, 100, 102; *véase también* estructura
- impulso narrativo, 95
- índice alfabético, 56, 115-116
- índice, 74, 94, 97, 103-113
- informe de lectura, 68
- iniciales, párrafos, 38
- inseguridad, 29
- introducciones, 20, 58, 83-88, 97, 103-104, 108
- Lacan, Jacques, 119
- lector colectivo imaginario, 121
- librerías, 17, 71, 90, 98, 117
- libro colectivo, 56, 60, 80, 146
- «libro parlante», 119
- Mann, Thomas, 137
- medios de publicación, influencia de, 23, 140
- Meiss, M., 34
- mercado, *véase* público
- metodología, capítulos de, 20, 39
- minucias, 40
- Mitchell, Joseph, 132
- monografías, 18, 106, 121
- «natos», escritores, 102
- nimiedad, 40
- no lucrativas, editoriales, *véase* editoriales especializadas, rentabilidad
- notas sobre la revisión, 83-84
- notas, *véase* referencias
- opciones, 15, 23, 42, 49, 53-64, 122
- «omnisciente», narrador, 121
- optimismo, 20, 37, 50, 71, 126
- ortografía, corrección de, 38, 89, 91
- papel DIN A4, 146
- PDF, archivos en formato, *véase* electrónica, publicación
- Pérez Galdós, Benito, 41, 118
- Perkins, Max, 37
- permisos, como obstáculo para revisión, 50
- plastilina, 19
- plataforma del autor, 17
- portada, 120
- Pound, Ezra, 37
- preguntas, Grandes, 22; planteadas por nuevos doctorados, 15, 47; revisando, 22, 38-39, 87, 107-108; «y si» al revisar, 20
- profesional, investigador como escritor, 34, 46, 51, 60, 63, 77, 79-80, 89, 118, 138, 140-142
- programa, establecer un, *véase* revisión, calendario de
- pronombre, voz del autor y, 120-122
- propósito del autor, 60, 101, 108
- prosa, estilo de, 22, 28, 31, 76-77, 80-81, 91, 97, 103, 113, 119-135, 139, 141
- Proust, Marcel, 134
- pruebas, corrección de, 63, 80, 114
- publicación electrónica, 29; 62-63 y libro tradicional, 61-64
- publicación especializada, mecánica de la, 114
- publicar, decisión de no, 54-55; o morir, 139

- público, 16-17, 21, 66, 71-72, 87, 93, 98, 111, 116, 117, 122, 140; dentro del mundo académico, 19, 29, 38
- punto y coma, 81, 130-135
- puntuación, 130-135; en mitad de palabras, 90; los Cinco Grandes, 130; «efecto gancho», 133-134; «efecto conexión implícita», 134; *véase también* dos puntos y punto y coma
- rechazo, notificación de, 43, 49, 72, 82
- reescritura, 22-25, 44, 58, 82, 103; *véase también* escritura y revisión
- referencias, 29, 38, 58, 65, 86, 121, 125; notas al pie, 28, 38, 58, 87, 123-125, 139; notas al final, 28, 124; cantidad, 19, 28, 75, 123-124, 139; y revisión, 124; citas, 29-30, 38, 118
- resumen, 18, 65, 74, 85, 97, 101
- revisión, a fondo, 82-88; alternativas ante, 53-64; angustia por, 19, 41; calendario de, 22, 46, 59, 79-91; como adaptación, 37, 76, 86, 143; como lección de escritura, 20, 22, 24, 44, 139, 144; como pensárselo bien, 44; como proceso con un objetivo, 24; como reescritura, 22, 88; como replanteamiento, 16, 19, 20, 22, 24, 37, 58, 82, 85, 95, 103; como transformación, 18, 24, 30, 76; cosmética, 82, 88-91; diferentes opciones de, 53-54; e índices, 103-111, 115-116; efecto dominó de, 22; mientras se trabaja en otro proyecto, 49, 60; optimismo de, 37; preguntas antes de, 43-44; pretextos para evitar, 45-50, 79; profunda («levantamiento de pesas»), 58-59; saber lo que tienes, 42-44, 50; según el tiempo disponible, 85; soledad de, 30; superficial («quitar el polvo»), 58; y escritura académica, 20-21; y estilo, 117-135; y estructura, 93, 95-116; y extensión, 19, 42, 113-114; y profesionalidad, 44, 76-77, 80, 91, 95, 138, 142; y títulos, 97-103, 112-113
- señalizar, 112-113
- Shakespeare, William, 33
- solo espacio, texto a un, 73
- Stanislavski, Konstantin, 95
- subtítulos, 90, 94, 97-98, 100, 104, 111-113, 116
- superficialidad, 102
- superíndices, 28, 124-125
- «tal como está», presentaciones, 57
- Teoría, Gran Era de la, 32
- tesis doctoral, «revisada» frente a «no revisada», 57, 67, 89, 123; como conjunto de capítulos, 42, 44; como encrucijada, 53; como ensayo general, 21; como mitad del trayecto, 31-33; como no-todavía-libro, 30-32; decisión de no revisar, 31, 49-50, 55-60; defectos en, 46, 49, 65-66, 73, 79, 81, 83, 85, 91; defensa de,

- 23, 27, 53, 141; demasiadas, 15, 20, 67, 72-73, 140; director de, 27, 29-31, 34-35, 37, 39-40, 42, 44, 122; establecer credibilidad por medio de, 40; fórmula sencilla de, 28; frente a libro, 28, 33, 39, 75; impublicable, 21, 30; ligada a su tiempo, 59; no revisada, 23, 28, 31, 57-58, 123; objetivos contradictorios de, 60, 101; opciones al revisar, 53-54; premiada, 18, 57, 65, 146; preocupaciones de, 47; propuesta de, 27; publicable, 30, 35, 43, 106; revisada, 65, 100-101, 125; tribunal de, 21, 27-30, 38, 47-48, 74-75, 81, 90, 98, 100, 104, 106, 119, 141, 145
- «tesis más cuatro aplicaciones», construcción, 75
- Tirso de Molina, 75
- titularidad, 17, 40, 63, 138, 140, 142
- títulos, 89-90, 94, 97-112; citas en los, 89, 98, 104; de los capítulos, 94; fechas en los, 112
- tono de la tesis, 16, 21, 58, 66, 76-77, 91, 93, 118-120
- trama, 95
- voz pasiva, 81, 89, 122, 126
- web, páginas, 69, 71
- Yeats, William Butler, 142